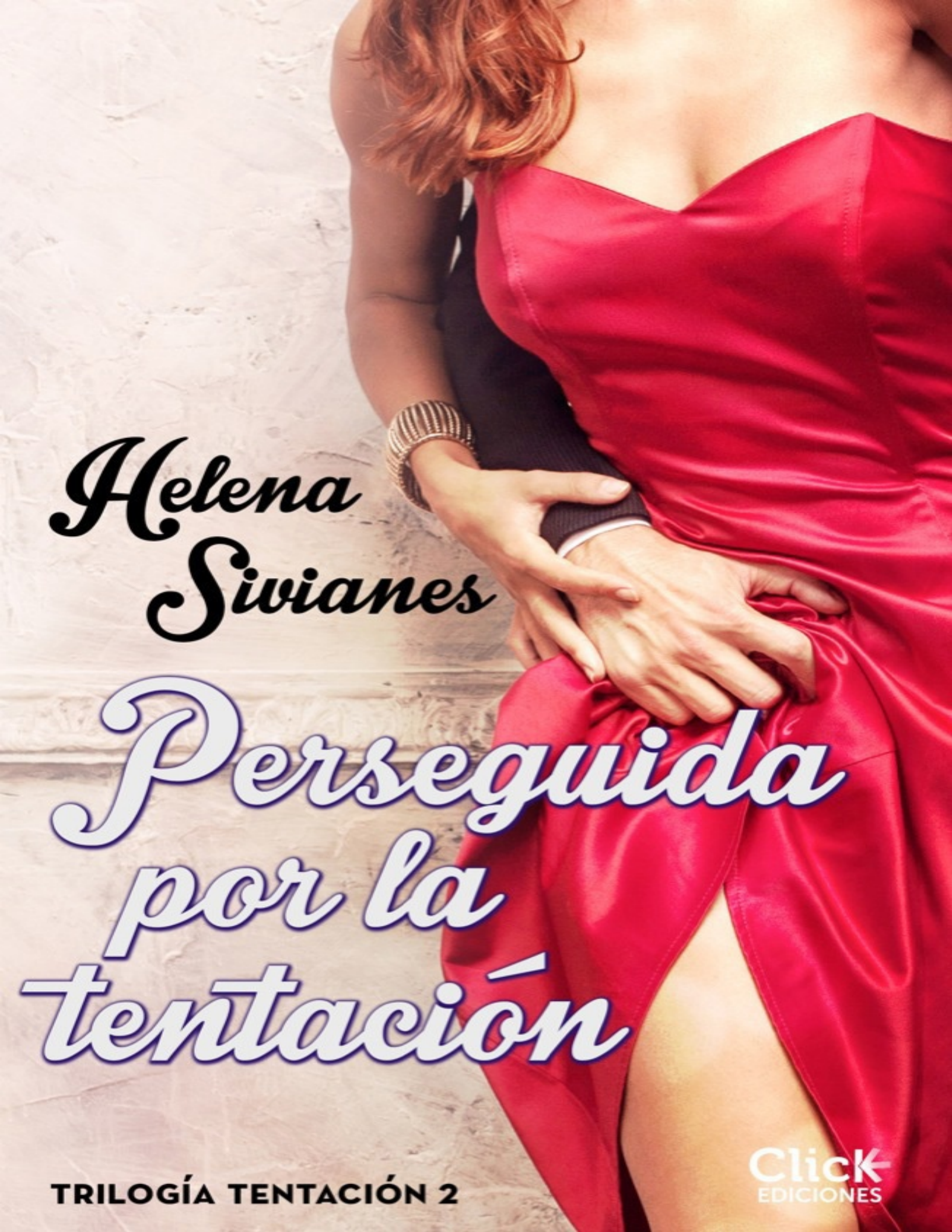


A woman with reddish-brown hair is wearing a vibrant red, off-the-shoulder, satin dress. She is standing against a light-colored, textured wall. A man's hands are placed on her hips; he is wearing a dark, ribbed long-sleeved shirt and a gold-toned metal mesh bracelet on his right wrist. The overall mood is sensual and intimate.

*Helena
Sivianes*

*Perseguida
por la
tentación*

TRILOGÍA TENTACIÓN 2

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Dedicatoria

1. No quiero verte
2. ¿Qué hago con mi vida?
3. Aire limpio, ¿pensamientos claros?
4. Conversaciones pendientes
5. Una bonita amistad
6. Empezar de cero
7. Querer más es posible
8. Solo quiero aprender
9. Decisiones
10. Tu olor
11. Dame tu mano
12. No quiero despertarme nunca
13. Persígueme
14. Necesito a mis brujis
15. No todo es lo que parece
16. Y me cansé de aguantarte
17. Yo soy mi única dueña
18. Noche de chicas y...
19. Esta soy yo
20. Si tú me dices ven...
21. Preparando una no fiesta
22. No te creo
23. ¿Y ahora qué?
24. Una semana de flores y risas
25. Una semana caótica
26. Feliz cumpleaños
27. ¿Feliz cumpleaños?

Biografía Helena Sivianes

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A los pilares de mi vida. Gracias por soportar mis horas de insomnio y apoyarme en este sueño. Jesús, Sofía, María Jesús, sin vosotros esto no sería posible

1. No quiero verte

Si ya no tengo bastante con mi mierda de vida, con todo lo que se me viene encima, Marc está tan cerca de mí en estos momentos que no sé si echarme a correr a sus brazos o en dirección contraria. Es la primera vez que lo veo sin su traje de chaqueta. Se ha peinado, aunque su pelo sigue siendo rebelde, lleva unos tejanos desgastados oscuros y una camisa recogida por los codos. Se le ve tan natural, tan sexi. Mi mente sabe cómo actuar, pero los pies no me responden. Me he quedado quieta, en el mismo sitio, él a idéntica distancia. Sostengo el móvil en la mano con su mensaje aún iluminado en la pantalla. Marc no se mueve. Sus ojos me miran intensamente. A pesar de la distancia que nos separa distingo el intenso azul. Su mirada despierta en mí algo que nunca había sentido por nadie. Tengo que saber cómo actuar, tengo que pensar rápido.

Camina despacio hacia mí para darme tiempo a reaccionar, o eso creo. Llega a mi lado y no dice nada, solo me mira. No sé qué hace aquí. ¿Quiero saberlo?

Acerca una mano a mi mejilla y la acaricia. Me limpia una lágrima que aún retenía. Solo su tacto enciende mi cuerpo. No quiero, no puedo sentir esto. Necesito espacio. Anoche tuve una de las mejores experiencias sexuales de mi vida, y poco después me enteré de que había sido con mi ex. Me hago mil preguntas. ¿Desde cuándo practica él este tipo de sexo? ¿Desde cuándo me engaña?

Tras un mes intenso de trabajo, dejé Barcelona creyendo que podría empezar una nueva vida, y me encuentro con que aquí todo va de mal en peor. Tere ha desaparecido con mi hermano y no puedo molestarla. Sé que, llegado el momento, me contará lo que deseo saber. Merche tiene su propia vida. Es mi amiga, no tengo ninguna duda, pero no sabe nada de lo que me ha pasado. Aunque sea una de mis brujis debo mantenerla al margen. ¿Cómo explicarle todo lo que me ha ocurrido en tan poco tiempo? ¿Cómo decirle que tengo sentimientos encontrados? ¿Que creo que sigo enamorada de Pedro? O tal vez es la pasión intensa que él siempre ha despertado en mí, más aún después de haber tenido una experiencia sexual tan placentera, aunque sus formas de acercarse no hayan sido las más adecuadas. Después está Miguel. No sé qué opinar de él. Supongo que solo es atracción, es un hombre extremadamente sexi, guapo a más no poder. Sin embargo, no es lo que busco, simplemente se trata de una experiencia más en mi vida que me está sirviendo para aprender, para alcanzar nuevas metas e intentar conocerme mejor. Y ahora viene lo complicado. ¿Quién es el hombre que está delante de mí? ¿Qué demonios hace aquí?

Su mano aún reposa sobre mi mejilla. El calor que transmite me tiene totalmente bloqueada.

Por una parte, deseo saltar a sus brazos y sentirlo como días atrás. Pero no puedo permitírmelo. Sé que estar a su lado solo me causará sufrimiento, y tampoco sé lo que él quiere, ni lo que quiero yo.

Él fue quien quiso alejarse de mí en ciertos momentos, aunque en otros me rogaba que no lo dejara. Pongo mi mano sobre la suya y, muy suavemente, detengo su caricia. Noto el calor de su mano abandonando mi cara, pero el que desprende su cuerpo ya se ha instalado en el mío. Las piernas me tiemblan, las manos me sudan y la humedad en mis partes más íntimas se intensifican.

Levanto la mirada y encuentro la suya. Me mira intensamente, y yo sigo sin entender lo que dicen sus ojos. No sé quién hay tras esa máscara, quién se esconde. Está a punto de decirme algo y poso mi índice en sus labios. No quiero escucharlo. Tengo que acabar aquí con todo lo que en algún momento nos ha podido unir.

—No sé qué haces aquí, pero no necesito respuestas. Lo único que deseo es que te marches por donde has venido. Ya he sufrido demasiado estos meses y no voy a seguir haciéndolo. Hazte un favor a ti, o házmelo a mí, como quieras verlo. Vete, no me hagas rogártelo una vez más.

—Lo siento, veo que cometo un error tras otro. Tampoco yo sé bien por qué estoy aquí. Miguel me llamó y dijo que me necesitabas. No sé por qué lo he hecho. No soy ningún caballero que vaya detrás de una damisela en apuros. No lo hago por ti. Lo hago por mí. Adiós.

Se da la vuelta y me deja allí. No le he pedido ningún tipo de explicación, y él me ha dado una que ni siquiera he entendido. Continúo mi camino, sin rumbo, esperando que el tiempo pase. Quiero volver a mi apartamento y encontrarlo vacío, sin presencias masculinas dentro. Necesito ser yo misma, sin nadie a mi lado. Sin ruidos, sin ninguna molestia que me impida escuchar mis pensamientos.

Deambulo por el barrio sin prestar atención a las personas que pasean a mi lado. Madres con niños que van al parque después del colegio. Gente que corre porque tendrán algo importante que hacer. Y yo que me limito a caminar con la mirada perdida en el horizonte, intentando que alguna buena idea surja en mi cabeza, aunque solo me vienen imágenes: todos y cada uno de los besos que Marc me dio en Barcelona, sus atenciones a cada parte de mi cuerpo, su pasión y después su indiferencia. La confianza depositada en Miguel y la sensación de haber sido traicionada al descubrir a Pedro en el mismo lugar.

¿Cuándo el karma se había dedicado a joderme la vida? Estaba harta de que todo lo malo me sucediera a mí. Necesitaba cambiar de aires, definitivamente, buscar una salida a todos mis problemas. Paul y Silvia me lo habían puesto en bandeja. *Vacaciones*, esa era la palabra clave. Podía tomarme todo un mes si me daba la gana. La primavera empezaba a llamar al buen tiempo. Solo vi una solución. Lo tuve más que claro. Aunque corría el riesgo de que mi madre me interrogara, sabría darle las respuestas adecuadas y disfrutar de unos días de relax. Saqué el móvil y marqué su número.

—Hola, Dani. ¿Qué tal todo?

—Hola, mami. Todo bien, de nuevo en Sevilla y de vacaciones.

—Entonces vas a venir, ¿verdad? ¿Cuándo llegas?

Cómo me conoce, la jodía. Nos vemos muy de vez en cuando, menos de lo que a ambas nos

gustaría, pero mi trabajo no me permite dedicarme a mis asuntos personales tanto como quisiera, y a ella tampoco le gusta delegar el trabajo de las casas rurales. No se fía de nadie, y cada noche, antes de acostarse, se asegura de que todos los registros de entrada y salida de los clientes estén archivados, las facturas organizadas y todo lo indispensable preparado para el día siguiente. No hay quien la mueva de allí, y no seré yo quien le diga que necesita tiempo para ella cuando ni yo misma me permito disfrutar más del mío.

—¿No te importa que vaya, de verdad?

—No me seas tonta, Daniela, sabes que esta es vuestra casa, tanto tuya como de tu hermano. Solo necesito saber cuándo llegáis para tenerlo todo organizado.

La pobre se cree que voy con Fran.

—Mamá, voy sola, Fran no está conmigo.

Escucho un ¡oh! al otro lado. Está acostumbrada a que vayamos juntos a visitarla, así que se debe estar oliendo que algo me pasa, aunque como buena madre no me pregunta nada. Le explico que primero tengo que confirmar mis vacaciones y dejar cerrados algunos asuntos, y que solo iré una semana, a desconectar, así que prefiero que me alquile una de las casitas. No protesta. No dice nada más. Sé que, como siempre, respetará mi intimidad. Ciertamente, a veces me encierro demasiado en mí misma, pero no puedo evitarlo.

Sin darme cuenta he dado la vuelta a la manzana y estoy nuevamente delante del edificio de mi apartamento. Miro a ambos lados de la calle, no sea que alguno de los tres ande aún por la zona. No veo el coche de Pedro. La única manera de saber si Miguel sigue en mi casa es subir y comprobarlo. Me armo de valor, eso que creo que ya no tengo, y me dirijo hacia allí.

2. ¿Qué hago con mi vida?

Llego a mi casa más confusa de lo que me fui. Al entrar rezo para no encontrar restos de los recuerdos de estos dos días. Parece que todo está en orden, más de lo que esperaba. La inercia me lleva hasta el cuarto de invitados, ya totalmente vacío. No parece que nadie haya pasado la noche en él. Tal vez todo han sido imaginaciones mías, aunque en el fondo sé que no. Nunca he sentido nada igual, ni la pasión con la que me han amado ni el odio que han despertado en mí.

En mi habitación busco la maleta que hasta hace poco seguía junto a la puerta de casa y comienzo a meter ropa sin pensar. Quiero salir de este bucle que me trae de cabeza, no puedo más, necesito estar sola. Es la primera vez en mi vida que no deseo a nadie a mi lado, ni a mis amigas, ni a mi hermano ni a mi madre, aunque el pueblo sea el único lugar donde podré desconectar de verdad sin que nadie me moleste. Pensaré en todo lo que ha pasado, volveré a plantearme mi vida otra vez. Dos meses duros y sigo igual o más hundida que antes.

En el salón me debato entre abrir el ordenador u olvidarme de él. Aunque necesite unas vacaciones, no podré desconectar del todo. Al fin lo enciendo, y mientras espero que la imagen de mis amigas y la mía aparezca como fondo de pantalla, enciendo un cigarro y abro un botellín de cerveza. Tengo los nervios a flor de piel. Accedo al correo electrónico y veo que tengo uno de mis jefes. Sin que se lo haya pedido, han ampliado mi periodo de vacaciones de una semana a un mes. Les contesto dándole las gracias y les pido que no duden en escribirme si necesitan algo de mí. La verdad es que soy una enamorada de mi trabajo y no puedo evitar estar pendiente de él en todo momento. Reviso los correos: notas de prensa, agradecimientos y felicitaciones por la cena de Capdevila Abogados. Las imágenes de esos días vienen a mi mente. Me deshago de ellas al momento, pero en la pantalla de mi portátil hay uno que me llama especialmente la atención: «Quisiera olvidarte». Miro el remitente, es de Marc. Pienso un instante en borrarlo, pero mi parte cotilla me obliga a abrirlo.

Me tiemblan las manos, tengo el pulso a mil por hora. El mensaje ha llegado hoy mismo, tan solo hace unos minutos. Es extenso, pero necesito saber qué dice para tener más claro lo que quiero y lo que tengo que hacer.

De: Marc Capdevila

Asunto: Quisiera olvidarte

Para: Daniela García

No soy bueno expresando lo que siento, y más si a la persona a la que he de dirigirme eres

tú. No sé por qué he actuado de esta manera contigo, nunca antes lo había hecho. Sí, tienes razón, soy el típico tío que se aburre de las relaciones, que no necesita a una mujer en su cama mucho más de un par de noches. Por eso mismo no sé por qué estoy aquí, en tu ciudad. Desconozco el motivo por el que he tomado el primer vuelo para verte. Pero tienes toda la razón del mundo. Soy un gilipollas de manual, un idiota, por pensar que esta vez podría ser diferente.

Quisiera olvidarte, pero no sé lo que me has hecho. Te has metido bajo mi piel. Solo te pido un favor: si vuelvo a ti, haz otra vez lo mismo, échame de tu lado. No dejes que me acerque a ti. No soy bueno ni para mí mismo.

Quisiera olvidarte, pero no puedo. Al menos me daré el placer de recordar lo que hemos disfrutado juntos, aunque los finales nunca hayan sido buenos.

Perdóname por ser tan gilipollas. Espero de corazón que sepas leer entrelíneas, porque no sé expresarme de otra manera. Si te tuviera a mi lado te besaría para que entendieras lo que despiertas en mí.

Te pido solo una cosa más. No culpes a Miguel de lo que ha pasado, no ha tenido nada que ver con esto, solo ha intentado protegerte para que no sufieras más. Se te nota en los ojos que no has sido feliz, y yo he llegado con todo el paquete para joderlo.

Si alguna vez quieres perdonarme me harás el hombre más feliz del mundo, aunque sé que no lo merezco.

Marc Capdevila.

¿A qué viene esto? No consigo entenderlo. Ahora más que nunca necesito irme. Vuelvo a mi cuarto y cojo del armario unos vaqueros y una camiseta de hilo semitransparente color verde agua, casi la única ropa que no había metido en la maleta. Me calzo mis Converse y, tras recogerme el pelo en una cola de caballo, cierro todo, guardo el portátil y salgo por la puerta sin mirar atrás. Lo tengo claro. Quiero estar sola, sin nadie a mi lado.

3. Aire limpio, ¿pensamientos claros?

Llevo varios días en el pueblo, sin salir de la habitación. Mi madre intentó hablar conmigo el día que llegué, pero no fui muy amable con ella, más bien le ladré. Estos días ha venido a dejarme comida en una mesita junto a la entrada de mi cuarto. La he escuchado varias veces andar tras la puerta, incluso detenerse frente a ella, seguramente esperando que la invitara a entrar. No estoy con ánimos. No tengo ganas ni de mirarme al espejo, así no veré a nadie, ni siquiera a mí misma. Me he encerrado sola con el ordenador y mi música. Debería disfrutar de mis vacaciones, pero necesito pensar en otras cosas. No en ojos azules. No en como mi ex me folló hasta hacerme rozar las estrellas. No en cómo una persona a la que había pedido que me regalara nuevas experiencias me traicionaba. Quiero mirar hojas de cálculo, cabrearme porque los inútiles que me sustituyen durante mis vacaciones meten la pata una y otra vez. Es mi única vía de escape. Pero después llegan las noches, y con ellas los sueños, y todo vuelve a empezar.

Cada día miro el correo, es mi rutina diaria. No he vuelto a recibir nada de él. No sé si esta vez me atrevería a abrirlo. Mi móvil sigue perdido en el interior del bolso. Al menos debería llamar a las chicas y contarles dónde estoy, andarán preocupadas. Ni cuando Pedro y yo lo dejamos me comporté de esta manera. Sí, lloré, me sentí una mierda, abandonada y traicionada, pero ahora estoy vacía, sola, sin poder contarle a nadie lo que me ha pasado. Cuando no puedo más recojo el bolso del rincón donde lo tiré nada más meterme entre estas cuatro paredes y rescato mi teléfono. Trato de encenderlo, pero la batería está agotada. Lo enchufo en el cargador que reposa sobre mi escritorio y salgo de la habitación a pedirle disculpas a mi madre. Se las debo.

La encuentro en el salón, entretenida con sus manualidades. Ahora le ha dado por hacer pulseritas y colgantes para regalar a los huéspedes y que queden aún más contentos con su estancia. Levanta la mirada detrás de sus gafas y me dedica una sonrisa que me derrite el alma. Sé que ha estado molesta, no es bonito gritarle a tu madre que se meta en sus asuntos, pero mi ánimo en aquel momento no era el más calmado del mundo.

—Ven, Daniela, siéntate a mi lado. Mira qué monas me han quedado estas pulseras con los cascabeles —me dice, como si nada hubiera pasado hace unos días.

Me acerco en silencio, pensando en cómo comenzar la conversación. La miro, me mira. Tengo claro que hay cosas que nunca podré compartir con mi madre, no porque no quiera, sino porque me da bastante vergüenza, la verdad, y mira que el tema sexo y relaciones amorosas nunca ha sido un tabú en nuestra casa.

—Dani, cielo, tranquilízate, has venido a desconectar. No sé cuál habrá sido el motivo, pero sabes que me tienes aquí para lo que haga falta. No me gusta verte tan afligida, tus ojos no brillan con la intensidad de siempre. Ni tras tu ruptura con Pedro te vi tan triste. Sal a dar un paseo, ya estamos en temporada alta. Llama a Merche y a Tere. Invítalas a pasar unos días aquí. Diviértete —me anima mientras sostiene una de mis manos.

Me acerco a ella hasta que sus brazos me rodean y siento su amor hacia mí, su apoyo. No puedo evitar las lágrimas. Empiezan a correr por mi rostro y empapan su precioso jersey rosa, el que Fran y yo le regalamos por Navidad y siempre se pone cuando venimos a visitarla.

—Sshh, tranquila, desahógate. Cuando estés preparada ya me contarás qué te pasa.

—Mamá —consigo, poco a poco, que las palabras salgan de mi boca—, soy una idiota y creo que nunca podré remediarlo.

—No digas tonterías, yo no he criado a una idiota. Y ahora vuelve a tu cuarto, date una ducha y te acompañaré a ese bar al que soléis ir tú y tu hermano. —La miro, sorprendida—. También necesito despejarme de vez en cuando, ¿no crees?

Le dedico una sonrisa y un beso y me levanto del sofá. Tengo la mejor madre del mundo y odio no poder abrirme a ella en estos momentos.

—Vale, dame un buen rato para quitarme toda la pena que llevo en lo alto. Y te haré caso, llamaré a mis brujis para invitarlas.

Entro en la habitación mucho más animada. Saber que cuento con mi madre ya es una motivación más para salir de esta depresión. Me acerco a la mesa donde dejé el móvil cargando y le doy al botón de encendido. Automáticamente empiezan a llegar mil notificaciones de Facebook, Twitter y distintas redes sociales en las que suelo participar casi a diario. Suenan también varios wasaps, pero paso de todos ellos. Marco sin pensar el número de Merche. Aún no me apetece hablar con Tere, sé que tiene que explicarme qué se trae con mi hermano y prefiero darle el tiempo que necesite para que me lo cuente.

El tono de llamada suena varias veces, pero Merche no contesta, seguramente estará trabajando. Ni siquiera sé en qué día estamos. Decido armarme de valor y mirar los mensajes. Tengo varios de Merche preguntándome dónde estoy y otros tantos del grupo en el que hablamos las tres. Me entretengo leyéndolos. Tere ha dado señales de vida.

Merche: Daniela, ¿has vuelto? ¿Cuándo quedamos?

Tere: Yo estoy en Madrid, pero vuelvo en unos días.

Merche: ¿Y qué haces tú en Madrid, zorra? ¿A quién te has ligado?

Tere: Os lo cuento cuando llegue. Dani, ¿dónde andas?

Merche: Daniela, haz señales de humo.

Hay unos cuantos más en los que me llaman a voces, tiran de mil y un emoticonos y me ponen verde. Decido enviar uno escueto y les digo que estoy en la sierra, con mi madre, que las invita a pasar aquí unos días. Espero un rato por si alguna contesta, pero no hay respuestas.

No hay más mensajes en mi móvil.

Elijo la ropa que voy a ponerme antes de entrar en el baño. Unos vaqueros desgastados, una camiseta básica rosa y mis zapatillas deportivas.

La ducha me sienta estupendamente. La verdad es que estos días de encierro no me han

hecho el bien que esperaba, tendría que haber ido antes al salón a ver a mi madre. Me visto y me seco ligeramente el pelo con el secador, hace buen tiempo y no es necesario que me esmere. Además, me encanta cómo se queda cuando lo dejo secarse al aire. Recojo el móvil de la mesa y observo que mis amigas no me han contestado. Bueno, lo harán en cualquier momento. Me siento un poco sola sin sus noticias, pero, pensándolo fríamente, ellas tampoco han sabido nada de mí.

Mi madre ya ha recogido todos los abalorios de su mesa de trabajo y me espera con su bolso colgando del hombro. Me acerco a ella y entrelazamos nuestros brazos para salir de casa y recorrer el camino hasta el *pub* del pueblo. Por el camino hablamos de todo un poco. Ella me cuenta cómo va el negocio del alquiler de las casitas rurales y cotilleos sobre los pocos vecinos que aún viven aquí. Yo le explico por encima lo bien que salió el evento, los halagos que me han llegado al correo de las personas que asistieron. Mi madre sabe que estoy omitiendo la mayor parte de la información, pero me respeta, como siempre. La sonrisa que me dedica me hace saber que está preparada para que le hable de todo lo que necesite en el momento en que lo crea oportuno.

Aunque todavía es temprano el *pub* está lleno. Es el único de la zona, y nunca falta gente. Por la mañana dan desayunos y al mediodía tapas frías o algún que otro tentempié fácil de hacer. Y si quieres comer, hay un pequeño restaurante justo a la entrada del pueblo junto a un pequeño supermercado que regenta doña María desde que tengo uso de razón. Son las siete de la tarde y me apetece una cerveza, así que nos acercamos a la barra y pido una para cada una. Creo que el gusto por la cerveza me lo ha pegado mi madre. Y pensar que la primera vez que la probé me supo a rayos...

Santi, el camarero, es un chico de mi edad. Nos conocemos desde pequeños y hemos correteado siempre entre la arboleda de la zona. Nos hemos tirado piedras e insultado, y también fue él el primer chico al que besé. Recuerdo con cariño mis quince años, ambos estábamos en plena edad del pavo. Santi era el atleta del pueblo, jugaba al fútbol, al balonmano, al baloncesto y a todos los deportes que entonces estaban de moda. Siempre fue muy guapo, con su pelo rubio despeinado, los ojos castaños y esas pecas adornándole la nariz que a mí me parecen tan sexis.

Todo empezó como una tontería. Nos cogíamos de la mano discretamente y nos dedicábamos miradas cómplices. Un día me armé de valor y lo besé, sí, fui yo quien le robó mi primer beso, y después de esos vinieron más. Nos hicimos inseparables y pensábamos que seríamos novios toda la vida, hasta que terminamos el instituto al año siguiente y yo empecé en la facultad. Me fui a la ciudad y él decidió hacer un módulo de hostelería en el pueblo de al lado, y nos distanciamos. Muchas veces pienso en qué hubiera sido de nosotros si él se hubiera venido conmigo o yo me hubiera quedado en el pueblo. De todos modos, mantenemos una amistad muy bonita.

Cuando terminó el curso Santi volvió al pueblo para hacerse cargo del *pub* de su padre. Le acompañaba una preciosa chica morena de ojos almendrados con la que se casó unos años después. Ahora son padres de dos niños de tres años, superfelices, tanto que a veces envidio la vida que llevan. Yo pensaba que llegaría a compartir algo así con Pedro, pero al parecer él siempre tuvo otros planes. Y aquí estoy ahora, sentada en la barra del *pub*, mirando la que podría haber sido mi vida, con mi madre al lado charlando con un vecino.

En ese momento mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo trasero de mi pantalón, lo saco y veo el nombre de Tere en la pantalla. Me disculpo ante mi madre y salgo al exterior para contestar la llamada.

—Hola. —No sé cómo saludarla.

—¿Así me saludas después de muchos días sin hablar? Me acabas de defraudar. —Su voz suena a regañina en toda regla.

—Lo siento, no estoy pasando por el mejor momento.

—Me consta, he hablado con Miguel y él tampoco está para tirar cohetes.

—No me hables de ese tío, por favor —le recrimino—, si lo tuviera delante te juro que le pondría los huevos de corbata.

—Vale, ahora sí estoy escuchando a Daniela García. —Su tono se ha relajado—. Espero que esa invitación para ir a tu pueblo siga en pie, porque en media hora estoy allí.

Le digo que sí y charlamos un par de minutos más. Le pregunto por Merche y me cuenta que hablaron anoche, pero hoy no ha conseguido contactar con ella. Cuelga apresuradamente cuando escucho una voz al otro lado del teléfono, pero antes me pide que la espere en el *pub*, que quiere contarme muchas cosas. No sé, pero sospecho que tienen que ver con mi hermano.

Sigo sentada en mi taburete tomándome una segunda cerveza con mi madre, que ahora habla con unas vecinas. Miro trabajar a Santi y me quedo absorta en mis pensamientos cuando alguien grita mi nombre, me doy la vuelta y veo a Tere, que acaba de aparecer por la puerta con una sonrisa radiante. Esta chica siempre está divina, lleva una blusa de color melocotón, vaqueros pitillo oscuros y zapatos de tacón. Debe de haber aparcado cerca, porque el empedrado del pueblo no da para caminar con ese tipo de calzado. Nos miramos, y aunque estoy algo resentida con ella porque no me ha contado qué se trae con mi hermano, me levanto y la abrazo, y las dos gritamos de alegría. Todas las personas del local nos miran, pero nos da igual. Estoy contenta de tenerla aquí. Mi madre se acerca a nosotras, me agarra del brazo para separarme de mi amiga, le da dos besos y empieza a hablar.

—Hola, preciosa, ¿dónde está Fran? —La pregunta me sorprende, al parecer mi madre sabe más que yo. Tere me mira y se sonroja.

—Está en tu casa, me ha dejado en la puerta y ha ido a llevar las maletas. No creo que tarde mucho.

—Bueno, os dejaré solas, yo me voy a ver si lo veo antes de que se vaya, que tengo que preparar cena para cuatro.

Y allí nos quedamos Tere y yo. Ahora mismo no sé qué está pasando ni qué hacer con mi amiga: si irme con mi madre y dejarla allí plantada o darle dos tortazos por haber dejado que sea la última en enterarme de todo. Tere nota mi enfado y da un paso atrás para poner un poco de distancia. Levanta las manos en son de paz y me mira con carita de perrito arrepentido. No puedo evitar sonreír. Y voy a empezar a hablar cuando ella se me adelanta.

—Daniela García, déjame explicarte antes de que descargues toda tu ira sobre mí. Que si he actuado así, es porque no quería cagarla, y ,además, tú eres quien más culpa tiene de lo que ha pasado, que en Barcelona me diste el empujón que me faltaba —le doy permiso para que continúe con su explicación—. Tu hermano y yo estamos juntos, como habrás entendido por el

comentario de tu madre. La verdad es que llevamos tonteando varios años, pero ninguno se atrevía a dar el paso. No me mires así, él es tu hermano y tú eres mi mejor amiga, si esto no funciona no quiero perderte, pero es que al principio pensé que solo era un capricho. Joder, Dani, que tu hermano está para mojar pan y repetir, pero siempre ha tenido a las chicas que ha querido, a mí entre ellas, y no pensé que lo nuestro fuera a llegar a nada. Él también tenía miedo de que esto no saliera bien y a ti y a mí nos trajera problemas. Así que en Barcelona nos sentamos tranquilamente mientras bailabas con Miguel y me confesó que estaba enamorado de mí. Yo también le dije todo lo que siento por él, y estos días que hemos pasado juntos nos hemos dado cuenta de que ambos hemos sido unos tontos por no decirnos antes lo que sentimos el uno por el otro.

—Vamos a ver, recapitulemos antes de que me pierda, ¿tú y mi hermano lleváis varios años en un ahora sí y ahora no por miedo a que a mí me sentara mal? Pero ¿somos tontos o qué? No sabes la alegría que me dais. ¡Mi mejor amiga y mi hermano!

La abrazo con todas mis fuerzas y las lágrimas empiezan a rodar por nuestras mejillas. Ya no es rencor, ya no es odio, es pura felicidad porque ambos, al fin, se están dando una oportunidad. Y pensar que no lo hacían por lo que yo pudiera pensar o dejar de pensar, de verdad que es para darles un par de coscorriones a los dos.

Con la misma alegría nos vamos a la barra del bar y pedimos algo más fuerte, un par de *gin-tonics* para empezar la fiesta. Al cabo de un rato mi hermano aparece en escena y me abraza como solo él sabe hacerlo, uno de esos achuchones que no distingues si duelen o destilan puro amor. Me hace gracia la cara con la que mira a Tere, sin atreverse a acercarse a ella.

Mientras tomábamos nuestras copas le he pedido a mi amiga que disimule ante Fran, que haga como si no me hubiera dicho nada. Sé que le está costando, porque no deja de mirar al frente, así que mi hermano se sienta a mi lado y me quedo en medio de los dos. No puedo aguantar la risa, así que me bebo de un tirón lo que me queda de copa y empiezo a toser como una loca. Fran se levanta y me da golpecitos para que recupere la respiración. Tere sabe lo que me ocurre y ríe a carcajada limpia, y yo cada vez me pongo más roja y nerviosa, porque no puedo dejar de toser. Santi se acerca a nosotros y me tiende un vaso de agua, que apuro rápidamente, y poco a poco me voy calmando.

—Joder, hermanita, respira y no bebas tan rápido.

—Pues la próxima vez te buscas una novia enfermera que sepa de primeros auxilios, y no una abogada.

—Serás perra... Y yo disimulando porque creía que no se había atrevido a contártelo.

—Tranquilo, Fran —le dice mi amiga, acercándose a él y depositando un suave beso en sus labios, algo que tardaré en acostumbrarme a ver, la verdad—. Tu madre allanó el terreno nada más entré por la puerta.

—Si es que Glori *la Rurales* no puede estar calladita. —Le doy un codazo a mi hermano por usar el apodo de mi madre—. ¡Me vas a decir que es mentira!

—¿Sabes lo que más me duele de todo esto? —les recrimino a ambos—. Que tú eres mi hermano y siempre nos lo hemos contado todo, pero esta vez no has sido capaz ni de darme una pista de que te gustaba esta petarda. —Tere se queja por mi pequeño insulto, pero yo sigo con mi

discurso—. La verdad es que me siento un poco defraudada. Y tú, que no te me escapabas, anda que no te lo tenías calladito, seguro que esas noches de migraña tuya o esos viajes eran excusas para escaparte con este cerebro de mosquito musculado. No sé cómo no lo he visto venir, si sois tal para cual. Anda, invitadme a otra copa antes de que empiece a pedir sobrinitos.

Ahora es cuando ellos empiezan a toser nerviosos, y yo no puedo parar de reír. No sé si la culpa la tienen las dos o tres cervezas que me he tomado con mi madre o los *gin-tonics* que llevo en el cuerpo, pero la verdad es que estoy algo más que achispada, y la noticia de que estos dos están juntos me ha hecho olvidar todas las historias sobre los «hombres de mi vida».

Fran nos avisa de que va siendo hora de irse a casa, nuestra madre ha mandado un par de mensajes preguntando cuándo tenemos pensado volver. Mi hermano ha aparcado el coche en la puerta del *pub*. Anda que hizo lo mismo por mí cuando pasábamos aquí nuestras temporadas de desconexión, pero con tal de que Tere pueda lucir sus tacones, lo que haga falta. Ten hermanos para esto. En fin, ahora están en el inicio de su relación, así que démosle un poco de tregua. Solo espero que no sean la típica pareja empalagosa, porque si no se van a enterar. De momento, ya he sido relegada a los asientos traseros. Por dios, la que me queda por aguantar.

4. Conversaciones pendientes

La noche pasa tranquila y el monopolio de la conversación es para la nueva pareja y mi madre, cosa que realmente agradezco. Después de cenar y recoger, insisto para que salgan a dar un paseo y no se preocupen por mí. La verdad es que los días encerrada en mi cuarto y todas las emociones de hoy me han dejado agotada, así que me disculpo y me retiro a la habitación a descansar. Pienso en la bonita pareja que hacen Fran y Tere, en cuánto me alegro por ellos. Ojalá todo les vaya viento en popa y el cabeza loca de mi hermano no lo eche a perder.

No puedo evitar sacar mi móvil y llamar a Merche. No sé nada de ella. Esta vez descuelga nada más sonar el primer tono.

—Perdón, perdón, perdón, perd...

—Cállate ya, bruja, que tú estabas enterada de todo y ahora me cuadran las cosas.

—Me cuesta un montón guardar un secreto...

—Sí, y se te ha ido la lengua diciéndole a Tere que yo estaba en el pueblo. Y también sabías que vendría mi hermano, así que has allanado el terreno para que yo me enterara de una vez por todas.

—No veas lo mal que lo he pasado, Dani, que esta no me dejaba decirte nada y encima tú tampoco estabas para tonterías.

—Bueno, tú sabes que te lo perdono todo, en fin, todo no, que no sé por qué no estás aquí con nosotros.

—Cielo, ando hasta arriba de cosas, parece mentira que no lo sepas. Llego el buen tiempo y el trabajo se multiplica. Aunque tú seas una suertuda y estés de vacaciones.

Seguimos hablando un rato y me promete que si saca tiempo y sigo en el pueblo vendrá, aunque sea un día, cosa que le agradezco con locura.

Creía que necesitaba soledad, que venir aquí sería suficiente, pero me acabo de dar cuenta de cuánto echo de menos a mis amigas y a mi familia tanto en los buenos momentos como en los malos. Decido acostarme antes de que se haga tarde y cuando más cómoda estoy, con mi superpijama de ositos, el teléfono suena. Imagino que es Merche, que quiere contarme algo más, y descuelgo sin mirar la pantalla.

—¿Qué se te ha olvidado contarme, perraca? —le digo, medio regañándola.

—¿Daniela? —Esa voz, tan sensual como la primera vez que la escuché... Inmediatamente su imagen viene a mi cabeza, las noches que compartimos. Separo el móvil de mi oreja y veo su nombre en la pantalla. Marc Capdevila.

Repito varias veces el mío mientras sostengo el teléfono en la mano sin saber qué hacer, estoy en estado de *shock*, ¿cuelgo o no cuelgo? Me debato contra demasiados sentimientos a la vez, pero me armo de valor e intento sonar lo más serena posible. Y, como si no pasara nada, le contesto aguantando las ganas de mandarlo por donde amargan los pepinos y me hago la despistada.

—¿Quién es?

—Daniela, yo... —No le salen las palabras—. Soy Marc...

—¿Qué quieres? —No puedo evitar sonar molesta, creo que después de su último correo no tenemos ninguna conversación pendiente. Pero es ahora o nunca, tengo que acabar de zanjar lo que haya habido entre nosotros, si es que hubo algo.

—Perdona que te moleste, pero ya no lo aguanto más. —Se hace un silencio, pero no sé qué quiere y prefiero darle la oportunidad de explicarse—. No he hecho bien las cosas y te debo una disculpa. No sé qué me pasa contigo, no sé lo que has hecho conmigo, pero no consigo sacarte de mi cabeza. Es algo que no me había pasado...

No puedo escuchar más, ¿a qué narices viene todo esto ahora? Cuelgo el teléfono y lo apago, no quiero volver a recibir una llamada suya. He venido a estar tranquila, llevo varios días sumida en mi propia miseria y cuando empiezo a ver la luz, la oscuridad se cierne de nuevo sobre mí. Las lágrimas brotan de mis ojos sin compasión. Pongo música, porque las paredes son muy finas y no quiero que mi madre se preocupe más por mí, sobre todo después de que hoy me ha visto sonreír.

Me acurruco en la cama, me abrazo y me regaño por ser una estúpida, porque acabo de darme cuenta de que Marc despierta en mí sentimientos contradictorios. Lo odio, lo odio con toda mi alma. Nota mental: no te engañes, Daniela, te has enamorado de él y sientes cosas que nunca habías sentido antes por un hombre.

Y así, con ese pensamiento en mi cabeza, consigo dormir sumida en agitados sueños, rodeada de seda roja y ojos azules.

Por la mañana me levanto con los ojos hinchados y la nariz roja, parece que me he tirado toda la noche llorando, incluso la almohada aún está húmeda. Miro el móvil sobre la mesita de noche, y por primera vez en mis veintiocho años lo dejo allí, sin encenderlo, sin mirar las notificaciones de las redes sociales. Entro en el baño, me miro al espejo e intento como puedo eliminar los restos de dolor con corrector de ojeras y maquillaje. Necesito seguir con mi vida y que las personas que me esperan en la planta baja no noten nada.

Quiero ponerme ropa que me anime, así que me asomo a la ventana de mi habitación y compruebo que el tiempo es bueno. La primavera ya ha llegado y en la sierra el sol ya empieza a apretar, aunque no tanto como en la ciudad. Me decido por un vestido de media manga que me llega hasta las rodillas, muy floreado, alegre, como quiero que sean mis pensamientos en este momento. Me calzo unas botas planas de media caña y recojo mi pelo en una cola de caballo bien estirada que deja mi cara totalmente despejada. Al menos con el maquillaje no parezco el zombi de hace un rato. Dibujo una sonrisa algo falsa, la verdad, y bajo al salón.

Al llegar veo que solo está mi madre. En la mesa hay una bandeja con algunas tostadas, la cafetera humeante y zumo de naranja. Cómo me conoce, si por ella fuera habría muchas más

cosas sobre la mesa. Le gusta que comamos bien, pero no derrochar la comida.

—Buenos días, Daniela —me dice, mientras me siento a la mesa, y me acerca una taza para que me sirva café.

—Buenos días, mami, ¿estos dos aún no se han despertado? —Me resulta raro no ver a mi hermano y a Tere, sé que ambos son tan madrugadores como yo.

—Daniela, ¿sabes qué hora es? —Le enseño mis muñecas para que vea que no llevo el reloj y ella señala el que reposa sobre la chimenea del salón. ¡Son más de las doce! La miro sorprendida, ¿cómo no me ha despertado antes? Sé la rabia que le da que seamos unos perezosos y se nos peguen las sábanas.

—No te preocupes, hija, necesitabas descansar y no quería molestarte.

Después del desayuno, mi hermano y mi amiga se han ido a dar un paseo romántico por la zona. La verdad es que hacen una gran pareja. Mi bruji y el sinvergüenza de mi hermano. Una tan pija y otro tan canalla. Aunque en el fondo Tere es una mujer de armas tomar y Fran fácil de amansar cuando quiere.

Mi madre y yo charlamos un poco, varias veces me mira fijamente, intentando leer entrelíneas, pero antes de contarle lo que siento quiero aclararme yo y saber qué narices siento.

Después me despido de ella y salgo a pasear yo también. Cuando estoy en la puerta, me pide, por favor, que al menos coja el móvil, siempre que me «pierdo» por la sierra las horas se me pasan volando y le da miedo que se haga demasiado tarde. Si es que a veces me sigue tratando como una cría... No quiero coger el teléfono, pero haré el esfuerzo por ella. En un pequeño bolso guardo también mi cajetilla de tabaco. Creo que lo voy a necesitar, porque acabaré mirando si hay alguna llamada o mensaje. Y nada más salir de la casa ya tengo el primer cigarro de la mañana en la boca.

Tomo el camino que lleva hasta el final del pueblo, me sumerjo en los pinares y agradezco la sombra de los árboles. El sol está en su punto más alto y calienta. El sonido del riachuelo me llama y sigo mi camino escuchando la maravilla que me rodea. Los pájaros cantar, los animalillos corretear para no ser vistos. Casi sin darme cuenta he llegado hasta el lugar donde de pequeña me dejaban pasear sola, mi sitio especial, aquel que me servía para desconectar. Hoy vuelve a ayudarme a aclarar mis pensamientos. Me deshago de mis zapatos y meto los pies en el agua. Está fría, pero reconforta. Me siento en paz, relajada, y así dejo caer mi cuerpo hacia atrás, con los brazos bajo mi cabeza. Los rayos de sol que se cuelan entre los árboles me calientan la piel y percibo el contraste con el frescor del agua en mis pies.

No sé cuánto tiempo llevo en esta postura, pero me empiezo a acordar de que tengo el móvil conmigo. Soy débil, lo sé, pero rezo para que cuando decida encenderlo no haya cobertura y no pueda ver nada salvo el mensaje de «sin servicio». Sin pensarlo más, le doy al botón de encendido. Ante mí aparece la foto con mis brujis, la que nos hicimos una noche que pasamos en la playa. Nos encantó, y desde entonces las tres la llevamos como fondo de pantalla en nuestros móviles. Miro fijamente hasta que veo la señal que, para mi desgracia, indica que hay algo de cobertura. Malditas sean las compañías de telefonía y su afán por llegar a todos lados. Llegan varios mensajes de WhatsApp, abro la aplicación y compruebo que uno es de Tere, otro de Merche y otro del grupo que tenemos entre ambas. Ningún rastro de Marc. Suspiro aliviada.

Tere me pide disculpas por si en algún momento fue dura conmigo, su única pretensión ha sido hacerme entrar en razón y me ruega que sea sensata y sepa perdonar. Creo que se refiere a Miguel. Él no tuvo la culpa de que Pedro apareciera en escena en un momento muy inoportuno, lo sé, pero no puedo perdonarle que después de enterarse de que era mi ex no me dijera nada, que intentara ocultármelo. Aun así, reconozco que le debo la oportunidad de explicarse. Cuando vuelva a Sevilla le llamaré e intentaré entender por qué se comportó así.

Merche me dice también que en las próximas dos semanas estará a tope y no podrá venir, aunque espera que yo regrese antes. En el grupo, le recrimina a Tere que esté aquí y no la haya avisado. Y se llaman de todo menos bonita, eso sí, siempre entre risas y bromas. Prefiero no entrar al trapo.

La intriga me corroe y no puedo evitar abrir su WhatsApp. Ahí está su foto, mostrando solo sus ojos, que parecen tristes, de ese azul que tanto me gusta y a la vez tanto miedo me da, porque no sé qué reflejan. Me quedo mirándolo sin saber qué pensar. Leo su estado: «Por tentaciones como tú, hay pecadores como yo». No quiero darle vueltas al asunto y salgo de la aplicación.

Son más de las dos y no tengo ninguna gana de volver a casa, pero me levanto, recojo mis botas del suelo y continúo andando descalza por la orilla del riachuelo, buscando aquel lugar con una pequeña cascada donde los niños del pueblo nos bañábamos. Al acercarme oigo risas y consigo distinguir la voz de Fran. Me asomo con cuidado de no ser vista y allí están, una de mis mejores amigas y mi hermano metidos en el agua, desnudos, demostrándose el amor que sienten. Me da envidia, mucha envidia, me doy la vuelta y me pongo las botas. Les dejo la intimidad que necesitan y que han venido a buscar. Qué bonito es el amor cuando está empezando, solo espero que les dure para siempre.

Regreso a paso rápido a casa de mi madre. No sé por qué, pero a mitad del camino las lágrimas han vuelto a brotar de mis ojos sin ton ni son, bueno, sí, tal vez he visto demasiadas parejas profesándose amor en el camino. Es lo que tienen las casitas rurales en un sitio con encanto como este.

Entonces lo decido, volveré a casa a echarle huevos a la vida y seguir adelante. Sé que tengo que cambiar algunas cosas, y que aislarme aquí no me va a ayudar.

Cuando llego a la puerta me doy cuenta de que no me puedo presentarme así ante mi madre, otra vez. Ya me ha visto varios días encerrada como un zombi y no merece que la vuelva a preocupar, así que paso de largo y me dirijo al jardín trasero, donde mi hermano y yo disfrutábamos tantos veranos. Ahora es un pequeño huerto ecológico con sus tomates, lechugas y pimientos. Aquí sigue el gran pino, con su columpio improvisado con una cuerda basta y un trozo de madera que hace las veces de asiento. Me columpio tranquilamente y empiezo a rememorar los buenos momentos de mi infancia. Las risas de cuando éramos pequeños aún resuenan y una sonrisa se dibuja en mi cara. Supe ser fuerte cuando abandoné este lugar para alcanzar mis sueños, supe ser fuerte cuando me encontré sola en la gran ciudad, incluso lo fui el día que Pedro pisoteó nuestro amor. Y esta vez no va a ser diferente. Saco el teléfono móvil de mi bolsito y hago la llamada que me prometí que haría.

—Hola, Daniela.

—No digas nada, Miguel, sé que no fue tu intención que las cosas sucedieran así. —Él

intenta hablar, pero yo continúo con mi discurso, si me paro no seré capaz de terminar—. También entiendo que me lo quisieras ocultar, sé cómo es Pedro y el daño que es capaz de hacerme. Así que admite mis disculpas y, si alguna vez volvemos a vernos, me encantaría disculparme otra vez.

—¿Estás en tu casa?

—No, en la de mi madre, pero vuelvo hoy.

—Sigo en Sevilla, he pasado en varias ocasiones por tu portal, pero no me he atrevido a llamar.

Me sorprende que aún no haya abandonado la ciudad, pensé que después de todo lo que le dije habría vuelto a Barcelona.

—¿Estás con Marc? —Me cuesta pronunciar su nombre.

—No, no está conmigo, además, nuestra amistad no atraviesa por su mejor momento.

—Dame un par de horas, o tal vez un poco más. O, mejor, cuando llegue te envío el enlace del lugar donde podemos quedar y hablar, un sitio neutral, ni mi casa ni tu hotel.

—Me parece perfecto. Esperaré tu mensaje.

No nos decimos nada más. Me siento animada. Entro en casa y escucho a mi madre en la cocina. La abrazo desde atrás y le doy un montón de besos. Me pregunta qué me pasa y simplemente le doy las gracias por ser la mejor madre del mundo y le digo que, aunque no pueda contarle todo lo que necesita saber, agradezco sus consejos y su habilidad para levantarme siempre el ánimo. Y anuncio mi decisión:

—Vuelvo a mi apartamento, mamá. Necesito solucionar las cosas desde el punto de origen.

—Quédate a comer, al menos —intenta convencerme, pero me ve decidida—. O deja que te prepare algo para llevarte.

Un bocadillo de tortilla y una lata de Coca-Cola. Le agradezco de nuevo, subo a mi habitación y recojo las pocas cosas que traje conmigo.

Cuando bajo al salón la pareja de tortolitos aún no ha llegado, así que le pido a mi madre que me disculpe ante ellos y le diga a Tere que he seguido su consejo y mi intuición, ella sabrá a lo que me refiero. Me despido y emprendo mi viaje a casa, a mi presente, a construir mi futuro.

5. Una bonita amistad

Estoy metida en la ducha, depilándome a conciencia. No sé por qué, pero necesito sentirme la más femenina del mundo. Le he mandado un mensaje a Miguel con la dirección de un bar en la judería de Sevilla que me encanta. Me contesta diciendo que tiene muchas ganas de verme y aclarar las cosas. Rebusco entre mi ropa y me decido por una falda de lino blanca larga, pero bastante fresquita. Si en la sierra se ha notado el calor, en la capital, con la contaminación, parece que está entrando ya el verano. Escojo también una camiseta palabra de honor azul marino, una chaqueta vaquera y mis manolequinas planas. Me dejo el pelo suelto y marco unos tirabuzones con la plancha que me regalaron mis amigas las últimas navidades. Uso un maquillaje sencillo, pero resalto mis labios con un color rojo intenso. Dicen que una se tiene que ver fuerte para sentirse de la misma manera, y al contrario que la mañana de ayer, hoy sí me gusta la imagen que me devuelve el espejo.

Voy al bar caminando, me vendrá bien para pensar en lo que quiero decirle a Miguel. Estoy más que decidida y nada me hará cambiar de opinión. Ni un catalán de ojos tan azules como el cielo ni un ex que dice seguir enamorado de mí.

Después de varios minutos con una cerveza en las manos y la mirada fija en la puerta de entrada, empiezo a impacientarme. Cada vez que se abre mi corazón se acelera. Miro el reloj, han pasado diez minutos. ¿Se habrá perdido? Cuando ya pienso en llamarlo dos manos me tapan los ojos y una sonrisa se dibuja en mi cara. Es él.

Me levanto de un salto y, nada más verle, mi cara se ilumina. Él no sabe cómo actuar, la última vez lo mandé a la mierda, lo eché de mi casa y le pedí que no volviera a llamarme. Me lanzo a sus brazos y lo abrazo con todas mis fuerzas. Al principio parece sorprendido, pero enseguida deposito un suave beso en sus labios y él se relaja, me devuelve el abrazo y enreda su lengua con la mía en el interior de nuestras bocas. Sé que no estoy enamorada de él. Tengo claro quién me inspira ese sentimiento, pero tampoco quiero perder lo que hay entre Miguel y yo, nuestra amistad y la atracción que tenemos el uno hacia el otro. Cuando finalmente nos separamos, regresamos a la mesa y él se sienta frente a mí.

—Te veo muy guapa, Dani, pero la verdad es que me has sorprendido —habla mientras me mira intensamente.

—Perdona mi efusividad, pero es la mejor manera que se me ocurre de pedirte perdón por no haberme dado cuenta de que no fue culpa tuya.

—No, Daniela, eres tú quien tiene que perdonarme por haberte ocultado algo así, pero hasta

que no hablé con Teresa no supe hasta qué punto la había cagado. No tenía ni idea de lo que había hecho Pedro. La verdad es que lo conozco desde hace algunos años porque hemos coincidido en algunos eventos, y sabía que tenía alguna novieta, pero hasta hace unos días no me enteré de que era algo serio. En todas las fiestas acababa con alguna chica con la que se iba a pasar la noche, incluso alguna vez la compartimos.

Se calla de pronto, mi cara tiene que ser un poema porque acaba de confirmar todas mis dudas. Yo solo lo pillé una vez siéndome infiel, aunque siempre sospeché que no había sido la primera. Que Miguel me hable de ello con esa naturalidad me está doliendo en lo más hondo de mi ser. Me llevo las manos a la cara e intento aguantar un sollozo. Debo superar esta relación, pero le he regalado tres años de mi vida, habíamos hablado de futuro... Miguel se levanta, se sienta a mi lado y me rodea con sus brazos para intentar tranquilizarme. Sentir el calor de su cuerpo hace que, poco a poco, recupere la compostura.

—Joder, no paro de cagarla una vez tras otra.

—No es culpa tuya, solo que no esperaba que supieras tantas cosas de él y yo ninguna, pero será mejor que no hablemos de esto, tengo que pasar página y por eso te pedí que quedáramos. Necesito que cumplas tu promesa —su cara es un poema, sé que sabe lo que le estoy pidiendo—, quiero seguir aprendiendo lo que empezamos el otro día. Dejando aparte que no esperaba encontrarme con esa persona, me encantó la sensación y quiero que seas tú quien me lo enseñe, todo.

—No puedes pedirme eso, Daniela. No es porque no me haya gustado, solo tienes que mirarte a un espejo para entender lo que despiertas en los hombres, pelirroja, pero no es tan fácil como parece, es un mundo complicado.

—Pero antes no te importó enseñármelo.

—Pero antes no conocía la opinión de Marc.

—¡A la mierda Marc! —Levanto la voz más de lo que pretendo y varias personas se giran para mirarnos. Intento calmarme—. No me vengas con tonterías ahora, porque ese idiota se ha comportado como un maldito niño pequeño. Yo no soy un juguete por el que se lucha cuando mueres por tenerlo y una vez que te has cansado de él, si te he visto no me acuerdo. Quiero ser sincera contigo, Miguel. Ese estirado despertó en mí sentimientos que ni conocía —sonríe al escuchar el apodo con el que lo nombro—, pero no soy tonta, y sé que él y yo no podemos tener nada, acabaríamos haciéndonos daño. Contigo es diferente, desde el primer momento ambos dejamos claro nuestros sentimientos, no nos vamos a engañar. Claro que sexualmente me excitas muchísimo, te podría decir lo mismo que acabas de decirme tú, y si no ya sé qué regalarte por tu cumpleaños, un espejo de cuerpo entero. Pero los dos tenemos claro que solo es eso. Disfrutamos cuando estamos juntos, y ¿por qué no aprovecharlo? ¿Por qué no disfrutar el uno con el otro? ¿Por qué no aprender juntos? —Se levanta de la mesa y me regala media sonrisa bastante traviesa mientras me ofrece su mano para ayudarme a levantarme.

—Vamos, nena, pero esta vez empezaremos desde cero, iremos avanzando poco a poco y pararemos en el momento en que creas que sabes lo suficiente.

Se acerca a mi cuello y lo besa, saboreándolo con su lengua. Acaba de ponerme los pelos de punta y estoy a mil en menos de un segundo. Es lo que me gusta de este hombre, tan viril y a la

vez tan comprensivo.

Salimos de la mano del bar. Enfrente hay aparcado un espléndido BMW de color negro. Me quedo mirándolo mientras saca unas llaves de su bolsillo. Ahora que me fijo bien, está guapísimo con unos vaqueros y una camisa. Sonríe y me explica que puesto que tendrá que moverse por una ciudad que apenas conoce, mejor hacerlo con estilo. Subimos a su coche de alquiler y nos dirigimos a la carretera. Observo el camino que recorreremos, sé hacia dónde nos dirigimos. Vamos a la pequeña mansión en la que empezará mi nuevo futuro.

6. Empezar de cero

Recorremos el camino en silencio. En el coche suena *Hello*, de Adele. La letra es bastante triste, pero la melodía me atrapa y la tarareo mientras de vez en cuando nuestras miradas se cruzan y sonreímos.

No es tan tarde como la última vez que hicimos este mismo trayecto y aún quedan en el horizonte restos de la tarde de sol. Las vistas anaranjadas son preciosas y la compañía inmejorable. Voy dándole vueltas a su último comentario sobre empezar de cero. Pienso aprovechar y aprender de esta nueva experiencia, no sé cuánto tiempo le queda en Sevilla, pero pretendo estar todo el que pueda junto a él y disfrutar.

Una vez que llegamos aparca en el mismo sitio que la otra vez. Tras bajarnos del coche él se acerca, me da un suave beso en los labios y me coge la mano.

—¿Preparada?

Asiento y avanzo junto a él con la vista al frente, hacia la casa donde conoceré un nuevo placer, pero una punzada en el corazón me pone sobre aviso. ¿Y si Pedro está dentro? No me apetece nada encontrármelo. Camino más despacio y Miguel nota mi intranquilidad, me estrecha la mano con cariño y me anima a continuar. Cuando llegamos a la puerta, la misma mujer nos sonríe y nos invita a pasar, no tengo que identificarme. Llegamos al bar y nos situamos en la barra, en una de las zonas más oscuras, pues solo la iluminan unas velas y una pequeña lámpara en un rincón. Miguel me explica que hoy solo observaremos, no tenemos por qué participar en nada, prefiere que antes entienda su mundo.

El camarero se acerca y deja dos copas de champán delante de nosotros. Bebo un sorbo más largo de lo normal y las burbujas me hacen estornudar. Mi acompañante aguanta la risa. Estoy nerviosa, pero no son los mismos nervios de la otra vez, ahora sé que ambos queremos lo mismo, pero haciéndolo bien.

Miguel me hace una señal para que mire al fondo con disimulo. Al final de la sala hay una pareja: el hombre es maduro, rondará los cincuenta, pero bastante atractivo. Las canas de su pelo le dan un aspecto interesante, a lo George Clooney, y la mujer parece algunos años más joven que él. Miguel me explica que es su mujer, no entiendo cómo sin ser de aquí conoce a las personas que frecuentan estos sitios. Pienso que igual recorren todo el país, pero me guardo este pensamiento para mí. En la estancia suena una música suave que no conozco, y la voz de una mujer ameniza el ambiente, que si no es por ella sería muy silencioso, pues solo se escuchan susurros y algún que otro suspiro de placer.

Sigo observando a la pareja. El hombre se acerca a la mujer que, lentamente, se levanta y se acomoda entre las piernas de él, la espalda pegada a su pecho. Lleva un sencillo vestido negro y largo, hasta casi el final de sus piernas. Él le coloca la mano sobre el vientre y empieza a trazar círculos mientras ella se relaja. No puedo apartar la mirada de ellos, y entonces ambos me miran también. Me sonrojo al momento y vuelvo los ojos hacia Miguel, que me dice al oído que lo que les gusta a esos dos es que los miren, disfrutan cuando comparten así sus juegos con los demás.

—¿Te apetece que los acompañemos? No tenemos que hacer nada con ellos, básicamente porque no lo permitirían. Se calientan más aún si quienes observan empiezan a disfrutar del buen sexo viéndolos jugar.

—¿Solo ellos y nosotros? —consigo preguntar.

Asiente, y me ofrece la mano para levantarnos de los taburetes. Me da mi copa y me anima a avanzar poniendo su mano en mi zona lumbar. El hombre mayor nos saluda y nos presentamos. Él se llama César y su mujer Pilar. No han cambiado de postura, se sienten cómodos y parece que ahora que estamos a su lado se han relajado más. Tomamos una copa más con ellos, y unos instantes después se dan un apasionado beso, se levantan y nos invitan a acompañarlos.

Mis piernas tiemblan como la gelatina. Si no fuera por la fuerza que me transmite mi acompañante de ojos verdes ya hubiera salido corriendo de allí, pero la verdad es que ardo en deseos de saber qué va a pasar.

Avanzamos por un pasillo distinto al de la otra vez, en silencio. No quiero preguntar nada, no me atrevo siquiera a abrir la boca por si digo alguna estupidez.

Entramos en una *suite* preciosa con una cama en el centro, sin ningún tipo de adorno, sábanas de seda roja y varios espejos colocados estratégicamente en las paredes y el techo. César se acerca con su mujer a una zona donde hay un minibar y un par de sofás. Saca cuatro copas de champán de una buena marca, Dom Pérignon. No entiendo de estas cosas, pero sé de sobra que es de los buenos.

Nos hacen una señal para que nos acerquemos y nos sentamos cada uno en un sofá. Miguel está relajado, posa su mano sobre mi pierna. Mejor así, porque está a punto de empezar a moverse con voluntad propia, me digo.

—Es preciosa, Miguel, pero está muy nerviosa. —Hablan de mí como si no estuviera, y en otras circunstancias hubiera saltado con alguna fresca, pero decido no hacerlo porque tienen razón.

—Es nueva en esto. —César hace una mueca extraña, pero su mujer le aprieta la mano para que deje hablar a Miguel—. Si no tuviera claro que puede aprender y que este es su lugar no estaríamos aquí. Además, con quién empezar mejor que con vosotros, que sois unos expertos. —Le guiña un ojo y el hombre parece quedarse tranquilo.

Finalmente, César sonríe y levanta su copa para chocarla con la de Miguel. La verdad es que estoy muerta de miedo, por un momento pensé que querían echarme de la habitación, menos mal que las palabras de Miguel han surtido el efecto deseado. Con disimulo, voy apurando mi copa a sorbos pequeños, no quiero que me la rellenen, prefiero disfrutar de la noche y enterarme bien de lo que va a pasar a mi alrededor.

—Espero que disfrutes, Daniela, eres preciosa —me dice Pilar apoyando su mano sobre mi

hombro mientras se levanta del sofá y, con movimientos muy sensuales, se acerca al centro de la habitación e invita a su marido a que la acompañe.

Él se acerca a una pequeña minicadena junto al lado del minibar y pone música. Suenan los acordes de Luis Fonsi y su *No me doy por vencido*.

César baila con su mujer. Hacen una pareja muy romántica, se les nota que están enamorados y me sorprende que vengan a un lugar como este, pero enseguida pienso que en el amor todo vale, y que ellos disfrutan compartiendo el suyo con todo el mundo, demostrando cómo se aman.

—Quiero que te sientas bien aquí, que entiendas que esto que hacemos no es nada depravado, que a la mayoría de los que venimos nos gusta disfrutar de la pasión que pueden encerrar estas paredes —me susurra Miguel al oído—. Tal vez ellos no sean la pareja más adecuada para nosotros, ya que el amor no se cuenta entre nuestras opciones. —En ese momento noto un pellizco en el pecho y él sostiene cariñosamente mi barbilla—. ¡Eh, pelirroja!, que no me voy a enamorar, y sé que tú tampoco, pero podemos disfrutar de nuestra compañía. Tú solo mira.

Me coge de la cintura y me sienta sobre sus piernas mientras veo bailar a César y a Pilar. Él está a la espalda de ella, mirándonos de frente. Sus ojos son puro amor y pura pasión. Le pasa las manos por los hombros y, poco a poco, el vestido de su mujer empieza a deslizarse hacia el suelo. Continúa sonando la misma canción, la ha puesto en modo de repetición, y yo estoy hipnotizada con la imagen que tengo frente a mí. Miguel sopla suavemente sobre mi nuca y la acaricia, empiezo a notar su excitación entre mis piernas, rozando el límite de mis nalgas, y me empiezo a calentar.

Pilar es una mujer sexi, tiene un cuerpo precioso, ojalá conserve yo esas curvas cuando llegue a su edad y me vea tan elegante como ella, tan solo con un sencillo conjunto de ropa interior con encajes de color negro. Las manos de su esposo rozan ahora sus pechos y los liberan del sujetador. Son naturales pero muy voluptuosos. Él pellizca sus pezones y ella se arquea buscando un mayor contacto con su cuerpo. Mientras, sus bocas se buscan y se encuentran. Una de las manos de él recorre su vientre hasta perderse en el interior de sus braguitas y le hace gemir de placer. Un sonido escapa de mi garganta, me siento húmeda y sé que Miguel lo nota, me mueve sobre sus piernas para notarlo más cerca de mí y él cambia nuestra postura, me pone en pie, pero me deja mirar cómo la otra pareja disfruta de sus caricias. El movimiento de la mano de César dentro de su mujer me hace calentarme más. Miguel me agarra de la cintura y se pega más a mí, eliminando cualquier hueco que haya podido quedar entre nosotros.

—Me apetece jugar también, pero no quiero que dejes de mirarlos. ¿Me permites?

Asiento levemente, me quita la chaqueta vaquera y la pone con cuidado sobre el sofá donde hace un momento estábamos sentados. Desabrocha el pequeño botón y la falda se desliza por debajo de mis caderas dejando ver un minúsculo tanga blanco. Sus manos ascienden por mi espalda y me liberan de la escueta camisa de palabra de honor. Miro al frente, compruebo que estamos en la misma posición que ellos. Miguel retira también mi sujetador. Pilar me sonríe y hace un gesto que interpreto como una señal para que disfrute. La situación es extraña, pero absolutamente placentera. Estoy viendo a una pareja darse placer mientras yo disfruto de un hombre perfecto.

César y Pilar avanzan a paso lento hacia la cama y se recuestan con sumo cuidado. Poco a

poco, él termina de quitarle la ropa a la vez que se deshace de la suya. Su cuerpo está definido y los músculos se le marcan en la espalda. Ahora es Pilar quien toma el mando, tumba a su marido boca arriba y se pone de rodillas a su lado permitiéndome verlo en todo su esplendor, completamente excitado.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta Miguel mientras desliza su mano por mi vientre, repitiendo los movimientos que anteriormente hemos visto, hasta dejar que se pierda en mi interior. Estoy tan húmeda que dos de sus dedos se han colado en mí sin apenas dificultad. Nuestra respiración se acelera y la pareja sonríe al vernos disfrutar.

La mujer se inclina hacia el miembro palpitante de su marido y, después de tocarlo con la mayor pasión que he visto en mi vida, lo introduce en su boca. En ese momento, un orgasmo que ni siquiera había notado llegar me deja temblando, y un beso de Miguel hace que me relaje en sus brazos. Después se incorpora y me deja en el sofá, contemplando cómo Pilar le da placer a su hombre, disfrutando de la escena con la respiración entrecortada. Mientras, Miguel se deshace de su ropa y se vuelve a acercarse a mí, me levanta y no puedo evitar mirarlo, pese a lo erótico de la imagen que tengo delante. Es perfecto. Sus pectorales, esos músculos que se le marcan en el vientre, su sonrisa y su mirada cargada de placer... Se pone un preservativo, me da la vuelta y vuelve a sentarse conmigo sobre sus piernas, en la misma postura del principio.

Pilar se separa de su marido, que vuelve a tomar el mando. Coloca a su mujer de lado, de manera que puedo ver entero su largo cuerpo, le levanta una pierna y la penetra de una sola embestida con la misma rapidez que Miguel se ha introducido en mí bajándome sobre él. Dejo escapar suaves jadeos, estoy completamente excitada entre la escena que contemplo y lo que vivo y siento en mi interior. Los movimientos de César y los de mi acompañante son certeros y profundos. Miguel no me deja moverme, me tiene agarrada de las caderas y él marca el ritmo. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero noto que ellos se tensan casi a la vez que nosotras y tanto Pilar como yo prorrumpimos en un grito de placer al notar que ambos se derraman en nuestro interior. Nos quedamos así un momento, hasta que la otra pareja nos dedica una sonrisa y abandona la habitación por una de las puertas del fondo.

Miguel me ayuda a levantarme y seguimos el mismo camino que ellos, aunque salimos por la puerta de al lado. Al otro lado escucho correr el agua de la ducha. Miguel se acerca a la de nuestro baño, regula el agua para que salga a la temperatura adecuada y me ayuda a entrar. Aún estoy temblorosa por el orgasmo. El agua recorre mi cuerpo mientras el ángel de ojos verdes que tengo al lado me lava y yo me dejo hacer.

—¿Qué tal, nena?

—Ummm...

—Eso suena bien, venga, vamos a secarnos, acompañemos a la pareja en una última copa y volvamos.

—¿Ya? —consigo decir.

—Vaya, ¿ahora me dirás que quieres más? —Le miro con ojos suplicantes—. Por hoy hemos acabado aquí, pero si quieres podemos seguir en tu casa o en mi hotel, los dos solos, ya sabes, un poco de cal y un poco de arena.

Nos secamos entre risas y llegamos al salón antes que ellos. Disfrutamos algo más de esa

intimidad y nos vestimos. Poco después la pareja sale sonriente del baño, llegan vestidos y cogidos de la mano. Sacan otra botella del minibar y rellenan las copas, que aún siguen en la mesa. Me bebo rápido la mía, porque tengo la garganta seca, y César la vuelve a llenar con una sonrisa pícaro en la cara.

—Veo que habéis disfrutado y no sabéis lo que eso nos complace, nos encantaría que nos acompañarais en alguna otra ocasión.

—Me encantaría. —Ahora me encuentro con más ánimo para participar en la conversación.

—Eres preciosa y he disfrutado viendo cómo cambiaba la expresión de tu cara. Has llegado con algo de tristeza en los ojos, pero te vas con pasión y alegría, eso es lo que esperamos de las parejas que nos dejan compartir con ellas nuestro amor, y me alegro de que lo hayamos conseguido esta noche, nunca es fácil. Me encanta que por fin Miguel se haya atrevido a pasar una noche con nosotros, a traer a una mujer con él. —Me siento halagada por el comentario y miro ruborizada a mi acompañante.

Terminamos la copa y nos despedimos en la puerta de la habitación prometiéndonos repetir la experiencia. Miguel rodea mi cintura con su brazo y salimos felices. No sé por qué esta sonrisa tonta no se me borra de la cara, siento que he tomado la decisión correcta y pienso vivir esta vida que se abre ante mis ojos.

Llegamos al coche y Miguel abre la puerta del copiloto. Una vez sentados, me mira y solo tengo que decir cuatro palabras para que sonría y se disponga a continuar con la pasión que hemos empezado esta noche.

—Vamos a tu hotel.

7. Querer más es posible

Pasé con Miguel la mejor noche en mucho tiempo. Él se encargó de pedir la cena, yo no me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que me senté a los pies de la cama y escuché rugir mi estómago. Entre las intensas sensaciones de los últimos días y las experiencias de esa tarde, estaba famélica.

Después de cenar tuvimos una noche de sexo algo más normal. Ambos nos dimos placer buscando y disfrutando al máximo, nos duchamos y caímos rendidos en la cama. Estaba más que cansada, aunque ojalá mi cansancio de todos los días fuera por esto, por sentirme bien y satisfecha.

Teníamos claro que entre nosotros no iba a surgir nada serio. Lo nuestro era solo sexo, del mejor que yo había disfrutado nunca, y quería más de lo mismo, sin compromiso. Pero no supe cómo plantearse, y después de darle unas cuantas vueltas me dejé vencer por el sueño.

Me despertaron unas manos, rozando mis pechos desnudos, y unos labios besándome el cuello con calidez. Abrí los ojos y me costó recordar dónde estaba, hasta que miré por la ventana. Un sol reluciente se filtraba en la habitación, y a lo lejos pude ver la Giralda, tan bonita como siempre. Fue entonces cuando recordé la noche anterior y supe que era Miguel quien acariciaba mi espalda.

Él notó que mi respiración estaba cambiando y pegó su cuerpo al mío. Su excitación matutina rozaba mi trasero, siempre me había gustado esa sensación. Pedro me pidió muchas veces probar el sexo anal, pero yo siempre lo rechazaba. Sin embargo, aquella mañana quería saberlo todo, quería más.

Apreté mi cuerpo contra el suyo y él pareció adivinar mi intención. Deslizó su mano por mi espalda hasta alcanzar la unión de mis muslos y la paseó entre mis pliegues. Humedeció allí sus dedos y llevó uno de ellos hacia mis glúteos. Pensé que sería fácil, pero cuando intentó introducirlo di un respingo y me separé de él sin poder evitarlo.

—¿Tú nunca...? —No terminó la frase, lo miré y negué con la cabeza—. No te preocupes —continuó—, hoy no es el día, pero si me dejas más adelante me encantaría entrenar ese culito tan perfecto y follártelo como nunca nadie va a hacerlo.

Nos miramos intensamente y empezamos un juego peligroso. Quería compensarlo por haberle pedido algo y no poder seguir adelante. Separé mi boca de la suya y mis besos bajaron lentamente por su pecho y el vientre hasta llegar a su miembro, lo atrapé con mis manos y lo introduje en mi boca. Sus jadeos se aceleraban, estaba excitado y yo sentía esas pequeñas gotas

de su placer salando mi boca. Deseé que se corriera en ella y aceleré el ritmo mientras masajeaba sus testículos incitándolo a que me lo diera todo.

Lo logré con unos pocos movimientos más. Entonces él me tomó de los brazos, me ayudó a incorporarme sobre su pecho y devoró mi boca.

—Ahora me toca a mí —susurró.

Conmigo boca arriba, realizó el mismo recorrido que había hecho yo unos minutos antes y en muy poco tiempo me regaló un orgasmo. Nos besamos felices de compartir tanta intimidad.

Entre risas, nos vestimos y decidimos salir a dar un paseo y desayunar, así aprovecharía para enseñarle un poco la ciudad. Sin embargo, él conocía lugares que yo ni sabía que existían, a pesar de llevar viviendo aquí tantos años.

Esta vez no paseamos de la mano, ni nos dedicamos más muestras de afecto de las que se darían dos amigos, bueno, dos amigos que se complementan bien en la cama, eso sí.

Miguel miraba su reloj cada cierto tiempo y no pude evitar preguntarle.

—¿Pasa algo?

—Me tengo que ir —dijo de pronto. Lo miré extrañada—. A Barcelona, mi vuelo sale esta tarde. He de volver al trabajo, sé que la cosa debe de estar tensa allí.

Supe que se refería a Marc, pero en este preciso momento no me apetecía nada pensar en él ni en lo que demonios le pasara por la cabeza.

—No tienes que preocuparte, es tu trabajo y debes volver. Tal vez te dé una sorpresa y me vaya contigo para seguir con las clases.

Una sonrisa iluminó su cara.

—¿Serías capaz? —preguntó, sorprendido.

—¿Y por qué no? Aún tengo vacaciones. Podría hablar con mis jefes para que me alquilaran el apartamento donde estuve el último mes. Además, seguro que se alegran de tenerme allí unos días, apenas hemos hablado últimamente y son como mi familia.

—Pero Marc está allí. —Lo imaginé un instante, pero enseguida recordé que Barcelona es lo suficientemente grande y él no tenía por qué enterarse de que yo andaba por allí.

—Marc no debe saber que estoy en Barcelona, desde luego yo no se lo diré. —Lo miré, advirtiéndole de que ya lo había hecho una vez y me dolería que le dijera que estaba allí una segunda. Eso terminaría de traicionar mi confianza en él.

No teníamos mucho más de que hablar. Acabamos el desayuno y nos dirigimos a paso rápido al hotel. Miguel recogió sus cosas, pasamos por mi casa a por la misma maleta que había llevado a casa de mi madre y que ni siquiera había deshecho aún. Me recordé mentalmente poner varias lavadoras al llegar a Barcelona.

Una vez en el aeropuerto, comprobamos que, por suerte, todavía quedaba algún asiento libre en el avión donde embarcaría Miguel. Nuestro vuelo saldría en dos horas. Mientras esperábamos planeamos cosas que hacer: rincones insólitos que podría enseñarme y lugares adonde ir por la noche para continuar con mi aprendizaje. Llegué sonriente a Barcelona. Esta vez iba con las ideas más claras.

—Ya estamos aquí ratona. —Me sorprendió aquel apelativo cariñoso que me había dedicado, pero preferí borrar cualquier pensamiento extraño de mi cabeza y no atormentarme—. Hoy

pasarás la noche conmigo, llama a tus jefes si quieres, pero ya te dije que mi casa es muy grande y allí puedes tener espacio e intimidad.

—Miguel, me parece abusar...

—No digas tonterías, ven, mira dónde vivo y toma la decisión entonces. No te va a faltar de nada, y a mí me será más fácil buscarte cuando quiera jugar. —Una sonrisa burlona se dibujó en su cara. Sin saber por qué me lancé a su cuello y a su boca. Ambos empezamos a encendernos. Aunque teníamos claro que no queríamos nada serio, la química sexual entre nosotros era abrasadora.

Al separarnos reparé en sus pupilas. El verde de sus ojos había oscurecido y yo sabía lo que eso significaba. Recogimos nuestro equipaje y avanzamos rápido de la mano hasta llegar a la parada de taxis. Subimos a toda prisa en el primero que vimos libre, nuestras miradas se cruzaron, nuestra respiración se había acelerado, y si no hubiera sido por el taxista me habría sentado a horcajadas sobre él para apaciguar a la fiera que llevaba dentro. Cinco minutos más ahí y nos denuncian por escándalo público.

Miguel tenía la misma urgencia que yo. Al llegar a su casa, abrió la puerta como pudo y entramos. No me dio tiempo a ver nada porque ya lo tenía pegado a mi cuerpo, besándome, tocándome, cogiéndome de las nalgas, obligándome a rodear sus caderas con mis piernas. Me apañé para sacar su cartera del bolsillo trasero mientras él besaba y mordía mis pechos y extraer un condón. Él me dejó con cuidado en el suelo y se deshizo de sus pantalones con la misma velocidad que yo de mi ropa. Con el preservativo puesto y en un movimiento rápido recuperamos la postura. Ahora notaba su miembro rozando mi entrada, me moví buscando más contacto y deseando que se perdiera en mi interior. No me hizo esperar. Disfrutamos de nuestra urgencia, del placer, de la tentación, de la necesidad de nuestros cuerpos de unirse, y cuando conseguimos entregarnos por completo, respiramos, nos miramos.

Miguel me guio de la mano hasta un sofá. Para entonces ya no veía nada más en la enorme habitación. El sueño me atrapó y él me sostuvo hasta que conseguí recostarme sobre los mullidos cojines. No podía sentir nada más que paz, placer y los labios de Miguel sobre mi mejilla, dejándome descansar.

8. Solo quiero aprender

La luz se filtra por la ventana, la sensación de haber vivido lo mismo en menos de veinticuatro horas dibuja una sonrisa en mi cara. El canto de los pájaros llega a mis oídos y el olor a café inunda la estancia. Me levanto y ante mis ojos tengo unas vistas preciosas de la costa de Barcelona. Sobre una silla está mi ropa, pulcramente doblada, y una camiseta de Miguel, que decido ponerme. Abro la ventana y el olor a mar se mete en mi piel. Una preciosa playa de aguas cristalinas me muestra el reflejo del sol. El tiempo acompaña y la gente camina por la arena.

—Buenos días, ratona. —La voz dulce de Miguel casi me sobresalta.

—Buenos días, guapo. —Le guiño un ojo. La verdad es que hoy está muy atractivo con un pantalón de pijama reposando en sus caderas y el torso al aire. Puedo ver cada uno de los músculos de su cuerpo y me dan ganas de meterlo en la cama y empezar el día con energía.

—No me mires así —dice, adivinando lo que pienso—, el desayuno se enfría y con esa camiseta mía estás para dejar el café para otro momento.

Me tiende una mano que acepto gustosa y vamos al salón. En la mesa hay una gran variedad de frutas, café, tostadas y mil y un manjares. Lo miro, sorprendida ante tan amplio despliegue. La verdad es que ayer caí rendida, no cené y estoy muerta de hambre, así que ni le doy tiempo a que me ofrezca nada, cojo una manzana y empiezo a comer.

—Por lo que veo tienes hambre, eso está bien. Come, que hoy tenemos un día movidito antes de que me toque volver al trabajo.

—¿Cuándo vuelves?

—Ayer —lo miro con cara de disculpa por haberlo distraído de sus asuntos—, pero no te preocupes, recuerda que mi jefe es mi amigo y de vez en cuando me permito algunas licencias. Hasta mañana no tengo que reincorporarme oficialmente.

Me preocupa que Marc sepa que estoy en la ciudad, tal vez Miguel se lo haya dicho para conseguir dos días más. Y parece que me leyera la mente, porque automáticamente se ocupa de borrar esa idea de mi cabeza. Me explica que después de lo de Sevilla le pidió unos días más para aclarar las cosas y que ninguno de los dos se encontrara en caliente.

Durante el desayuno nos contamos anécdotas de nuestra vida. Me hace gracia cómo describe Miguel su infancia y juventud, no consigo imaginármelo cómo me dice que era, un chico más bien regordete y lleno de granos. Ahora es todo un hombre, un hombre con mayúsculas, su cuerpo es pura fibra, transformado por muchas horas de gimnasio. Me relamo los labios y su mirada cambia, la pasión y el morbo se le dibujan en los ojos y sin que me dé tiempo a

reaccionar lo tengo junto a mí, levantándome de la mesa y devorándome la boca. Nuestras lenguas luchan por llevar el mando en este nuevo asalto.

La camiseta que llevo puesta desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Miguel me coge por la cintura me sienta en la mesa. Le da igual la comida que hay en ella.

—Y ahora, ratona, soy yo quien va a desayunar.

Se agacha y se coloca entre mis piernas, me quita la minúscula ropa interior que llevo y sus labios empiezan a besar el interior de mis muslos hasta que comienzo a gemir. Mis manos vuelan a su precioso pelo rubio y le pido más, y como si mis deseos fueran órdenes para él, humedece mi sexo con su lengua, siento la presión de su boca sobre él y unos suaves mordiscos en mi clítoris me hacen estremecer, arqueo mi cuerpo y la respiración se acelera. Me está follando con la lengua a la vez que, poco a poco, introduce un par de dedos y ya no puedo más, voy a correrme, lo necesito dentro de mí y así se lo digo.

—Hazlo para mí, Dani, dámelo —me pide.

Y me dejo ir en su boca, en su mano, con todo con lo que me está haciendo disfrutar. Él me ayuda a incorporarme y se pone de pie delante de mí. Saboreo mi sabor en su boca, dulce y salado. Sexo, sexo que nunca olvidaré.

Miguel continúa tocándome, me da la vuelta para abrazarme desde atrás y noto su erección, tan dura y exigente. Me coge las manos y las coloca sobre la mesa, exponiéndome al completo para él. De nuevo humedece en mí sus manos y extiende esa humedad hasta mi trasero. Sé lo que va a hacer, pero no estoy nerviosa, esta vez no, le permito que me toque y, con mucho cuidado, introduce un dedo en mi ano. Noto la presión, al principio dolorosa y poco a poco excitante. Con la otra mano frota mi inflamado clítoris y hace que me moje con movimientos cada vez más rápidos. Me pide más y yo me entrego sin miedo, quiero saber qué se siente. Un segundo dedo acompaña al primero, lo introduce sin ningún problema y un grito escapa de lo más hondo de mi ser. Sé que estoy totalmente preparada para él y lo entiende de la misma manera. Sale de mí y abandona un momento la habitación. No sé dónde habrá ido, pero no puedo moverme, estoy acelerada. No pasa ni un minuto cuando lo siento de nuevo a mi lado, deposita un suave beso en mi espalda y me susurra que parará en cuanto yo se lo pida. Pero ya no deseo que pare, quiero que siga y así se lo hago saber. Deja el envoltorio de un condón a mi lado, sobre la mesa, y se coloca en la entrada de mi trasero. Siento cómo, poco a poco, empieza a abrirse paso en mi interior, ahora con su excitación. Avanza despacio, dándome tiernos besos y acariciando la humedad entre mis piernas. Eso hace que me arquee y le resulte más fácil entrar en mí. Ya no puedo abarcarlo más. Lo siento en lo más profundo, noto punzadas de dolor y, a la vez, oleadas de placer.

—Voy a moverme muy lentamente, solo tienes que decirme que pare y lo haré —me dice, mientras percibo el vaivén de sus caderas que me está volviendo loca.

El dolor desaparece, estoy cómoda y quiero más, necesito más y empiezo a acompañar sus movimientos con mis caderas. Su respiración se acelera, lo siento gruñir cada vez que está a punto de abandonar mi calor y se introduce con más fuerza, pero ya no duele, solo hay placer, un placer que me inunda. No me queda mucho, pero quiero esperarlo, noto cómo se hincha dentro de mí y lo aprieto.

—Joder, ratona, vas a matarme, estás tan prieta y receptiva...

Su nombre escapa de mi boca cuando sale de mi cuerpo y se quita el preservativo, lo sé porque acaba también a mi lado. El calor de su placer recorre mi espalda, se ha corrido encima de ella y está resbalando por mi columna hasta mi trasero. Tanto placer me provoca otro orgasmo que me recorre entera, dejándome sin fuerzas. Estoy cansada, pero en la gloria. Es la primera vez que tengo sexo anal y ha sido increíble.

Me abraza por la espalda a la vez y me da la vuelta. Yo me dejo caer sobre su cuerpo, me tiemblan las piernas, la falta de sueño me obliga a cerrar los ojos y, como si no pesara absolutamente nada, me toma en sus brazos y me lleva hasta el baño. Acabamos los dos bajo el chorro de agua y Miguel me lava, no tengo fuerza ni para hacerlo yo sola. Me enjabona el cuerpo y el pelo, me siento mimada y me da miedo. Esto es solo un juego, estoy conociendo una nueva forma de ver el sexo y ambos lo disfrutamos juntos. Pero no deseo esta intimidad, no puedo quedarme estos días en su casa, necesito hablar con mis jefes para que me dejen el piso que ocupé hace unas semanas.

Cuando finalmente salimos del baño, vestidos y cómodos, la expresión de su mirada es extraña. No lo conozco lo suficiente como para interpretarla, así que le pregunto.

—Miguel, dime qué te pasa antes de que empiece a hacerme pajas mentales —pregunto mientras me cepillo el pelo sentada en su cama.

—No lo sé, Dani, ha pasado algo extraño, me he sentido raro. —No entiendo bien lo que dice, pero creo que estoy igual—. Ambos sabemos que esto es un juego, pero ha sido demasiado íntimo, nunca antes una mujer había pasado tantas horas seguidas en mi casa y, joder, acabo de follarte el culo y lo he disfrutado muchísimo.

—Bueno, somos adultos y sabemos poner límites, así que lo más fácil será que me vaya de tu apartamento —su mirada se torna triste—, es lo mejor para los dos. Nos veremos esta noche, los planes siguen en pie —le guiño un ojo para quitarle hierro al asunto—, así que permíteme hacer un par de llamadas y cuando me haya instalado te aviso y quedamos. De paso aprovecharé para hacer turismo, que siempre que vengo es a trabajar. Además, sabes que si me quedo acabaremos con agujetas de estar todo el día dándole al fornicio, y tampoco quiero que te enamores de mí.

Sé que el final de la frase no ha venido muy a cuento, pero necesito dejar claro lo que no quiero ahora mismo en mi vida, ni amor, ni palabras bonitas, ni flores ni caricias bajo la luz de la luna. Solo disfrutar del sexo, de lo que es capaz de darme y hacerme sentir, y sé que con Miguel puedo conseguirlo, al igual que creí poder lograrlo con Marc.

Nota mental: cuando te pongas filosófica no metas al engreído en tus pensamientos, porque te pones de los nervios y no tienes ni idea de por qué. Bueno, pues lo dicho, deseo seguir disfrutando sin ataduras ni romanticismo alguno.

—Tienes razón —asiente Miguel—, aunque me pese, me ha encantado mi desayuno de esta mañana, pero me jode que tengas que buscarte algo cuando he sido yo quien te ha pedido que me acompañes. Déjame al menos ayudarte a buscar un lugar donde quedarte, tengo varias amigas que...

—No, eso sí que no, estar en la casa con amiguitas con las que has disfrutado sería algo más que extraño en esta ecuación. Te repito que ya soy mayorcita para buscar soluciones. El que me

hayas invitado no tiene que preocuparte, podría no haber aceptado, si estoy aquí es porque quiero y desde un principio quedamos en que cada uno viviría por su lado.

Parece que entiende mi postura y no dice nada más. Me deja en la habitación mientras termino de arreglarme el pelo. La humedad de Barcelona me obliga a usar la pequeña plancha de equipaje que metí en la maleta. Tengo el pelo liso, sí, pero tanta cantidad que si no lo domo parece que he estado todo el día con los dedos metidos en un enchufe.

Cuando consigo que todo esté en su sitio, abro la maleta y elijo unos *shorts* vaqueros oscuros, una camiseta de tirantes rosa chicle bastante chillona y una rebeca de hilo fina. No hace calor, pero tampoco quiero que el aire fresco me sorprenda. Me calzo mis Converse negras y vuelvo a organizar mi maleta. Lo tengo todo listo, a falta de la llamada a Paul y a Sonia.

Les ha alegrado mucho saber que estoy en Barcelona y se niegan a alquilarme el piso, me dicen que será todo mío el tiempo que haga falta y sin pagar ni un euro por él. Quedamos para almorzar. Así ellos podrán darme las llaves y yo establecer mi rincón de descanso y desconexión para los días que pase en la ciudad.

Abandono el cuarto con la maleta a cuestas. Voy a despedirme de Miguel, pero lo veo al teléfono y me indica con señas que no hable. Está supersexi. Se ha puesto un pantalón de chándal y una camiseta de deporte y va descalzo. La verdad es que está bueno a reventar, lo desnudo con la mirada, él lo nota y me hace gestos para que pare.

—Sí, lo tengo claro, me paso ahora por el bufete, Marc, esto lo tenemos que hablar. —Se hace el silencio, al otro lado de la línea está mi catalán engreído, ¿he dicho «mi catalán»?—. Tío, somos amigos, ¿no? Venga, en una hora estoy allí. Sí, volví ayer y estaba muy cansado, además, es mejor hablar esto en terreno neutral.

Cuelga y se dirige a mí, me sujeta de la cintura y cuando va a empezar a hablar le doy un beso en los labios, no quiero saber nada de esa llamada y él me respeta. Le explico que ya tengo dónde quedarme, me dice que le hubiera gustado comer juntos, pero le prometo que cenaremos y tomaremos el postre, y que si se porta bien tal vez con compañía. La sonrisa se le ensancha.

Salgo a la calle acompañada por Miguel, que lleva mi maleta y para un taxi justo en la puerta de su casa. No le permito despedirse con un beso, no quiero esa intimidad salvo en nuestros juegos de sexo y placer. No dice nada. Le doy al taxista la dirección del restaurante donde he quedado con mis jefes. Aún es temprano, pero está en una zona comercial, así que iré de compras, puede que encuentre un conjunto de lencería sexi para esta noche.

9. Decisiones

Después de pasear por la Rambla y disfrutar quemando mi Visa miro el reloj y veo que es hora de pasar por el restaurante. Voy cargada hasta los topes, además de mi pequeña maleta llevo varias bolsas, entre ellas una diminuta de Intimissimi con lo que me pondré esta noche para salir con Miguel.

Antes de entrar en el restaurante decido mandarle un wasap para decirle que estoy bien. No quiero parecer impaciente por verlo otra vez, pero la verdad es que el tema se me está yendo de las manos. Al enviar el mensaje me acuerdo de que no le he dicho nada a mis amigas, ni dónde estoy ni qué hago, así que pongo uno en el grupo y silencio el móvil antes de que empiecen a acribillarme a preguntas.

Mis jefes ya están en una mesa del fondo. Me acerco a ellos y, como siempre, me reciben como si fuéramos de la familia. Hablamos de todo un poco y les digo una pequeña mentirijilla: que he venido a Barcelona aprovechando las vacaciones, pues me había quedado con ganas de disfrutar de la ciudad después del último trabajo. Ellos no preguntan, parecen satisfechos con mi respuesta. Mientras comemos me hablan de la cantidad de proyectos nuevos que han comenzado a llegar después del evento. Muchos clientes han preguntado por mí y están interesados en que sea la encargada de organizarlos. Me siento más que feliz, estoy eufórica con la noticia, incluso les doy a entender que, aunque esté de vacaciones, no me importará pasarme por las oficinas para echar un vistazo a esas ofertas.

Aunque al principio me aconsejan que disfrute de mis vacaciones y de los incentivos que tan buenamente me he ganado, finalmente aceptan mi propuesta. Antes de despedirnos me dan las llaves del apartamento. Miro la hora y veo que aún es temprano, pero tengo que ir al piso. Paro al primer taxi que veo y le doy la dirección.

Cuando entro en la casa la encuentro llena de recuerdos: aquel fin de semana con mis amigas, la primera noche con Marc... Decido darme una ducha y olvidar las imágenes que empiezan a avasallarme. Todo está igual que la última vez, tal y como lo dejé, parece que me hubiera estado esperando. La ducha me sienta mejor que bien, estoy renovada y con más fuerza. Me seco e hidrato mi piel con crema, la repaso para comprobar que estoy perfectamente depilada. Utilizo el secador para el pelo y lo dejo suelto, aún no sé cómo me peinaré esta noche. Vaya, en realidad no sé exactamente lo que haremos ni adónde me llevará Miguel, así que decido coger el teléfono y averiguarlo.

Me siento cómodamente en el sofá, con mis *leggings* y una camiseta de tirantes. En el móvil

tengo varios mensajes, uno de ellos de Miguel.

Miguel: Vale, ratona, hablamos más tarde y te digo a qué hora te recojo.

También hay algunos de las chicas, no recordaba que había dejado el grupo en silencio. Decido abrirlo y reponder.

Merche: Menos mal que no aparecí por la sierra, bruja. Menudo plantón.

Tere: ¿Qué se te ha perdido por tierras catalanas? Piensa muy bien lo que estás haciendo.

Merche: Déjala que disfrute, que ya es mayorcita.

Tere: Si yo no digo que no, solo que se piense muy bien lo que hace.

Y así, todo un diálogo en el que, como dos mamás gallinas, me dan mil y un consejos y ninguno me vale, si acaso el de que ya soy adulta como para saber en qué tipo de juegos me meto. Por supuesto, yo solita acarrearé con las consecuencias. Tecleo un mensaje para ambas.

Dani: Brujis, estoy bien y feliz, de eso no tenéis que preocuparos. Pretendo disfrutar al máximo, no me preguntéis por qué, pero necesito esto. Desconectar y reencontrarme a mí misma. Y tranquilas, que os mantendré informadas. Eso sí, dadme mi espacio, lo necesito y sé que lo entenderéis. Por cierto, Merche, ¿te ha dicho ya la perra de Tere que va en serio con mi hermano? Porque vaya carita se me quedó cuando los vi aparecer en el pueblo... Me debes muchas explicaciones. También quiero saber quién o qué es lo que te tiene últimamente tan ocupada. Y con esto y un bizcocho, os iré informando de mi aventura en la Ciudad Condal. No olvidéis que os quiero con locura, brujitas mías.

Con esto ya estoy tranquila, así que marco el número de Miguel. Da tono de llamada, pero no contesta. Me resulta raro, ya que quedamos en que yo le avisaría cuando estuviera lista. Tal vez esté reunido. Dejo el móvil sobre la mesa y enciendo el portátil. No he podido dejarlo en casa, es salir de viaje y llevarme toda la tecnología conmigo, aunque después apenas le dé uso. Ya que les dije a Paul y a Sonia que en un par de días estaría en las oficinas, quiero ver cómo va todo. Nota mental: recuerda que estás de vacaciones, así que no te entretengas mucho con el trabajo y céntrate en disfrutarlas.

Me preparo un café muy corto con leche y dos cucharadas de azúcar y me lo bebo allí mismo, de pie, junto a la encimera de la cocina, me gusta hacerlo así, que todo el sabor entre de golpe. Pero voy a necesitar algo más fuerte si quiero estar despierta y aguantar la noche.

De nuevo en el sofá reviso el correo electrónico en mi ordenador. Sigo mi rutina de siempre. Elimino el *spam*, hay mucho, llevo bastante tiempo sin entrar. Después leo los correos de felicitación tras el evento que organicé para Marc, incluso me han enviado varias notas de prensa en las que salen el nombre de mi empresa y el mío. Los guardo todos para enviárselos a mi madre y a mis amigas, sé que se van a sentir muy orgullosas de mí. Hay otro de mis jefes con los nombres de las empresas interesadas en que organice sus nuevos eventos. Cómo me conocen. La lista es bastante amplia y me sorprende ver en ella los nombres de algunas de alto prestigio en nuestro país. La sonrisa me llega de oreja a oreja. Sigo revisando correos y enviando cada uno a la carpeta que le corresponde para que resulte más fácil buscarlos más tarde.

Al acabar me siento algo decepcionada. Esperaba que hubiera alguno de Marc. Es que soy tonta, me dejó bien claro que no quería saber nada de mí, aunque sus palabras fueran que era yo quien lo buscaba. Será engreído, él vino a Sevilla. Aunque, pensándolo bien, yo estoy ahora en

Barcelona, aunque no buscándolo. Pedro tampoco ha intentado ponerse en contacto conmigo, cierto que he bloqueado su número de teléfono y lo he eliminado de todas mis redes sociales, pero sé que cuando le dé la gana sabrá encontrarme. Me extraña que no me haya mandado un correo, aunque creo que algo tiene que ver Miguel en esto. Nota mental: preguntarle a Miguel, de la manera más discreta posible y sin levantar sospechas, si no le parece raro que no sepa nada de mi ex.

El teléfono móvil empieza a vibrar encima de la mesa. Miro en la pantalla y veo el nombre de Miguel, bueno, realmente pone *gatito*; si él tiene un apodo para mí yo no voy a ser menos.

—Hola, campeón, ¿estabas reunido? —No contesta, y escucho un suspiro—. Miguel, ¿pasa algo? No me pongas nerviosa.

—¿Ratona? —Esa voz, no puede ser, no, él no. Me quedo en silencio—. Esto me parece increíble. —No me lo dice a mí, habla mientras se separa el teléfono de la oreja y escucho la señal de que ha cortado la llamada.

¿Qué demonios hace Marc con el teléfono de Miguel? Se me ocurren mil respuestas. La primera, que sabe que estoy aquí y no va a intentar ponerse en contacto conmigo, él mismo me pidió que me alejara, y no en una sola ocasión. Me quedo con el teléfono en las manos, esperando que vuelva a sonar. No quiero devolver la llamada y que lo coja de nuevo, ni mandar un mensaje y que lo lea. Me toca esperar y no sé qué hacer. Finalmente, saco mi iPad y abro la aplicación de Kindle. Busco entre los libros que tengo pendientes de leer y selecciono *La magia de aquel día*, de Clara Álbori. Desde que leí el último de ella tuve más que claro que quería leer más. Al menos, leyendo dejo escapar mi imaginación hacia otros derroteros.

No sé cuánto tiempo llevo leyendo. Poco a poco, el calor se va, ya empieza a anochecer más tarde. Se acerca la hora de la cena y sigo sin noticias de Miguel. Tal vez no haya visto ni mi llamada. Me regaño por cobarde y me obligo a llamarlo de nuevo. Esta vez, contesta en el segundo tono.

—Buenas, nena. —Respiro aliviada al escuchar su voz.

—Hola, nene —le respondo de la misma manera.

—Ya me tenías asustado, no me atrevía a llamarte y no sabía si habías hecho planes sin mí. No me contestaste el mensaje.

—Sí lo hice, y te llamé una vez que me relajé en casa, pero no sabía que estabas reunido. —Tengo que decirle que fue Marc quien me llamó desde su móvil.

—Me dejé el móvil en el despacho de Marc, pero no tenía llamadas perdidas. —Se hace un corto silencio—. ¡Joder! Ese cabrón ha borrado la llamada. —Y le oigo decir más palabras malsonantes que no me apetece reproducir.

—Bueno, ha hecho más que eso, se ha tomado la libertad de devolverle la llamada a *ratona* —lo digo en tono burlón, para quitarle hierro al asunto—. Nos hemos reconocido la voz, y después ha colgado el teléfono.

Le explico por qué no lo volví a llamar.

—Esto lo vamos a solucionar de una vez —me dice, y sé lo que eso significa. No me hace gracia, pero me parece la mejor decisión, coger el toro por los cuernos y dejarle las cosas claras a ese engreído. Así que quedamos en que hará como si no supiera nada del asunto y no hubiéramos

hablado. Marc le había insistido en salir a cenar juntos y jugar después, así que Miguel aceptará la invitación. Lo que Marc no se imagina es que yo también apareceré allí...

10. Tu olor

Quedé con Miguel en que me diría dónde y cuándo debía aparecer, y estaba más que nerviosa. Tenía que hacerlo, pero no me sentía preparada. Elegí la ropa: un vestido bastante corto de color verde agua para realzar la luz de mis ojos, zapatos de tacón de doce centímetros, a pesar del dolor de pies que tendría al día siguiente, y la lencería que había comprado por la mañana, un precioso conjunto negro de encaje con un minúsculo tanga y liguero. Quería sentirme sexi para que esa mujer fuerte que hay dentro de mí me ayudara a soportar la situación.

Mientras me maquillaba llegó el mensaje de Miguel con la ubicación de un restaurante en la zona del puerto deportivo de Barcelona, no muy lejos. Ellos ya habían llegado. Terminé de arreglarme, recogí mi pelo en una cola alta y marqué ondulaciones en las puntas con las tenacillas. Antes de salir me miré en el espejo y me gustó la imagen que vi en él. Me encontraba fuerte, decidida.

Llamé a un taxi para que pasara a recogerme, y mientras guardé lo indispensable en el minibolso de mano: la cartera, el móvil y un pintalabios rojo. Subí al taxi y le indiqué la dirección al conductor, que no dejaba de mirarme por el retrovisor. Sabía que estaba explosiva, aunque me había puesto un abrigo largo y fino que me tapaba hasta las rodillas.

Al llegar a mi destino tuvo que avisarme un par de veces. Me había quedado absorta en mis pensamientos, replanteándome si era buena idea ver a Marc de nuevo después de la última vez, en que me habló en un tono tan tajante. La Daniela sensata me dice que sí, que debía zanjar el tema de una vez y cerrar ese capítulo de mi vida. Pagué y bajé del taxi. Estaba justo en la puerta del restaurante, buscándolos dentro, cuando vi al fondo a Miguel, observándome. Sacó su móvil del bolsillo y lo vi teclear. Marc estaba de espaldas y parecía seguir con su conversación, aunque Miguel no le prestaba la más mínima atención. En ese momento mi móvil vibró.

Miguel: Échale valor, ratona, sé que eres capaz...

Lo guardé y me abrí el abrigo para mostrar lo que escondía, entré como si nada y me dirigí a la barra. Sabía que *mi gatito* estaba mirándome, pero necesitaba algo fuerte antes de acercarme y saludarlos.

Si supe ser una gran profesional organizando aquel evento e ignorándolo, ahora sacaría las fuerzas necesarias para representar el papel de mi vida. Le pedí al camarero una copa de vino y la bebí en dos o tres sorbos. El calor inundaba mi cuerpo, era ahora o nunca. Dejé un billete sobre el mostrador y caminé hacia ellos. Marc aún no sabía que me encontraba a pocos pasos de él, cuando casi había llegado giró su cabeza y nuestras miradas se unieron haciendo saltar las

mismas chispas de la primera vez. Azul contra verde, tentación contra pasión y deseo. Intenté desviar mis ojos e ignorarlo. Fui directa a Miguel, que miraba sin querer decir nada, le planté un beso en la boca y lo acompañé de un ¿qué tal, campeón?

Vale, me había pasado, pero quería que Marc supiera que ya no pintaba nada en mi vida, que lo poco que hubiera pasado entre nosotros estaba olvidado. Me engañé a mí misma, porque su olor, ese olor a maderas, se había instalado en lo más hondo de mi piel. Lo vi tan guapo, con un jersey de cuello de pico en color azul, que creí que me faltaría el aliento. Llevaba unos vaqueros, y aunque estaba sentado sé que marcaba perfectamente su impresionante culo. Miguel me tendió la mano invitándome a sentarme a su lado, justo frente a Marc, cuyo rostro era ahora serio y tenso. Hola, soy Daniela, y pienso ser fuerte en mis decisiones.

—Hola Marc —saludé educadamente y recibí un resoplido por respuesta.

Miguel aún no me había soltado la mano, la apretaba para infundirme valor.

—Has podido venir —me dijo—. Perdona que te avisara a última hora, pero este no admite un no como respuesta.

Marc no había apartado la vista de mí, yo empezaba a tener calor con el abrigo puesto. Miguel me preguntó si quería tomar algo. Le pedí una copa de vino y me disculpé para ir al baño. Necesitaba echarme agua en la cara, estaba acalorada y con las piernas temblando. Una vez en el baño, me apoyé en el lavabo y me mojé la nuca. Me quité el abrigo y el móvil sonó. Era Marc. Pensé si debía leer su mensaje, y finalmente decidí que era lo mejor si quería afrontar aquella situación: necesitaba saber lo que me iba a encontrar al salir.

Marc: Tan guapa como siempre, pelirroja, pero estás jugando con fuego.

Respondía, a lo mejor no era lo más acertado, pero si me buscaba, me encontraría.

Daniela: Y tú tan engreído como siempre; me gusta jugar con fuego.

El chivato de los dos tics azules me confirmó que lo había leído, pero no respondió y dejó de estar en línea. Salí sin el abrigo, con toda la artillería, a enfrentarme a la guerra que me esperaba. Ambos somos dos personas temperamentales, aunque últimamente me había sentido diminuta frente a él. Pero una y no más, santo Tomás.

Al llegar a la mesa Miguel me sonrió, Marc no dijo nada. Esperaba que me hablara a la cara, no quería ese juego de quinceañeros con los mensajes de móvil, somos mayorcitos para tanta tontería.

La tensión en el ambiente se podía cortar con cuchillo. Así que Miguel decidió iniciar una conversación, aunque el muy cabrón no pudo elegir otro tema.

—Después de la cena iremos a un club a las afueras. —Dejó caer su mano sobre mi muslo, se había puesto a tono al verme con el vestido—. Nos acompañaras, ¿verdad?

—Ella no pinta nada allí. —Marc no me dejó ni contestar, pero yo no pensaba quedarme calladita,

—¿Y tú qué sabes dónde pinto y dónde no? A esto que tú juegas podemos jugar todos, y creo que ya te lo demostré una vez.

—Tú no tienes ni idea de a lo que yo juego y si digo que no pintas nada, es que no pintas nada.

—Vamos a ver —levanté la voz y varias personas se volvieron a mirarme, así que me

acerqué un poco más a él para hablar más bajo—, tú y yo tuvimos la oportunidad de jugar y tú solito la desaprovechaste, Miguel y yo nos entendemos y me gusta lo que hacemos, así que el que no pinta nada diciéndome lo que debo o no hacer eres tú. Y espero que cierres esa bonita boca... —Me faltó el aire, su rostro había cambiado y yo seguía sin saber qué expresaba, si ira, odio... Una sonrisa empezó a dibujarse en su cara, cada vez le entendía menos y no supe si quería entenderlo.

—Tranquila, *ratona* —comencé a cabrearme de verdad cuando usó el apodo cariñoso con que me llamaba Miguel—, que te vas a convertir en gatita sacando tus uñas. Claro que no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, pero esta noche él y yo jugamos juntos y no quiero que participes.

Miré a Miguel, que no se atrevía a decir nada. Pero, hombre, di algo, venga, ahora es cuando viene la Daniela mal pensada y empieza a atar cabos que no sé si siquiera si existen. ¿Y si esto ha sido una encerrona por su parte? ¿Y si se ha cansado de mí y es su manera de cortar por lo sano? ¿Y si...?, pensaba yo. Decidí no pensar y mirarlo con intensidad. Debió de averiguar todo lo que pasaba por mi mente, porque solo abrió la boca para disculparse e ir al baño.

Marc y yo nos quedamos solos en la mesa, mirándonos de nuevo, desafiándonos, pero no cruzamos palabras. Mi móvil vibró sobre la mesa y él miró para ver de quién era el mensaje. —Será cotilla, y después digo yo de mí, pero fui más rápida.

Miguel: Discúlpame, esto debéis solucionarlo los dos solos, no te mosquees conmigo. Os doy treinta minutos, sé que no va a pasar nada malo.

Manda narices. Miguel me había propuesto algo así y se había quedado tan tranquilo. Le hice una señal al camarero para que me llenara la copa. Me planteé si levantarme o no. No quería parecer una cobarde, y decidí solucionar el asunto. Me disponía a hablar cuando Marc se adelantó.

—¿No va a volver aún, verdad? —preguntó, tras adivinar el contenido del mensaje. Afirmé con la cabeza—. Será cabrón —murmuró, entre dientes.

—Marc... somos adultos, no sé qué nos pasó ni lo que está pasando. Quisimos probar algo juntos y al final diste un paso atrás. No te voy a juzgar por ello. Lo que tenemos Miguel y yo es interesante.

—Te gusta. —No me lo preguntó.

—Claro que me gusta, si no, no estaría viviéndolo con él. —¿Es tristeza eso que vi en su mirada?

—Y él, ¿te atrae?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto, sentimos atracción sexual el uno por el otro, por eso estamos aquí.

Marc se levantó de la mesa. Me daba miedo que se fuera y me dejara allí sola, pero para mi sorpresa lo que hizo fue sentarse a mi lado, en la silla que hasta hace un momento había ocupado Miguel. El olor de su perfume me atrajo, su cercanía me puso nerviosa. Pasó una mano por mi mejilla y colocó un mechón de pelo rebelde detrás de mi oreja. Fue un gesto tan íntimo, tan romántico, que me ruboricé al momento. Ahí estaba de nuevo ese cosquilleo recorriendo mi cuerpo e instalándose en el estómago y en la zona más húmeda de mi cuerpo. Desintegración de

bragas en tres, dos, uno... Vamos, Dani, no puedes permitirte estos pensamientos con él, aunque te ponga tanto y después vaya diciendo cosas que no entiendes, se dijo.

De nuevo nos quedamos mirándonos fijamente, nuestra respiración se entrecortaba. Me miraba los labios y quería besarlos, volver a sentir su boca sobre la mía, probar de nuevo esa promesa de tentación. Acarició mi mejilla y sus dedos temblorosos fueron bajando hacia mi cuello. Nuestras bocas estaban cada vez más cerca una de la otra. Podía notar su olor cada vez más dentro de mí.

—No sé qué me haces, pero me gusta.

Y entonces me besó, él me besó y yo me derretí, me besó y me perdí en su olor, me besó y mis bragas desaparecieron. Y yo lo besé y me faltó el aire, y quise más. Lo besé y lo agarré de la nuca hasta hacerme daño en este increíble beso, no quería que terminara, deseé que durara siempre.

Mi parte sensata volvió a mi cabeza. —No, Daniela, esto es una locura, no puedes besarle, sepárate, déjalo, me dije. Pero la manera en que sus labios me reclamaban, su lengua saboreaba cada rincón de mi boca, me volvió incapaz de seguir pensando. Todo a mi alrededor desapareció y nos quedamos solos él y yo, nadie más.

Alguien carraspeó detrás de mí, pero yo andaba perdida en su boca, en esa mano que acariciaba mi muslo y jugueteaba con el inicio de mi liguero. Entonces otra mano se apoyó en mi hombro y di un respingo. Me asusté, joder. Al darme la vuelta descubrí la cara de pícaro de Miguel, que se había llevado la otra mano al pantalón tratando de disimular su erección.

—Si ya lo sabía yo, aquí lo que hay es tensión sexual no resuelta.

No supe dónde meterme. Marc no había retirado la mano de mi muslo y continuaba acariciándome. Miró a Miguel y ambos sonrieron. La encerrona no le había molestado, ni a mí tampoco. Al final, mereció la pena volver a probar sus maravillosos labios, aunque ese no fuera el propósito inicial.

—Vamos, es el momento de resolverla y sé cómo hacerlo.

Miguel me tendió la mano y acepté encantada. Al levantarme depositó un beso en mis labios. No sabían igual que los de Marc, después de tener su boca en la mía ya nada me sabría igual esa noche. Marc, detrás de mí, me besó en el cuello. ¿Qué hacían esos dos locos? Acababa de besarme un rato largo con Marc, llegó Miguel y me plantó un beso en los labios mientras el otro me agarraba de las caderas y se lanzaba sobre mi cuello. Me ruboricé, me deshice de los dos y salí a todo trapo del restaurante. ¡Tierra, trágame!

Los esperé en la puerta mientras fumaba un cigarro para apaciguar los nervios. Me había apartado de la entrada, no quería que nadie me viera, ¡qué vergüenza! ¿Qué pensarían esas personas después de verme besándome con dos hombres? Me estarían llamando de fresca para arriba.

Mis dos hombres salieron de allí entre risas, con la mayor de las camaraderías. Un momento, ¿acabo de decir «mis dos hombres»? Habían pasado de ser el estirado-engreído y el gatito a mis dos hombres, algo así me lo tendría que mirar. Daniela, céntrate, por favor, que no pareces ni tú, me dije. Al llegar a mi lado cada uno me plantó un beso en una mejilla y, sin decir nada más, Marc rodeó mi cintura con su brazo mientras Miguel abría su coche.

Miguel se colocó en el asiento del conductor y yo detrás. Pensé que Marc lo haría en el del copiloto, pero entró por la misma puerta que yo y se puso a mi lado. No dijo nada, se acomodó y miró al frente. Miguel puso el motor en marcha y empezamos el recorrido en silencio.

11. Dame tu mano

—¿Podrías poner la radio? —le pedí a Miguel, poniendo una mano sobre su hombro.

El silencio era bastante incómodo. ¿Qué había pasado? Hacía un momento nos habíamos mostrado de lo más cariñosos, mejor dicho, calientes, y ahora nos disponíamos a solucionar una «tensión sexual no resuelta» envueltos en un halo de silencio y seriedad.

La música sonaba de fondo y Marc se movía incómodo en su sitio. Unía las manos sobre su regazo, se las pasaba por el pelo... Empecé a ponerme nerviosa solo de mirarlo, iba a decirle algo cuando empezó a sonar *Sorry*, de Justin Bieber.

*Is it too late now to say sorry?
Cause I'm missing more than just your body
Is it too late now to say sorry?
Yeah I know that I let you down
Is it too late to say I'm sorry now?*

Nos miramos. Miguel seguía con la vista al frente, en la carretera. Pensaba en cuánto me gustaría que Marc me dijera lo mismo que aquella canción, pero supe que era imposible esperar algo así de una persona como él, hermético, que parecía no sentir ni padecer. Las máscaras que usaba lo habían vuelto impenetrable, y no parecía un hombre romántico ni capaz de declarar un sentimiento. Aunque recordaba frases que me hicieron pensar todo lo contrario, ese «no sé lo que me haces, pero me encanta» seguía sonando en mi cabeza.

Marc acercó su mano a las mías, que reposaban sobre mis piernas, temblorosas por lo que estaba pasando y por lo que iba a pasar. El trayecto en coche se me estaba haciendo el más largo del mundo. Tenía la garganta seca. Dejé que tomara mi mano y sonrió, cada vez que lo hacía se quitaba años de encima. Decir que es guapo sería quedarse corta. Deseé besar nuevamente sus labios, que tanto me hacían sentir. No supe si hacía lo correcto, solo hacía unos días que acababa de huir de mi rutina para quitármelo de la mente, viajé a Barcelona para buscar nuevas experiencias junto a Miguel, accedí a montar una emboscada para ponerle los puntos sobre las íes y, de repente, me encontraba devorándolo, sintiéndome plena entre sus brazos. Pensé si la jugada no me la habrían hecho ellos a mí. Pero no me dio tiempo a pensar mucho más, Marc tiró de mí hasta sentarme sobre sus piernas. La música continuó. ¿Era la misma canción que se repetía o solo lo estaba imaginando No me importó, me encontraba a gusto entre sus brazos,

notando su calor. No deseaba sentir nada por él, pero mi corazón no hizo caso a la razón.

Sus ojos azules brillaban en la oscuridad del coche y me perdí en ellos, me acerqué hasta apoyar mi frente sobre la de él. Quería besarlo, que me besara, él me entendió y me rodeó con sus brazos y me dejó hacer. Sus labios se apoderaron de los míos. Ese beso me supo diferente, la misma electricidad recorrió mi cuerpo, pero esta vez se trataba de otro tipo de calor, no solo el de la pasión, había más, mucho más. Me pregunté si esa certeza era solo mía o él también lo sabía.

Nuestras lenguas iniciaron un duelo de titanes y ya no pudimos separarnos. El coche se detuvo, pero ninguno de los dos parecimos darnos cuenta. Marc aprisionó aún más su cuerpo en el mío. Sus manos recorrieron mi espalda con caricias lentas y cálidas, esta vez no buscaban a la desesperada un encuentro carnal. No, no era él sino yo quien lo quería, así que abandoné sus brazos y me acomodé en mi sitio, ambos con la respiración acelerada. Había luchado durante meses por superar una ruptura y no podía enamorarme, no, no quería ese sentimiento, no ahora.

Nos encontrábamos en un aparcamiento. Miguel había salido del coche y la música no sonaba. Estábamos los dos solos. Nos volvimos a mirar, no supe qué decir y me alegré de que él rompiera el silencio.

—Vamos, o Miguel empezará la fiesta sin nosotros.

Salimos juntos del coche hacia la pequeña mansión en la que comenzó mi andadura junto a Marc, donde no fue capaz de dar el siguiente paso y todo se truncó. Esperaba que todo fuera de otro color. Tuve que ponerme mi coraza de mujer fuerte, esa misma que uso para trabajar, la que me permitió sacar su fiesta adelante y me ayudó en mi infancia y en mi relación con Pedro. Soy Daniela García y soy capaz de esto y mucho más.

Seguíamos agarrados de la mano cuando entramos y nos dirigimos al bar. Miguel nos hizo una señal desde la barra y fuimos hacia él. Sobre el mostrador había dos copas de champán. Cogí una sin pensármelo, tenía la garganta reseca de los nervios, necesitaba un cigarro, pero a mi alrededor nadie fumaba. Quería relajarme.

—Si quieres fumar, al fondo hay un pequeño jardín donde puedes hacerlo. —En muy poco tiempo, Miguel ya me conocía muy bien. Se había convertido en un gran amigo, en alguien muy importante en mi vida.

—Gracias. —Apuré lo que me quedaba en la copa y me levanté.

—Dame tu mano —me dijo Marc tendiéndome la suya; lo miré sin entender—. Dame tu mano, nena, si te ven sola pensarán que buscas compañero para esta noche y hoy me perteneces.

No esperó a que reaccionara y me cogió de la mano. Me había llamado nena, no sabía lo que significaba para él, pero me gustó esa palabra en su boca. Me dejó guiar. Las palabras de Marc me perseguían: «hoy me perteneces», «quiero hacerlo siempre». Nota mental: Daniela, esto es solo un juego, no vayas a quemarte.

Sacó un paquete de tabaco y me ofreció un cigarro que acepté encantada, nunca lo había visto fumar. Se excusó diciendo que pretendía dejarlo y que yo debería hacer lo mismo. Bueno, yo no fumo a menudo, al menos hasta que lo conocí a él.

Seguimos con nuestras miradas que podían decir mucho o nada, yo me había quedado sin saber qué decir. Siempre he dicho las cosas sin pensar, eso que dicen de que el filtro mente-boca está estropeado..., pues así soy yo, pero con Marc me pasa algo extraño, cuando lo tengo cerca

no me salen las palabras. En silencio, volvimos al bar de la mano, su pulgar rozaba mi muñeca durante el breve trayecto.

Miguel tampoco dijo nada al vernos llegar. Dos nuevas copas nos esperaban y esta vez tampoco permití que la mía se enfriara. Me la bebí de un trago.

—Pareces nerviosa —dijo.

—¿Debería no estarlo? —Aguanté su verde mirada.

—Bueno, ya hemos jugado a esto y nos conoces a ambos, solo espero que ahora lleguemos hasta el final. —Miró directamente a Marc, noté cómo se revolvía en el asiento.

A todos nos vino a la mente el momento en el que cortó el juego sin ningún tipo de explicación. Lo miré tratando de intuir algo al respecto, seguía necesitando una respuesta.

Miguel se levantó y nos hizo un gesto para que lo acompañáramos. El juego iba a empezar y no sabía si estaba preparada. ¿Lo estaría él? ¿Pararía el juego como la otra vez?

Volvió a susurrarme un «dame la mano» mientras una tierna mirada asomaba a sus ojos y me guio hacia las habitaciones. Esta vez tomamos una dirección diferente. Todo a mi alrededor era más oscuro, pero a la vez intenso. Sí, debía estar preparada. Lo miré y estreché su mano.

12. No quiero despertarme nunca

La sala donde entramos está a oscuras, pero al fondo puedo ver una cama redonda bastante grande donde dos, no, tres cuerpos disfrutan de la pasión. Suaves jadeos inundan la estancia en una escena bastante erótica y subida de tono, pero no estoy cómoda, una cosa es probar algo nuevo junto a dos hombres y otra estar aquí, frente a tres personas que juegan a lo mismo que estoy intentando conocer. Me pongo nerviosa, no sé dónde colocar las manos, Miguel parece darse cuenta, se acerca a mí y me rodea por la espalda con sus brazos. Marc sigue sin soltarme la mano y aquí estoy de nuevo, abrazada por dos hombres que significan tanto para mí. Miguel, un amigo que me da su cariño, me escucha, me comprende, y Marc, ¿qué es él? No lo sé, y me gustaría saberlo, pero no así, no con otras personas junto a nosotros. No sé de dónde salen estos pensamientos. Nota mental: Daniela, no te montes películas, que estamos aquí para lo que estamos.

—No te preocupes, a ti solo te tocaremos Marc y yo, solo estamos aquí para que veas las cosas tan maravillosas que podemos compartir juntos.

Me relajo un poco y observo la escena que tenemos delante de nosotros. Son dos hombres corpulentos, no puedo diferenciar los rasgos de sus caras a causa de la oscuridad. Ella es delgada pero a la vez fuerte. Sus respiraciones, aunque aceleradas, van al unísono, no necesitan decirse nada, saben cómo moverse, lo que quieren en cada momento. Cada movimiento me hace recordar una danza donde todos y cada uno de los componentes siguen el ritmo y, si alguno pierde el compás, ahí está el compañero para ayudarlo a continuar en la preciosa coreografía que representan. Eso es lo que tengo delante de mí, una maravillosa composición donde el sexo y la pasión son la banda sonora.

Aunque ahora me encuentre más relajada, no estoy del todo a gusto presenciando la escena. El abrazo de Miguel se ha vuelto más suave y me permito dar un paso al frente para que se separe de mí y entienda que estoy mejor. Marc aprieta más mi mano, lo miro de reojo y él sigue con la vista al fondo, sé que nota mi mirada sobre él. La tensión de su mandíbula se hace más fuerte, me da la sensación de que la máscara que usa siempre está haciendo acto de presencia. ¿Pasaré como la otra vez? ¿Permitirá que lleguemos hasta el final? ¿Seré yo capaz?

He disfrutado de ellos por manera separada, con Miguel he jugado y lo he pasado bien, pero Marc... Marc es harina de otro costal. Me encantaron los momentos íntimos que pasamos juntos, pero me da la sensación de que la tensión que respiraremos en unos instantes será de las que se cortan con cuchillo.

Me vuelvo hacia Miguel y compruebo que ya no está. No sé cuánto tiempo llevo sumida en mis pensamientos, pero Marc sigue a mi lado, en su propio mundo. Cuando voy a dar un paso hacia él para que sepa que nuestro acompañante se ha marchado, me suelta la mano, pero ahora lleva la suya a mi cintura, la apoya en el hueco entre el final de mi espalda y el inicio del trasero y me hace avanzar. Pasamos junto a la cama redonda y no dejo de mirar aquella escena, la verdad que, aunque me haya sentido incómoda, también me he excitado bastante. Al final de la habitación hay una puerta. Marc saca una llave de su bolsillo y abre.

Esto es el paraíso, entramos en una habitación preciosa, iluminada tenuemente y muy similar a la que usamos la primera vez que estuve aquí, aunque ahora la cama es más grande. También la baña una sábana de seda roja. Una suave música suena de fondo, escucho atentamente, ya que la melodía me resulta conocida y quiero saber cuál es.

—*Faded* —me dice Miguel, que acaba de entrar por una puerta del fondo—. Es la canción que suena. *Faded*, de Alan Walker

—Sé cuál es —le digo sin retirar la mirada de sus preciosos ojos—, una letra bastante intensa.

—La situación la requiere —dice Marc a mi espalda, mientras me masajea los hombros—. ¿Preparada?

Asiento, no muy segura, la verdad es que estoy muy nerviosa, la electricidad que me recorre el cuerpo cuando lo tengo cerca me pone eufórica, excitada, deseo que me dé la vuelta y me bese, que note que lo necesito, pero sigue igual, con las manos sobre mis hombros, no sé si lo hará para que no me gire hacia él. Miguel se acerca poco a poco a nosotros. Conozco esa mirada y me enciende al momento. Cuando lo tengo delante de mí las comisuras de sus labios dibujan esa sonrisa suya que tanto me gusta y que significa lujuria. Parece que pide permiso, pero no a mí, sé que está mirando a Marc.

Es el momento y ahora sí sé que, a pesar de los nervios, estoy preparada. Miguel me acaricia la mejilla y se acerca despacio a mi rostro, deposita un suave beso junto a mi boca, sé que quiere que sea yo quien dé el primer beso. Vuelvo la cara buscando sus labios y lo hago. Un beso suave pero cargado de significado, quiero esto, quiero saber lo que se siente teniéndolos a los dos, el cariño de un amigo y la pasión del deseo. Las manos de Marc se deslizan por mi espalda, Miguel sigue besándome sin prisas, dejándome pensar y sentir lo que está pasando entre nosotros, hasta que Marc llega al bajo de mi vestido y empieza a subirlo. Noto las yemas de sus dedos moverse por mi cuerpo erizándome la piel. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo que echaba de menos, era su tacto.

Miguel retrocede dos pasos hacia atrás y deja que Marc me desnude para ellos. Doy gracias a Dios por la ropa interior que decidí ponerme, quiera o no, me hace sentir más fuerte.

Veo caer junto a mis pies el minúsculo vestido verde y las manos de Marc acarician mi vientre trazando círculos alrededor del ombligo. Cierro los ojos para absorber todas sus caricias, quiero quedarme con esta maravillosa sensación mientras dure. Sus labios besan mi cuello, las piernas me tiemblan y el estar subida a estos tacones no ayuda. Marc me gira hacia él con suavidad, yo continúo con los ojos cerrados y sin querer abrirlos, quiero aspirar su olor, sentirlo y disfrutar, que él me enseñe este juego. Quiero ser suya esta noche y muchas otras, sin

preguntas, sin reparos.

—Mírame a los ojos, déjame ver qué sientes a través de tu preciosa mirada, no me prives de tu placer. —Le hago caso sin rechistar, quiero hacer todo lo que me pide. Cuando su mirada azul se cruza con la mía me devora la boca como en el restaurante, sin importarnos lo que hay a nuestro alrededor, sin demora. Ambos deseamos esto, ahora. Deslizo mis manos por su pecho y empiezo a deshacerme de su ropa, lo quiero desnudo ante mí, piel con piel.

Marc me eleva y coloca mis piernas alrededor de su cintura como si yo no pesara nada, y conmigo en brazos avanza a través de la habitación hasta depositarme en la cama. Nos hemos olvidado de todo menos de nosotros, del momento y de sentirnos, yo sobre la seda roja y él sobre mí.

Sus manos desabrochan mi sujetador con precisa experiencia. Desliza los tirantes por mis brazos y deja mis pechos al descubierto. Mis pezones ya están duros, reclamando atención, en una media sonrisa le hago saber lo que quiero y necesito. Los acaricia mientras baja su boca hasta ellos y sentir su cálido aliento y la humedad de su lengua me hace enloquecer de placer. Me estremezco, creo que estoy a punto de tener el orgasmo más increíble de mi vida. Con una de sus manos acomoda mis pechos para tener el mejor acceso a ellos y la otra la desliza por mi vientre hasta el borde de mi diminuto tanga. Un crujido de tela se escucha en la habitación, sé que mi querida ropa interior ha pasado a mejor vida, pero en este momento me da igual, solo quiero sentirlo a él.

—Siempre tan húmeda, nena. —Jadea con uno de mis pezones en el interior de su boca.

Reparte toda la humedad de mi sexo con sus dedos, roza tímidamente mi clítoris poniéndolo cada vez más duro y me roba pequeños espasmos que anuncian la llegada del que no será el único orgasmo de la noche. De repente, siento el peso de otro cuerpo sobre la cama y recuerdo que Miguel está allí con nosotros. Me giro para mirarlo y, cuando voy a pedirle disculpas por no invitarlo a participar, se adelanta.

—Tranquila, ratona, sigue disfrutando, pero por ahora no vas a ver más.

Me enseña una venda del mismo color rojo de las sábanas y me alegra saber que me van a dejar experimentar con el resto de mis sentidos. No es porque no quiera verlos, solo deseo que sepan que me da igual quién de los dos me esté tocando en ese momento, voy disfrutar de esto, ahora. Asiento y le tiende la venda a Marc, que me la pone sobre los ojos y la anuda asegurándose de que no está demasiado apretada.

—Recuerda que esta noche me perteneces, da igual quién de los dos te esté tocando, esta noche eres mía. Solo mía.

Las palabras de Marc resuenan en mi mente, las ha susurrado en mi oído solo para mí. Noto cómo sus manos vuelven a tocarme, me ayudan a incorporarme y a ponerme de rodillas en la cama. Miguel se coloca a mi espalda, los diferencio por su olor, por la forma en que me acarician. Miguel disfruta de mi cuerpo, hace que yo también disfrute, pero a la vez busca su propio placer. Marc es diferente, le gusta verme así y solo necesita que lo desee. Hay cuatro manos sobre mi cuerpo y puedo distinguirlos sin problemas. Me muevo nerviosa buscando más, no quiero solo caricias, los quiero a ellos, ahora sé que realmente estoy preparada.

Me alzan entre los dos, sus manos me ayudan a incorporarme y me quedo de pie en la cama.

Empiezan a rozar mis piernas hasta que una de sus manos se pierde entre ellas, alcanza mis pliegues y dos dedos llegan dentro de mí para recoger parte de mi humedad y dejar que me lubrique por completo. Otra mano me masajea el trasero y suavemente, aprovechando esa humedad, introduce un dedo en mi ano. Estoy siendo penetrada por ambos sitios por manos expertas. Muevo las mías para apoyarme en Marc, sé que sigue delante de mí, pero ahora no sé de quién es cada mano ni qué pretenden hacer conmigo. Su olor se ha mezclado. Cuando al fin puedo aguantar el equilibrio sobre sus hombros me arqueo y un impresionante orgasmo me recorre por completo dejándome exhausta. Los espasmos no me permiten mantenerme y entre los dos me tumban en la cama. Estoy rendida, quiero más, pero necesito recuperar el aire.

No me dan tregua, uno de ellos se tumba sobre mí y noto la dureza de su excitación. Aspiro su perfume, es Marc y dejo que vuelva a apoderarse de mi cuerpo, aunque esté agotado. Respondo a sus caricias y cuando creo que ya no puedo más se introduce en mí. Sé que lleva un condón puesto, noto el pequeño plástico que nos separa. La idea de sentirlo piel con piel se me pasa por la cabeza, pero no quiero pensar en esa intimidad entre ambos.

Sus embestidas son al principio lentas y me permiten disfrutar del momento, sus manos me tocan y me hacen arquearme pidiendo más. Él responde a mis movimientos y aumenta el ritmo, quiero más, lo quiero a él, lo necesito.

—Vamos, acompáñame, nena, voy a correrme.

Esas palabras son el detonante del siguiente orgasmo. Mis paredes vaginales se contraen y lo aprisionan en mi interior. Un gemido escapa de su boca y lo busco con la mía para absorberlo, deseo sentirlo en todo su esplendor y él me deja atraerlo hacia mi cuerpo. Clavo mis uñas en su espalda sin pensar si le estaré haciendo daño, y con un grito me dejo ir y él me acompaña, su peso cae sobre mí pero no me importa, noto el latir de su pecho sobre el mío, el cansancio me está venciendo, y si esto ha sido uno de esos sueños de los que te despiertas con una sonrisa, no quiero despertarme nunca.

A pesar de que lo llamé mil veces engreído y estirado, despierta en mí emociones que ni siquiera Pedro, en todos nuestros años de relación, me ha hecho sentir. ¿Qué es esto que me martillea el pecho? No, no puede ser, no te puedes estar enamorando de él, Daniela, eso no, por favor.

13. Persígueme

Los nervios y una sensación de paz me invaden al mismo tiempo, no entiendo lo que me pasa y en parte tampoco quiero entenderlo, deseo que todo fluya a su ritmo y no pararme a pensar en lo que está sucediendo. Me siento exhausta y completa en los brazos de Marc. Creo que me he dormido, sí, debe de ser eso, estoy relajada.

Oigo voces alrededor, pero no consigo abrir los ojos y ver quiénes hablan, son dos hombres, sí, son ellos. Agudizo mi oído e intento escuchar la conversación. ¿Por qué mi cuerpo no responde? Será el cansancio.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer?

—No, no lo estoy, joder, esto nunca me había pasado y no sé cómo actuar.

—Yo sé cómo se llama eso, Marc, pero no querrás escucharlo.

—No sigas por ahí, no puede ser eso, otra vez no, sabes que no sería capaz de hablarle de mis fantasmas, esto es solo placer, solo eso.

—No te engañes, no tiene que ser más de esa mierda, esto va más allá. ¿No te das cuenta de cómo os miráis? —Marc y Miguel conversan al fondo de la habitación, no debería estar escuchando, pero mi cuerpo no me responde y no puedo decirles que estoy aquí, oyéndolo todo —. Haz lo que quieras, pero ella no se merece sufrir y tú lo sabes.

—Joder, Miguel, sabes que no quiero que sufra y por eso tengo que hacer esto, tenemos que dejarlo todo claro, que entienda la situación. No te lo pienso decir otra vez, lárgate, sé lo que tengo que hacer y eso empieza por sacarla de aquí y explicarle que este no es su mundo.

—Ni el tuyo, desde que ella ha aparecido.

Se escucha un portazo y la conversación acaba. Alguien ha abandonado la habitación y estoy completamente segura de quién ha sido. El olor de Marc sigue junto a mí, pero no sé si porque aún lo tengo impregnado en la piel o es que ya forma parte de mí.

El peso de un cuerpo vuelve a hacerme compañía en la cama. Ha vuelto a pasar, hemos empezado a compartir este juego los tres, los dos hombres que he elegido y yo, hasta que Marc ha echado a Miguel. Por una parte me siento frustrada; por otra, contenta. Mis sentimientos son contradictorios, claro que quiero saber lo que se siente junto a los dos, pero Marc... Con él es todo diferente, me completa y no necesito nada más. Es algo difícil de explicar, he de averiguar de qué se trata, necesito hablar con él de todo esto.

Su cuerpo se acerca al mío y noto su pecho descubierto contra mi espalda. La respiración es acelerada, sin embargo, yo quiero parecer relajada para que no note que he escuchado su

conversación con Miguel. Si tiene que decirme algo, que sea él mismo quien lo haga, no debo forzarlo a que me diga más de lo que debería saber.

Sus labios están junto a mi oído, noto su respiración cálida, aprieto los ojos, intento calmar mi corazón. Tenerlo tan cerca me excita, me pone a mil. Ahora mismo me giraría para poder contemplar ese magnífico cuerpo que tanto me hace disfrutar y perderme en su preciosa mirada azul, descifrar lo que quiere decirme, aunque siempre me resulte imposible. Quiero saber cuáles son esos fantasmas de los que antes hablaba, que me explique qué lo atormenta y le lleva a usar su máscara conmigo.

Cuando parece que se va a abrir para que lo sienta, para que sepa quién es, regresa esa cara seria que todo lo oculta y me impide saber más de él. Pero no voy a ser yo quien pregunte, esperaré a que él dé ese paso. Sí, siento algo por Marc. Tengo miedo, no quiero abrir mi corazón a nadie más, Pedro ya lo pisoteó y no estoy preparada para sufrir. Aunque le haya dicho a Miguel que eso no ocurrirá, Marc no sabe lo que he llorado por él. ¿Qué va a pasar ahora conmigo?

—Nena, ojalá que todo fuera más fácil —me susurra, creyendo que aún duermo—, no sabes quién soy y no estoy preparado para decírtelo, no deseo hacerte daño, pero no sé actuar de otra forma. Déjame que te lo enseñe poco a poco, dame tiempo. Esta noche no me has pertenecido; al contrario de lo que creía, yo he sido tuyo en cuerpo y alma. ¿Qué demonios me pasa cuando estás cerca de mí? Duerme, preciosa, mañana será otro día.

Sus palabras retumban en mi cabeza como un mantra, «en cuerpo y alma», si todo fuera tan fácil no estaríamos así ahora, él abrazándome y yo haciéndome la dormida. Con delicadeza, hace ese gesto suyo de retirarme un mechón de pelo de la mejilla y colocarlo detrás de mi oreja, tan sensual y romántico que temo que note mi rubor. Intento que mi respiración sea la más relajada del mundo y así, con su tacto sobre mi cuerpo y su cercanía, vuelvo a perderme en los sueños que me conducen a él y espero obtener respuestas a todas mis preguntas.

Me despierto con la luz del sol sobre el rostro. No recordaba ninguna ventana cerca de la gran cama, solo las puertas por donde había entrado Miguel. Abro poco a poco los ojos y me doy cuenta de que las sábanas que me cubren no son de seda roja sino que tienen dibujos, carpas, sí, carpas koi, como esas que se tatúan en la piel, tan hermosas y varoniles. Miro hacia todos lados y no sé dónde me encuentro. Me siento en la cama y cubro mi desnudez con las sábanas. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Dónde estoy?

Es una habitación amplia con un enorme ventanal por el que entra mucha luz y a través del cual contemplo la ciudad de Barcelona, sus edificios más emblemáticos. Estoy en pleno centro, la zona que mejor conozco. Al otro lado se distinguen dos puertas, una de ellas está entreabierta y observo que conduce a un baño. Justo enfrente de mí hay una gran cómoda de líneas blancas, y en esa misma pared un gran cuadro. En él, la melena pelirroja de una mujer descansa sobre sábanas de seda roja. No puedo retirar mi mirada de él, me levanto, estoy totalmente desnuda, mi tanga desapareció entre las manos de Marc. Me acerco al lienzo y rozo la imagen con los dedos, la mujer lleva un pequeño pendiente en la parte superior de la oreja, una diminuta estrella plateada. No, no puede ser, instintivamente me llevo la mano a la mía hasta palpar mi estrella en el mismo lugar. Soy yo, yo soy la mujer del cuadro.

Escucho pasos y corro a la cama a taparme. Sé quién va a entrar por la puerta y quiero

preguntarle por el cuadro, aunque anoche me propuse dejar que fuera él quien se abriera poco a poco. Debo darle la oportunidad de que se quite la máscara y sepa que puede confiar en mí. No entiendo bien por qué, pero estoy dispuesta a abrirle mi corazón y no me importa sufrir. Sé que me va a doler, pero también que merecerá la pena, aunque ignoro hasta qué punto del camino podré llegar sin romperme.

—Buenos días, nena. —Su sonrisa amplia y sus ojos tienen hoy un brillo especial—. Perdona que te trajera ayer a mi casa mientras dormías, no quería despertarte.

—No pasa nada, aunque me he asustado al abrir los ojos y no reconocer el lugar —lo digo mirando alrededor y sin soltar la sábana que cubre mis pechos—. Por cierto, ¿dónde está mi ropa?

—La está lavando Manuela —perdona, ¿quién?, me pregunto—, la asistente —responde a mi pregunta muda—. Además, ese vestido no era el adecuado para pasar la mañana, ¿no crees? En el baño te he dejado algo de mi ropa, sé que te quedará grande, si prefieres quedarte desnuda por mí no hay problema.

Le lanzo la almohada que tengo a mi espalda. Vale, no tengo ni fuerza ni puntería y ni siquiera he conseguido que se acerque a él. Se ríe, ahí está ese Marc confiado, y no puedo aguantar más y me río con él. Me levanto de la cama arrastrando conmigo la sábana, hemos compartido momentos íntimos, pero no puedo evitar sentir vergüenza ante su mirada pícaro. Camino a paso rápido hacia el baño, y en el momento en que paso por su lado tira de la sábana y me da un cachete en el culo. Vale, ha sido más fuerte que una simple caricia, pero me ha puesto a mil. Cuando me doy la vuelta para decirle algo, ya está saliendo de la habitación.

—Dúchate, ayer sudamos mucho. Te espero en el salón para desayunar. Por cierto, mis carpas te sientan muy bien —dice mientras se lleva las sábanas a la nariz y aspira su olor.

Entro al baño y me sorprende lo grande que es. Hay una bañera enorme de hidromasaje, una placa de ducha, también con todos esos chorritos que se disparan hacia tu cuerpo y te dejan relajada al máximo. Sobre el mueble del precioso lavabo, cuyas líneas cuadradas y modernas en tonos grises lo hacen realmente elegante, hay un pantalón de chándal, una camiseta de deporte y unos calzoncillos de marca con un gran elástico en la cintura. Si Marc supiera que los uso a menudo cuando llega el verano, se reiría de mí seguro.

Decido darme una ducha rápida. Recojo mi pelo en un moño alto, no quiero mojarlo y tener que secarlo después. Cojo el gel que hay sobre el estante y nada más echarlo en la palma de mi mano el aroma inunda el baño, ahí está su olor, maderas. Me recreo enjabonándome el cuerpo, desearía que él estuviera haciéndolo ahora mismo. Hace un momento, yo sí hubiera salido detrás de él hasta el baño y hubiéramos jugado un rato. Sin embargo, este es Marc, alguien extraño al que querría hacer muchas preguntas, aunque tras la conversación que tuvo anoche con Miguel he preferido darle espacio. Tengo clara mi meta: voy a dejar que me conozca, que confíe en mí y sea él quien me cuente lo que quiera, me da igual lo que le persiga del pasado, yo estoy aprendiendo en el presente, como mi madre nos ha enseñado siempre. Un *carpe diem* siempre es mejor que esos fantasmas que no te dejan abrirte a lo que quiera que estés viviendo en este momento.

No deseo sufrir, nadie quiere hacerlo cuando está empezando algo así, pero estoy dispuesta a

saber qué es lo que dice que le hago sentir. Si es cierto que ayer fue mío en cuerpo y alma, hagamos que no se arrepienta de sus palabras.

Con estos pensamientos termino de ducharme y me seco con una toalla que reposaba junto a la ducha y que también huele a maderas. La ropa que me ha dejado me queda bastante grande, solo la camiseta me serviría de vestido, pero no quiero ir con las piernas al aire, aunque él haya insinuado que no le importaría en absoluto. Como puedo, le doy varias vueltas a la cinturilla del pantalón para que no se me caiga y anudo la camiseta por un lado, así no quedará tan larga. Adecento un poco mi pelo, que con la humedad de la ducha se ha ondulado más de la cuenta. No me ha dejado nada para los pies y lo único que hay en la habitación son mis tacones. No me los voy a poner, y tampoco rebuscaré en sus cajones para encontrar un par de calcetines. Así que de esta guisa salgo de la habitación y recorro el pasillo persiguiendo el sonido de una cafetera.

Al llegar a la cocina veo a Marc de la misma forma que entró en la habitación, con el torso descubierto y unos pantalones de chándal como los que me ha dejado reposando sobre sus caderas. Es una delicia verlo. Si con traje está imponente, así es indescriptible.

Nota mi presencia y se gira con dos tazas en las manos. Me hace una señal para que lo acompañe a la mesa que hay justo enfrente de mí, repleta de comida, fruta, tostadas, donuts... Cierto, yo como bastante, pero eso es pasarse. Me mira y se ríe.

—El desayuno debe ser la comida más fuerte del día y ayer hicimos ejercicio, así que hay que reponer fuerzas —me pregunta con la mirada si quiero leche y azúcar en el café y le digo que no.

—Solo, gracias, el primero ha de ser fuerte para despertarme, si no, no soy persona.

Hablamos de todo un poco sin referirnos a lo de anoche. Si él no dice nada yo no voy a preguntar, me siento cómoda, parecemos una pareja de lo más normal desayunando juntos entre risas y bromas. No entiendo qué quiere de mí y paciencia tengo poca. Si no se lanza pronto, al final lo haré yo, y dicen que no soy de mucho tacto.

—Vamos, te llevaré a tu apartamento y podrás cambiarte de ropa. Hemos quedado para comer con Miguel y no le gusta la impuntualidad.

Y sin decir nada más se levanta, recoge la mesa sin permitirme ayudarlo y cuando ha terminado sale del salón por el pasillo que he recorrido yo antes. No pasan ni cinco minutos cuando aparece de nuevo ante mí. Yo sigo en la mesa, creo que incluso en la misma postura con que me dejó, con la taza entre las manos y mirada de boba. Estas son las cosas que no entiendo de él. De repente estoy muy de buenas y enseguida me pongo la máscara de estirado y se acabó.

Se ha puesto un pantalón vaquero negro ceñido y una camisa gris perla con los botones superiores desabrochados y se ha mojado el pelo, que lleva peinado hacia atrás y le da un aspecto más juvenil. Me tiende unas zapatillas deportivas; vale, va a parecer que voy montada en unas barcas, pero me dice que así no tendré que estar descalza. Me hace un gesto para que lo siga sin permitirme decir una palabra más y abandonamos su apartamento sin hablar.

Esto es lo que no entiendo. Quiero que confíe en mí, le demuestro que estoy ahí para él y de repente, sin saber por qué, se cierra en banda. ¿Es que no entiende los mensajes que le mando? Persígueme, búscame, ábrete a mí. Dime qué quieres y si puedo dártelo lo haré, pero por favor, no me hagas sufrir. Quiero decírselo, quiero gritárselo, pero tengo que ser fuerte y esperar. No sé

cuánto aguantaré, he venido solo unos días a Barcelona y tampoco sé lo que estoy buscando.
¿Dejar que se abra a mí? ¿Para qué? ¿Para después irme? Nota mental: Daniela, *carpe diem*.

14. Necesito a mis brujis

Ni en el ascensor al garaje, ni en el trayecto en coche a mi apartamento cruzamos palabra. Su máscara ha vuelto y no estoy cómoda. Solo se dirige a mí cuando llegamos a la puerta del edificio. No le he tenido que dar la dirección ni decirle que me he instalado aquí estos días, supongo que se lo ha explicado Miguel. Me pide que no tarde y que no hace falta que me arregle demasiado.

Subo a ponerme unos tejanos con rotos en las rodillas y una camiseta de manga corta con un precioso estampado, sí, me parece bonita, aunque esté repleta de conos de helados. Sé que cuando Marc me vea se reirá en mi cara o me dedicará una de sus miradas para decirme lo horrenda que es. Pero me da igual, esta camiseta es muy importante para mí, me la regalaron mis amigas durante un veraneo en Ibiza, la vi colgada en uno de esos puestos que ponen junto al paseo marítimo y me hicieron chiribitas los ojos. Faltaban un par de días para mi cumpleaños y la compraron sin que yo me enterara. Desde entonces se ha convertido en mi amuleto de la suerte.

Me hago un recogido desenfadado y me calzo mis Converse de color turquesa. Guardo en el bolso el móvil, la cartera y poco más. No sé dónde vamos, pero si Miguel va a estar allí será un sitio increíble.

Bajo lo más rápido que puedo, sé que no he tardado nada, no tengo ganas de ver su rostro contraído porque lo haya hecho esperar. Me monto rápido en el coche y observo que se ha puesto unas gafas de sol. Genial, si con su mirada solo descifraba una porción de su carácter, ahora no tengo ni idea de lo que va a pensar. Para mi sorpresa, al mirarlo observo una leve sonrisa en la cara. No dice nada, arranca y se incorpora al tráfico. Seguimos sin hablarnos, tampoco me hace falta. Me he dejado muy claro que es él quien tiene que dar el siguiente paso, yo solo he venido a disfrutar.

Una canción que no conozco suena de fondo, es bonita pero triste a la vez, intento quedarme con la letra, pero me es imposible. Mi teléfono suena, ha llegado un mensaje y sé por el sonido que se trata de mi hermano, tengo un tono predeterminado para él. No acostumbramos a llamarnos salvo cuando de verdad lo necesitamos, y así sé cuándo he de mirar rápidamente.

Fran: Pequeñaja, sé que últimamente no te he prestado mucha atención y que te debo muchas respuestas, recuerda que siempre me tendrás aquí, solo tienes que silbar. No me preguntes el porqué de este mensaje, pero ya sabes esa intuición que nos une desde pequeños. Por favor, si necesitas algo, llámame.

Fran, qué haría yo sin ti. Sí que lo necesito, claro que quiero hablar con él, pero qué le voy a decir, ¿que estoy teniendo relaciones sexuales con dos hombres a la vez, que uno se ha convertido en un gran amigo al cual le confiaría mis más oscuros secretos y el otro es un engreído y no sé qué pensar, porque no sé nada de él, aunque me haya enamorado hasta decir basta? No, no podía decirle eso, pero le debo esa llamada y se la devolveré en el momento que crea más oportuno. Cuando tenga más claras mis ideas. Tengo que contárselo a alguien y hablar ahora con Tere es imposible, mi hermano está con ella y si se entera se plantará aquí antes de que cante un gallo y les dará a estos dos una paliza de muerte por meterme en semejante juego, aunque sea yo quien lo haya pedido. Así que solo me queda Merche. Ella no suele juzgar, aunque tampoco tiene pelos en la lengua y me dirá lo que piensa en cuanto le hable de lo que he vivido en este pequeño espacio de tiempo. Vale, Daniela, tienes que hacer esa llamada, pero antes piensa en qué decir y en cómo hacerlo.

Marc estaciona su coche en un *parking* junto a la playa. Es la zona donde vive Miguel, el olor a mar hace que me sienta feliz. Se baja y se queda junto a la puerta esperando que yo reaccione y también salga. Lo hago y lo miro por encima del capó, sigue con las gafas de sol puestas y no me dice nada, solo hace un gesto con la cabeza para que lo acompañe. Se acabó toda la felicidad de esta mañana, con lo bien que estaba junto a él, relajada y con esa sensación de que parecíamos una pareja. Ahora vuelve a ser la persona que odié con todas mis fuerzas cuando preparaba su maldita cena, pero hasta este Marc me atrae, quiero saber lo que esconde bajo esa máscara que se coloca para no expresar nada.

Caminamos separados, aunque un par de veces ha hecho un amago de acercarse a mí y pasar su mano por mi cintura. ¡Quiero que me toques, maldita sea!, grito para mí misma, quiero que vuelva el Marc de la noche anterior, que me dedique las mismas palabras, esta vez sabiendo que estoy despierta. Pero eso no va a pasar, porque se ha vuelto a encerrar en sí mismo.

Al levantar la vista veo a Miguel sentado en la pequeña terraza del bar que hay delante de nosotros. Su sonrisa me llega a lo más hondo y me siento bien, al menos no estaré a solas con el abogado estirado. Camina hacia nosotros y al llegar se funde en un abrazo conmigo. Su calor me tranquiliza y me encanta, sé que no estoy enamorada de él, aunque me hubiera gustado sentir por él lo que siento por Marc, las cosas serían más fáciles. Nos une un juego sexual del que los dos disfrutamos y en el que nos compenetramos de una manera increíble, eso y una gran amistad. Tal vez sea con él con quien deba hablar. Sabe cosas de Marc y quizá me pueda ayudar.

—Hola, ratona, veo que este orangután se ha comportado, no traes ningún tipo de marca —dice mirando al susodicho mientras me rodea con su brazo y nos acomodamos en la mesa donde estaba sentado.

—Se ha comportado dentro de lo que cabe —hablo bajito, solo para él y para mí. Me entiende y no dice nada más.

Conversamos de varias cosas y le explico que voy a pedir incorporarme unos días antes al trabajo y aprovechar que estoy en Barcelona para hacerlo desde las oficinas centrales. Miguel se alegra, Marc, como siempre, no dice nada, bebe su cerveza y mira al horizonte, o eso creo, porque aún lleva esas malditas gafas de sol.

—¿Y tú, cuándo piensas volver a trabajar? —suelta de repente y nos deja atónitos,

pensábamos que no nos prestaba atención.

—Ya te dije que este mismo lunes me pongo a ello, no tengo ningún caso pendiente ahora mismo y solo he de ir unas horas a hacer algo de papeleo, así podré dedicar un tiempo a enseñarle la ciudad a Dani.

—Daniela, se llama Daniela. —Vale, y ahora ¿qué demonios le pasa?

—Mira, tío, no me toques las narices, sabes que me deben un montón de horas y nunca he fallado en mi trabajo, así que deja de ser un gilipollas.

—Por eso mismo tienes que volver, para eso te pago. Además, te recuerdo que has cogido más días de los que te corresponden con tu escapadita a Sevilla y no he dicho nada, así que, de jefe a empleado, este lunes te quiero allí a las nueve.

Miguel me mira y sonrío para que yo no note la tensión entre los dos. Desde luego que no voy a meterme en sus asuntos laborales, y tampoco sé quién tiene razón. Por otra parte, agradezco que Miguel me quiera enseñar la ciudad, pero entiendo que ha de atender sus obligaciones.

—Si quieres conocer la ciudad solo tienes que decírmelo. —Ahora Marc se dirige a mí.

No sé qué responder, vamos, lleva sin hablarme desde que hemos salido de mi apartamento y ahora viene con estas. Cojo mi vaso de cerveza, me la termino de un solo trago y me levanto de la mesa. Les indico que voy a pedir otra ronda y de camino aprovecho para ir al baño. Una vez en el pasillo saco mi móvil del bolso, busco rápidamente en mi agenda y, antes de que suene el segundo tono, Merche me contesta.

—Bruja, espero que tengas una excusa muy buena para dejarme tirada tanto tiempo sin saber nada de ti. De Tere me lo espero, y más desde que ha hecho oficial lo de tu hermano, pero de ti... eso sí que no me lo esperaba.

—Lo sé, lo sé y lo siento muchísimo, te la debo muy muy gorda y por eso te llamo. ¿Qué te parece venir unos días a Barcelona antes de que se me acaben las vacaciones?

—Empieza por el principio, que me pierdo.

—Pues eso, que estoy en Barcelona, he venido con Miguel. Antes de que preguntes, voy a trabajar un tiempo desde aquí. Mis jefes no lo saben, sé que les va a alegrar la noticia y yo necesito desconectar un poco.

—Me ocultas algo, Dani, no sé cómo pero lo voy a hacer, me va a tocar trabajar muchas horas extra. Déjame que lo cuadre todo y te digo cuándo llego.

Nos despedimos y decido enviar un mensaje rápido a mis jefes para concertar una reunión con ellos al día siguiente. Quiero hacer las cosas bien y sé que estarán encantados de tenerme unos días aquí. Además, he de llegar a un acuerdo para pagarles algo por el apartamento. Me lo han dejado solo por unos días.

Cuando salgo del baño veo que Marc y Miguel discuten acaloradamente. Recuerdo lo que me dijo Miguel en Sevilla, que su relación estaba algo rota desde lo que pasó conmigo. Me quedo bloqueada, pero a la vez la ira me consume y salgo disparada hacia ellos. La última frase que dice Marc me cala hondo.

—Tú no tienes ni idea de lo que quiero, no sabes una mierda de nada. Haz lo que te dé la gana, pero el lunes te quiero allí a las nueve.

Y dicho esto se gira y se va no sin antes mirarme, esta vez sin las gafas. Quiere que lo mire a los ojos, y ahora sí veo lo que me muestra: odio, ira y algo más que no consigo descifrar. Se da otra vez la vuelta y me deja allí plantada. Miguel se acerca y me abraza, en ese momento lo necesito. Me agarra de la mano, deja un billete sobre la mesa para pagar las consumiciones y, sin decir nada, nos vamos de allí. Caminamos por el paseo marítimo sin hablarnos, quiero preguntarle muchas cosas pero no sé por dónde empezar.

El sol va apretando y me arrepiento de haberme puesto pantalones largos, pero es lo que toca. Miguel sigue tirando de mí, quiere adentrarse a la arena. Se quita las deportivas, hoy va de *sport* con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de algún videojuego que desconozco. Está guapo con lo que se ponga, pero no despierta en mí ningún sentimiento más allá de la amistad. Cuando veo lo que pretende me siento como una niña pequeña, me deshago de mis Converse y me subo los pantalones hasta donde me permiten, la mitad de mis gemelos.

El contacto de la arena me anima un poco, me trae grandes recuerdos: los veranos con mis amigas en las playas gaditanas, nuestra gran escapada a Ibiza por mi cumpleaños... Me encantaría tenerlas ahora aquí y sé que Merche estará pronto a mi lado. Espero que pueda escaparse, la necesito tanto...

—Ven, mojémonos los pies, seguro que nos relajará un poco.

Miguel camina a paso decidido hasta la orilla. Hay varias parejas tumbadas en sus toallas disfrutando del gran día que hace y siento envidia al ver sus sonrisas y despreocupación.

—Miguel, respecto a lo de antes...

—No sé lo que habrás escuchado. Marc es un hombre difícil, pero no tan malo como quiere aparentar, solo dale tiempo —me dice cuando el agua fresca del Mediterráneo baña ya nuestros pies.

—Ayer... —tengo que decírselo, necesito hacerlo—, ayer os escuché —sé por el gesto de su cara que entiende lo que le estoy diciendo—, mientras dormía, lo escuché todo, pero no lo entiendo y quiero saberlo.

—Aún no te has dado cuenta, ¿verdad? Vaya dos, parecéis quinceañeros. De él me lo esperaba, la verdad, pero a ti todavía no te conozco lo suficiente como para saber qué hay en tu cabecita, aunque se te nota desde lejos.

—¿Qué es lo que se me nota?

—No voy a ser yo quien os diga cómo tenéis que hacer las cosas, no quiero meterme donde no me llaman, ya sois mayorcitos. Solo te aconsejo que disfrutes el momento y que, si alguna vez el capullo este te dice algo fuera de lo normal, puedes confiar en mí, lo sabes, ¿verdad?

Me acerco a él y lo abrazo. Sé que no me va a contar nada, Marc es su amigo y por mucho que le note que se muere por explicarme muchas cosas no lo hará. Y yo tengo que mantenerme en mis trece y esperar que sea el estirado quien lo haga, pero es tan difícil...

Nos quedamos un rato más en la orilla de la playa, hablando de todo un poco. Se me ha pasado rapidísimo la tarde y miro el reloj, no es que sean las tantas, pero entiendo que Miguel es una persona responsable con su trabajo. Aunque intenta convencerme para llevarme a mi apartamento, se lo impido. Ya está muy cerca de su casa y a mí no me importa coger un taxi, así que nos despedimos delante de la puerta del bar donde antes nos tomamos la cerveza.

15. No todo es lo que parece

Estoy llegando a mi apartamento y el estómago me ruje, acabo de darme cuenta de que Marc y yo habíamos quedado para comer y, como siempre, cuando la cosa se pone rara sale corriendo y le da igual lo que ocurra a su alrededor y lo que se lleve por delante. Me odio a mí misma por ser tan estúpida y fijarme siempre en los malos de la película. Soy una idiota como las protagonistas de las novelas que tanto me gusta leer. No aprendo.

El taxista me llama la atención, al parecer llevamos un par de minutos parados en la puerta del edificio y yo me he quedado absorta en mis pensamientos. Nota mental: Daniela, espabila, sabes a lo que has venido y, si eres tan fuerte como crees, empieza a responsabilizarte de tus actos.

Pago al amable señor, que se ha quedado mirándome mientras yo hacía la tonta. Al subir a mi apartamento abro el frigorífico. Realmente tengo que agradecer a mis jefes que sean como son. Al igual que la otra vez, se han encargado de que no me falte de nada, no podría tener un equipo de trabajo mejor que este. Cojo unas rebanadas de pan y embutido y me preparo un sándwich. Me siento en el fabuloso sofá y enciendo la tele. No voy a prestarle atención, pero tengo la costumbre de escuchar estos malditos programas del corazón de fondo. Aunque realmente no me importe nada de lo que dicen, alguna vez me he quedado embobada con esas broncas tan absurdas.

Mi teléfono móvil suena, miro el nombre en la pantalla y una sonrisa se dibuja en mi cara.

—Hola, mi niño.

—Hola, enana, ¿qué tal estás? Te pedí que me llamaras tú cuando hiciera falta, pero al final he acabado marcando yo tu número, no sé por qué. —Esa conexión que tenemos Fran y yo nunca dejará de sorprenderme.

—No te preocupes, sabes que escuchar tu voz ya me anima.

—¿Dónde estás? Hoy pasé por tu casa, pero no abriste.

—Estoy en Barcelona. —Escucho a alguien al fondo, creo que es Tere susurrando, no me extrañaría nada que Fran tuviera el manos libres—. No quiero que me preguntes por qué, pero si la cosa sale bien voy a pasar una temporada aquí.

—¿Y mamá?

—Ella lo comprenderá, además, es lo que necesito ahora. Merche se vendrá unos días conmigo y sabes que si está aquí no haré ningún tipo de locura. Así que disfruta de mi amiga. Y tú, bruja —digo en voz alta, para que Tere me escuche—, cuida de mi grandullón si no quieres

que se te quede el mundo pequeño para correr.

La escucho reír, aunque siga algo molesta por haber sido la última en enterarme de su relación, estoy muy contenta, hacen muy buena pareja y se merecen ser felices. Hablamos durante un rato y les explico cuáles serán mis proyectos estos días, si consigo convencer a Paul y a Silvia de mis planes. Nos despedimos, y al terminar de cenar encuentro una notificación en el WhatsApp. Lo abro y me sorprende ver su nombre, me debato entre eliminarlo o leerlo, y al final decido lo segundo.

Marc: Tenemos que hablar. Cuando termines la llamada, ¡llámame!

Pero ¿este de qué va? ¿Se cree que soy como un perrito, que silba y meneas la cola contento de estar a su lado? Pues la lleva clara conmigo. Ni corta ni perezosa llamo a Paul, sé que han leído el mensaje que les mandé. En el segundo tono me coge el teléfono, más que feliz por mi llamada. Les pido que nos reunamos mañana para explicarles mis planes, prefiero no hacerlo por teléfono. Él respeta mi decisión y quedamos para comer.

Miro el reloj y compruebo que es más tarde de lo que suponía. La noche se está cerrando. Así que recojo el plato y el botellín, apago la televisión y me meto en la ducha, a retirarme los restos de la arena y de la sal del mar que llevo en los pies y relajarme bajo el chorro del agua.

Estoy cansada, ha sido un fin de semana estresante. Es raro que Miguel no me haya llamado, y decido mandarle un mensaje para darle las gracias por todo. Me meto en la cama y pongo la radio, a ver si la música me ayuda a descansar.

Sus manos me acarician el pelo mientras me susurran preciosas palabras al oído, estamos sentados en la orilla de la playa con las manos entrelazadas. Sé que me lo va a contar, ha llegado el momento en que se abre a mí... Y justo en ese instante, toc, toc, toc, un ruido me despierta de mi sueño. Estoy cabreada, no quiero soñar con él ni tenerlo en mis pensamientos más tiempo del necesario, no se lo merece. Toc, toc, toc. ¡Mierda! Están llamando a la puerta, cojo el móvil de mi mesita de noche y veo que son las tres de la madrugada, tengo un cabreo de mil demonios. Salgo disparada de la cama sin reparar siquiera en lo que llevo puesto, soltando todo tipo de improperios y acordándome de la familia al completo de quien quiera que esté llamando. Abro la puerta con mi cara de pocos amigos.

—Espero que tengas una buena razón para llamar a estas horas.

No, no puede ser, viene con la misma ropa que llevaba esta mañana cuando decidió irse dedicándome una mirada que no me gustó nada. Está delante de mi puerta, con el pelo totalmente alborotado, como aquella primera vez en que lo vi en su despacho, hace ya un par de meses. Su mirada es tan azul que el color de sus ojos me penetra. Da un paso hacia delante y yo hago el mismo movimiento, pero hacia atrás. Se humedece los labios, entra y cierra la puerta. El ruido de esta me hace dar un respingo por el susto, pero no puedo dejar de mirarlo.

Sigo sin descifrar su maldita mirada. ¿Cuándo será capaz de mirarme y decirme qué es lo que realmente quiere, qué esconde? Aunque dijo que no quería hacerme daño, lo está haciendo, y yo no quiero verme atrapada otra vez.

—Tú —me dice, cada vez más cerca de mí—. ¿No te parece suficiente razón?

Me quedo sin espacio, el sofá está justo detrás de mí. No puedo huir de sus ojos, intento descifrar qué dicen. Alarga las manos y toma mi cara. Su rostro se dulcifica, parece que se

debatiera entre quitarse la máscara o seguir ocultándose.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil? —¿Perdona?, ahora va a resultar que la culpa es mía—. Sabía que esto pasaría, no tenía que haber insistido en que fueras tú quien llevara la maldita organización de la cena, soy un completo idiota por pensar que eras una más, un polvo de una noche y ya está. —Si no fuera porque estoy petrificada por la electricidad de sus manos ya le hubiera cruzado la cara—. Pero no, tú no eres así, tú te metes dentro de mi piel y no hay manera de sacarte, y tampoco quiero hacerlo. Ojalá todo fuera más fácil.

—Marc, ¿qué... qué quieres? —consigo balbucear.

—¿Es que aún no te has dado cuenta? —Ya no sé qué pensar—. A ti nena, pero nada es lo que parece, y no sé si estoy preparado para enseñarte lo que soy, ya has sufrido demasiado, no necesitas saber qué mierda me ha hecho ser el hombre que tienes delante. No merezco a nadie a mi lado. Soy un cuerpo sin alma, un despojo de lo que fui.

Me acerco a él, no quiero huir ni que él lo haga ahora que intenta sincerarse conmigo, pero esta noche no va a ocurrir. Es un gran paso para él y me está conmoviendo. Acerco mi boca y beso la comisura de sus labios. Sus manos se deslizan por mi cuerpo hasta acabar en mi cintura. Le rodeo el cuello y lo aproximo más a mí, vuelvo a besarlo, intenta hablar, se lo impido. Deseo disfrutar de su presencia y del paso que está dando, no es el momento, ahora no, pero quiero que confíe en mí y que se muestre cuando realmente esté preparado.

—No me importa tu pasado, solo me importa que estés aquí. No hace falta que me digas nada si no quieres, todo a su debido tiempo...

—No merezco que seas comprensiva conmigo. Si supieras lo que fui no estarías besándome y yo no estaría deseando meterme entre tus piernas y hacerte mía hasta que me supliques que no te abandone nunca.

—Hoy no hablaremos más.

Lo cojo de la mano y lo llevo a mi habitación. Dejo que me mire de arriba abajo. Llevo solo una camiseta de tirantes y unas minúsculas braguitas. Sus ojos me devoran y ahora sí puedo ver lo que dicen. Siente deseo, siente pasión y quiero que me lo demuestre. Me deshago de la camiseta dejando mis pechos al aire y bajo delicadamente mis braguitas. Me siento en el borde de la cama y abro las piernas para él deseando saber qué hará a continuación.

Sin quitarse su ropa se lanza entre mis piernas. Un escalofrío me recorre, como cada vez que me toca, él deposita un beso en mi pubis depilado. No puedo evitar agarrar su pelo y exigirle que me haga suya, no me hace esperar, introduce dos dedos y los hace rotar a la vez que su boca succiona mi hinchado clítoris. Me está torturando, estoy muy cerca del orgasmo y acabamos de empezar. No sé lo que hace conmigo, siempre consigue que cada roce entre su cuerpo y el mío me lleve al séptimo cielo. Aprieto su cabeza contra mí y los movimientos de su lengua me hacen jadear, no puedo más y grito su nombre, dejo caer mi cuerpo hacia atrás, estoy exhausta, pero no me da tregua. Lo veo deshacerse de la ropa y, cuando está completamente desnudo, busca un condón en su cartera. Resopla desesperado, y yo me incorporo como puedo, desmadejada tras el increíble orgasmo.

—Marc, estoy limpia y tomo la píldora. ¿Qué me puedes decir de ti?

—Joder, nena, sabes que siempre uso preservativo.

No hace falta decir nada más, se acerca rápidamente hacia mí y se tumba sobre mi cuerpo, devora mi boca, mis pechos, masajea nuevamente mi clítoris sin darme descanso y mi humedad le permite colarse en mi interior en una sola embestida. Empieza con movimientos suaves que va intensificando poco a poco, y cuando nota que estoy a punto de llegar al orgasmo vuelve a aminorarlos, torturándome. Levanto mis piernas para clavar los talones en su trasero, acercarlo más a mí e impedir que lo haga.

—Dios, nena, he muerto y estoy en el paraíso —me dice, entre jadeos—, dime que esto siempre será así.

—Sí, sí, por favor, no te detengas.

—Dime que serás solo para mí, que no volverás a pedirme que te comparta.

Una embestida certera me hace llegar al orgasmo más increíble de mi vida. Sus palabras resuenan en lo más hondo de mi ser. Con un último movimiento se pierde en mi interior, noto el calor de su pasión inundándome y nuestras convulsiones tras el placer que acabamos de compartir.

Me pide que vayamos al baño y caminamos sin decirnos nada, solo acariciándonos, besándonos. No me atrevo a preguntar a qué se refería con su última frase, creo que lo tengo claro, pero no quiero pensarlo ahora. Prefiero no saber lo que vendrá y disfrutar de este momento, nada más.

Volvemos en silencio a la cama, no me pide quedarse a dormir ni yo le ruego que se quede, pero nos tumbamos juntos, desnudos en la típica postura de la cucharita, y me acurruco en el calor de sus brazos y su cuerpo. Morfeo me llama con la frase que me ronda desde el momento en el que entró en mi casa: no todo es lo que parece. Y solo quiero que esta persona, la que ahora me abraza haciéndome sentir la mujer más especial del mundo, la que me ha hecho el amor en mi cama, sea el Marc real, y que ningún recuerdo o fantasma del pasado se vuelva a interponer en lo que pueda nacer entre nosotros. Pero no va a ser tan fácil, tengo un camino largo que recorrer hasta que se atreva a confiar en mí y sepa quién es ese Marc que está ahora conmigo el que me ha enamorado. Quiero que esto sea real y que cuando me despierte por la mañana siga a mi lado, abrazándome.

16. Y me cansé de aguantarte

Desperté con una sonrisa, recordando la noche junto a Marc. Ahora tenía claros mis sentimientos y sabía que él también sentía algo por mí. Me giré para mirarlo mientras dormía, pero no lo encontré. Agudicé el oído por si averiguaba en qué zona de mi pequeño apartamento podía estar y tampoco escuché nada. Se había marchado, lo había vuelto a hacer.

Cogí mi teléfono de la mesita de noche con un cabreo de mil demonios y la intención de cantarle las cuarenta. Debajo vi un papel. ¿Me había dejado una nota? Lo desdoblé y leí con manos temblorosas.

«Nena, he tenido que ir a casa a cambiarme para marcharme a trabajar. Tenemos que hablar, te debo muchas explicaciones, necesito que entiendas las cosas que te dije. Llámame cuando te despiertes, yo no quise hacerlo antes porque estabas preciosa, no sabes lo que me ha costado dejarte ahí.»

Aquellas palabras me derritieron. Realmente deseaba hablarme de su pasado, o eso era lo que yo esperaba. Desbloqueé el teléfono y encontré otro mensaje suyo. Se trataba tan solo de un *buenos días, nena*, pero me transportó a una nube de algodón. ¿Cómo podía ser tan engreído y estirado en unos momentos y tan seductor y romántico en otros?

Marqué su número, nerviosa, estaba a punto de saltar el buzón de voz y yo, idiota, pensé que a esas alturas ya se habría arrepentido de lo que me había dicho en la cama y en la nota. Iba a colgar cuando escuché su voz.

—Un momento, ahora sigo con vosotros, es una llamada urgente. Hola, preciosa.

—Te estoy molestando, te llamo más tarde. —Me disponía a colgar sin dejarle contestar siquiera.

—No se te ocurra colgarme el teléfono. He sido yo quien te ha pedido que me llames y he interrumpido mi reunión para escuchar tu voz, me quedé con ganas de despedirme como Dios manda esta mañana.

Me ruboricé. Marc no se da cuenta de lo que despierta en mí ni de lo contradictorio que es. ¿Qué narices quería? Tuve miedo de cagarla de nuevo, como con Pedro, al que creía mi alma gemela, mi complemento, a quien pensé que amaba; bueno, sí, lo quería, pero él rompió toda la confianza que había entre nosotros. Y ahora estaba enamorada de un tío aficionado a juegos sexuales que nunca antes había probado. Me gustaban, sí, pero de vez en cuando recordaba que ese no es mi mundo y no estaba segura de querer pertenecer a él. Por otra parte, no deseaba perder lo que había entre Miguel y yo. En fin, no paraba de darle mil vueltas a todo.

—¿Me estás escuchando, Daniela? —La voz de Marc me devolvió al presente—. Te decía que si quieres que comamos juntos hoy.

—Perdona, pero... no, no puedo comer contigo. —Lo escuché bufar—. He quedado a esa hora con mis jefes.

Me recordó que estaba de vacaciones e insistió en que quería disfrutar de mí. Y sí, eso me cautivó, pero tuve que explicarle que mi intención era acortar esos días de descanso y pasar más tiempo en Barcelona. Mi argumento no le convenció, aunque tampoco le noté cabreado. Le prometí que le llamaría después del almuerzo para tomar un café y rechazó mi propuesta.

—En vez de eso, cenaremos juntos. No hagas planes para esta noche —casi me ordenó.

Es posesivo, lo sé, pero es así y no puedo llegar a su vida y darle la vuelta como a una tortilla. Aun así, me sentí feliz. Busqué en mi armario algo adecuado para ir al trabajo, tenía que conseguir que me aceptaran un tiempo en las oficinas de Barcelona. En su día me dio pena dejar mi Sevilla natal para venir aquí. ¡Quién me ha visto y quién me ve, pidiendo quedarme más tiempo!

Elegí un traje sastre de falda de color negro a la altura de las rodillas y una chaqueta de media manga en rosa chicle. Debajo, una camiseta de escote también negra y, para rematar el conjunto, taconazos. Me había despertado sexi, y, además, Paul y Sonia me llevarían, como suelen hacer, a algún restaurante elegante. Dejé mi pelo suelto y lo ondulé con las tenacillas. El maquillaje sencillo, natural: sombra de ojos marrón, colorete rosado y labios con un poco de *gloss*. Me miré nuevamente al espejo y me encantó la imagen. Llamé a un taxi para que pasara a recogerme y mientras tanto guardé en mi maletín el iPad, la agenda y poco más.

En la entrada del edificio pensaba orgullosa en todo lo que había conseguido en mi maravillosa empresa. Es cierto que lo pasé mal durante la organización del evento de Marc, pero al final me trajo más cosas buenas que malas y sentía que a partir de ahora todo iba a ser más fácil, no un camino de rosas, eso lo tenía claro, pero podría aspirar a más.

Marta, la recepcionista, salió de su mostrador para darme un efusivo abrazo, tan cariñosa y buena niña como siempre. Marta está soltera y es madre de una pequeña de seis añitos, que cada vez que viene vuelve loca a toda la oficina. Este lugar es como una gran familia. Firmé en la hoja de visitas y le dije que estaba de vacaciones, pues no sabía aún si mis jefes aceptarían mi propuesta.

Mientras caminaba por los pasillos de las oficinas mis compañeros salieron a saludarme. Patricia, Andrés, Clara, Rocío... todos son un cielo. Me dijeron que Paul y Sonia estaban en su oficina y me dirigí hasta allí con paso seguro. Le pedí a su secretaria que no me anunciara, prefería darles una sorpresa. Llamé a la puerta y esperé a que me dieran paso. Detrás del mismo escritorio y en el mismo ordenador, esa pareja tan perfecta miraba un documento con una sonrisa cómplice en los labios. Ojalá un día tenga yo un compañero así. ¿Será Marc? Venga, Daniela, no seas estúpida, él no es hombre para esas cosas...

—Hola, Dani —me saludaron efusivamente—, acércate.

Nos dimos un abrazo y un par de besos. Es una alegría venir a este lugar. Tengo a mi madre y la quiero con toda mi alma, pero ellos son como unos segundos padres, no solo mis jefes. Tal vez soy la niña consentida de la empresa, no voy a negarlo, pero mis compañeros no me lo echan

nunca en cara, cada uno recibimos su cariño de una manera, y al final todos nos sentimos queridos.

—Aún es temprano para ir a almorzar, ¿qué te trae por aquí?

Notaron mis nervios, me conocen bastante bien, y me animaron a que les contara mis planes. Saqué mi agenda —vale, soy una maniática de la organización— y empecé a explicarles que me encantaría realizar mi próximo trabajo desde sus oficinas. Incluso les dije que los eventos de Sevilla estaban en buenas manos, así que podría ausentarme durante un tiempo. Ellos confiaron en mi criterio. También logré que aceptaran el pago de un alquiler por el tiempo que iba a pasar en su apartamento. Miramos el reloj todos a la vez, el tiempo había pasado muy deprisa y debíamos salir hacia el restaurante.

Comimos en un restaurante en un club junto a la costa, en el puerto deportivo. El *maître* nos acompañó hasta la mesa que habían reservado. Me sorprendió que estuviera preparada para cuatro personas. Les pregunté con la mirada, pero no dijeron nada.

Mientras pedían el vino un camarero le anunció a Paul que el comensal que esperábamos acababa de llegar. Levanté los ojos y allí estaba, su intensa mirada azul penetrándome y una sonrisa pícara en la cara. Joder, todo lo había planeado él, y en ese momento no me hizo ninguna gracia.

Saludó a mis jefes, a Paul con un apretón de manos y unos golpes en la espalda y a Sonia con un abrazo. Después se acercó a mí, puso una mano en mi cadera —y mis pelos se pusieron de punta— y depositó un suave beso en la comisura de mis labios. Me sonrojé y no fui capaz de controlar los nervios. ¿A qué estaba jugando? Para colmo, la silla libre era la de mi lado. Iba a ser duro.

—Marc llamó esta mañana para solicitar nuevamente nuestros servicios —explicó Paul—, ha sabido que estás aquí y nos gustaría que te hicieras cargo.

¡Será cretino! ¡Cómo no iba a saberlo! En esta ocasión el evento no tendría que ver con su empresa, aunque acudirían algunos trabajadores.

—Es mi cumpleaños —intervino.

Me quedé de piedra. No tenía ni idea, ¿Por qué no me había dicho nada? Lo miré con cara de sorpresa y él se limitó a sonreír.

La celebración sería en un par de semanas. Disponía de una semana para organizarlo. Podrías hacerlo, Daniela, me dije, preocupada por cómo saldría todo ahora que estaba unida de alguna manera a él. Me disculpé un momento para ir al baño, una buena excusa para llamar a Merche, la necesitaba ya, tenía que venir cuanto antes, le pagaría el viaje si era preciso.

—¡Hola, perraca! —gritó nada más descolgar el teléfono—. Dime que tienes la tarde libre, mi avión llega en cuatro horas y me estoy peleando con la puñetera maleta porque no me cabe tanta ropa.

Suspiré de puro alivio.

—Dime a qué hora llegas, estoy deseando abrazarte, no sabes cuánto te necesito, brujita mía.

Le expliqué que no podía hablar, que estaba en un almuerzo importante, que no le haría falta mucha ropa, bikinis y poco más, y le prometí que nos hartaríamos de sol y de alcohol. Regresé a la mesa con una sonrisa de oreja a oreja que no pasó desapercibida. Sonia quiso saber el porqué

de mi cambio de ánimos y le anuncié que una de mis niñas venía a pasar unos días conmigo. Me hizo prometerle que quedaríamos a comer las tres. Sonia es una mujer entrada en años, pero le gusta divertirse tanto o más que a nosotras. Marc se revolvió en la mesa, de repente su gesto había cambiado. Joder, teníamos una cita para cenar. O, más bien, él me la había exigido. Pero en ese momento necesitaba más a mi amiga que hablar con él.

Nos despedimos en la puerta del restaurante. Marc permanecía a mi lado, esperando que se fueran. —Por favor, que la tierra me trague ahora y me escupa al otro lado del mundo, porque va a arder Troya cuando abra la boca, me dije.

Intenté disimular antes de que empezara a hablar y conseguí caminar unos pasos, pero me agarró del brazo y me giró hacia él. Sus ojos echaban fuego. No sabía lo que quería decirme, pero sí que no me iba a gustar.

—¿Adónde crees que vas? —Levantó la voz, y su tono no me gustó—. Esta noche cenamos juntos, ¿o es que lo has olvidado?

—¿Y tú quién te crees que eres? —Me armé de valor—. Mira, bonito de cara, la que viene de camino es mi amiga, esa que siempre está cuando la necesito, y a ti te encontré en la calle.

—No me toques los cojones, Daniela, esto es más difícil para mí de lo que crees, yo no soy como los demás...

—No me vengas con tonterías, Marc, estoy cansada del abogado engreído que no sabe lo que quiere. Si tienes fantasmas, lucha contra ellos y no contra mí.

Acababa de demostrarle que sabía más de lo que él suponía y el gesto de su cara se volvió tenso. Pero no me eché atrás.

—Ya sabes lo que tienes que hacer: aclararte tú solito y dejarme tranquila. No soy uno de tus ligues, ni una muesca más en el cabecero de tu cama. Soy Daniela, organizo los eventos para tu empresa o tu familia y estoy empezando a cansarme de todo esto. —Abrí los brazos como si quisiera abarcar todo lo que nos rodeaba—. Tu mundo no es mi mundo y no lo quiero, pensé que sería distinto pero no, no lo es. Me estoy rompiendo por dentro, ¿o es que no te das cuenta?

Soltó mi brazo y me dejó libre. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que aún me sujetaba. Sus ojos se volvieron tristes. No suelo explotar así, pero estaba más que cansada de aguantar. Eres una gilipollas, Daniela, siempre te enamoras de quien no debes.

Marc seguía en el mismo sitio, callado, mirándome. Y yo no estaba dispuesta a esperar a que reaccionara. Me di la vuelta y continué mi camino. Tenía que seguir adelante, ser fuerte en mis decisiones, aunque fueran dolorosas. Merche venía para ayudarme, y aunque intuía que sus palabras no me iban a gustar, necesitaba sus consejos. Daniela García se disponía a dar un giro de ciento ochenta grados y a empezar a vivir su vida.

17. Yo soy mi única dueña

He llegado media hora antes de que el avión aterrice. La pantalla de información de llegadas anuncia que viene sin retraso. Mejor, no quiero esperar mucho. Llevo aguantando las lágrimas desde que salí del restaurante, desde que le dije a Marc las cuatro verdades de cómo me siento. He dado vueltas por el centro comercial en busca del regalo perfecto para Merche. Un día le dije que era una margarita, me miró con cara de sorpresa, aunque sabe que estoy así de loca, y le expliqué que me refería a algo que había leído en un fantástico libro, *Margaritas para Lucía*. Conocí a su autora, Lorena Doncel, en las redes sociales, tuve suerte de que su libro me tocara en un sorteo, y ya le había hablado muchas veces de él. Acabo de encontrarlo en papel en una tienda del aeropuerto. Merche va a flipar en colores, lleva tiempo queriendo leerlo y aquí lo tengo, entre mis manos, envuelto en un precioso papel de regalo con dibujos de margaritas, a juego con su interior.

Saco mi móvil del bolsillo, tras dejar plantado a Marc lo puse en silencio. Lo miro y hay quince llamadas y varios mensajes suyos. Los elimino todos, ahora mismo no me importa lo que quiere decirme. También ha llamado Miguel, hace tan solo cinco minutos. Dudo si devolverle la llamada, seguramente se ha enterado de lo sucedido. Pulso el botón y descuelga al segundo tono.

—Hola, ratona. —Su voz dulce siempre me cala—. ¿Cómo estás?

—Pa comerme —le digo bromeando, no quiero que note mi tristeza.

—Daniela, sé que Marc ha ido a comer contigo, volvió hecho un energúmeno y lleva encerrado en su despacho desde que llegó, tiene a todo el mundo nervioso. He intentado hablar con él, pero no me abre la puerta, y tampoco me ha dedicado muy buenas palabras. ¿Qué ha pasado?

—Ha pasado que ya me he cansado de este juego, Miguel. No estoy dispuesta a que se salga siempre con la suya —le digo, ofuscada—. Prefiero no hablar de ello ahora, ya me lo dijiste ayer, somos mayorcitos para saber lo que queremos y yo tengo muy claro lo que quiero, vivir mi vida, disfrutar con mis amigos y dedicarme a mi trabajo.

Siento que estoy siendo un poco borde con él, pero no necesito que nadie venga a controlarme, no ahora que soy libre. Soy yo quien manda en mi vida.

—Merche viene unos días a Barcelona y vamos a ser ella y yo y nadie más, no quiero que te molestes, pero necesito esto —continúo.

—Dani, sabes que puedes confiar en mí, eres una mujer fuerte y sensata. Piensa en lo que vas a hacer, decide qué es lo que quieres y, sobre todo, recuerda que estaré aquí si te hago falta. Marc

es mi amigo, joder, es más que eso, es como un hermano, si no fuera por él yo estaría hundido. —Se calla de pronto, y ya solo escucho su respiración agitada.

—Miguel, ¿pasa algo? —Deseo que continúe, necesito saber lo que está pasando, qué es lo que ocultan.

—Ratona, te lo dije, no me corresponde a mí contártelo, solo te pido que confíes y seas tú misma. Vales mucho.

Nos despedimos, no va a decirme nada más y tampoco quiero forzarlo. Están anunciando que el vuelo de Sevilla acaba de aterrizar. La llamada de Miguel me ha dejado con demasiadas preguntas a las que tendré que encontrar las respuestas, pero en algo tiene razón, siempre he sido una mujer fuerte que ha salido solita de más de una y esta vez no va a ser distinto. Además, tengo a una de mis niñas conmigo, es ahora o nunca.

Me dirijo con mi libro a la zona donde están empezando a llegar los pasajeros del vuelo, busco a Merche con la mirada y la veo al fondo, agita sus manos y salgo corriendo hacia ella. Ya no puedo más, y es abrazarnos y empezar a salir las lágrimas, sin control, me derrumbo, necesito desahogarme, quiero ser fuerte, necesito serlo, pero a ¿qué precio?

Ella no me dice nada, solo me abraza y yo agradezco su silencio, daría lo que fuera porque también Tere estuviera con nosotras. Más tarde haremos una llamada en grupo, se lo debo, y a mi hermano también debería llamarlo, sé que está preocupado por mí. Y ya ni hablar de mi madre, otra vez lo he vuelto a hacer, he desaparecido sin decirle nada, me duele hacerlo así y más cuando sabe que estoy mal. Ella me animó a salir adelante, ha sido siempre el faro que ha guiado mi camino, pero yo sigo siendo el barco con un capitán borracho que no sabe poner rumbo ni usar el timón de su vida, en cualquier momento chocaré contra una gran pared de rocas en este inmenso mar... Al menos Merche está ahora aquí, para mí y por mí.

Me abrazo más a ella intentando controlar mis sollozos. Me dedica palabras dulces, agarra su maleta y, sin soltarme, salimos fuera del aeropuerto del Prat. La fila de taxis es tremenda y mi amiga, como puede, para uno y subimos. Consigo decir la dirección entre balbuceos, retirando las lágrimas de mi cara, destrozando el maquillaje sencillo que llevo. El rímel se ha quedado en el dorso de mis manos. Merche sigue respetándome y no dice nada, no me pregunta qué me pasa, solo me agarra fuertemente entre sus brazos.

Cuando llegamos a la puerta del edificio he conseguido que las lágrimas dejen de recorrer mi cara. Merche me pide explicaciones con la mirada, pero necesito llegar arriba y sentarme. Una vez en casa saco una botella de lambrusco del frigorífico y dos copas, seguimos en silencio, sin decirnos nada, hasta que nos sentamos con ellas en el sofá.

—¿Me vas a decir qué es lo que pasa o tengo que someterte a un tercer grado?

—Llamemos a Tere, quiero la opinión de las dos, sé que la he cagado ¿vale?, pero al menos dejadme explicarme y después podréis decirme lo que queráis. —Su mirada lo expresa todo, hace un gesto afirmativo cuando cojo mi teléfono, busco en la agenda el nombre de Tere y lo dejo encima de la mesa con el altavoz puesto.

—Vaya, vaya, si se digna a llamarme mi cuñada favorita —suelta ella, nada más descolgar.

—Gabinete de crisis —grita Merche a mi lado—, ahora le toca a la bruja que tengo al lado y sí, antes de que me preguntes, estoy en Barcelona, esta de aquí me necesitaba, y no te hemos

llamado porque tienes que disfrutar de lo que estás empezando. Pero a lo que nos preocupa...

Merche empieza a relatarle la manera en que le he llamado estas dos últimas veces y cómo me ha encontrado nada más pisar el suelo del aeropuerto. Desde fuera me veo como una jodida loca, pero es que no hay más, es lo que soy.

—Marc —Tere, tan sabia como siempre—, te juro que me planto allí ahora mismo y le corto las pelotas.

Ambas comienzan una discusión sin dejar que me explique, y mira que les pedí hablar primero. Dicen de todo y no dicen de nada, y solo rezo para que Tere no suelte a qué se dedica Marc con respecto al sexo.

Al fin se callan y Merche, con su intensa mirada azul, me anima a hablar. No sé por dónde cojones empezar, qué es lo que quiero y qué es lo que no quiero contarles, ¿por qué narices es todo tan jodidamente complicado? Respiro hondo y apuro el contenido de mi copa.

—Antes de que pongáis el grito en el cielo, sé que la he cagado, pero necesito que me escuchéis antes de sentenciarme a muerte, ¿de acuerdo? Es que creo... Creo que me he enamorado.

No se escucha nada al otro lado del teléfono y Merche no deja de mirarme. El silencio se hace incomodo, sé que no hablan porque quieren que continúe con mi relato. Les explico la relación que tengo con Miguel y Marc, aunque en ningún momento les cuento que he estado con los dos a la vez. Bendita Teresa, que permanece callada al otro lado de la línea. Narro mi conversación con el engreído, y sí, lo vuelvo a llamar como al principio de conocerlo, porque ahora mismo se lo merece.

—Tiene que contarme algo, sé que siente algo por mí, pero no se abre, está acojonado —sí, esa sería la palabra—, y lo que más me duele es que Miguel sabe de qué va todo, y creo que, además, está involucrado de alguna manera.

—Daniela, yo ya te di mi opinión en su momento —interviene Tere—, sabes de sobra lo que tienes que hacer.

Pero, joder, no, en verdad no tengo ni idea, si lo supiera no hubiera pedido a una amiga que se cruce España entera para apoyarme, para que me dé ánimos, y tampoco estaría ahora mismo en medio de un puto gabinete de crisis.

La novia de mi hermano, una de mis mejores amigas, se despide de nosotras diciendo que no tiene nada más que hablar conmigo. Encima parece que se ha cabreado, lo que me faltaba, esto es para mear y no echar ni gota, y ahora me toca aguantar a la morena con cara de pocos amigos que tengo delante, que no se entera de nada o se hace la tonta, pero su mirada no me gusta, sé lo que viene ahora: a agarrarse, que vienen curvas.

—Tú eres gilipollas. ¿No tuviste suficiente con la relación tormentosa con Pedro? Mírate. Sí, lo llevabais bien, sobre todo cuando estabais separados. Funcionabais en la cama y nada más y lo sabes. Nunca lo amaste, Daniela, te acomodaste a lo que tenías y ya está. ¿Y ahora me vienes con que crees que te has enamorado? Venga, no me jodas. —Sé que si usa este lenguaje es porque de verdad sufre por mí—. ¿De quién? ¿De un hombre que ni conoces? ¿Y por qué? ¿Porque te sientes sola? Pero yo no he venido para decirte esto, ¿verdad? Dime qué quieres que te diga y lo haré, para eso somos amigas, pero no me pidas que te mienta, porque sabes que para eso no

sirvo.

La miro sin poder hablar, las lágrimas luchan por salir otra vez, porque tiene razón, no sé qué narices estoy haciendo aparte de comportarme como una cría, tal y como dijo Miguel. No soy capaz de echarle un par de huevos y dejar las cosas claras ¿Qué puedo hacer? ¿Qué ficha me toca mover ahora?

—Mira, Dani, sabes que te quiero con toda mi alma, que siempre estaré para ti cuando me necesites —habla más calmada—, pero, por desgracia, en esto no puedo ayudarte. Tú eres la única que tiene la solución, la que sabe manejar las piezas de este puzzle. Si tus movimientos te han traído hasta aquí, en mi opinión solo te queda una cosa que hacer, todo o nada, y pase lo que pase estaré aquí. ¿Lo sabes, verdad?

Nos fundimos nuevamente en un abrazo. Soy una estúpida, me repito una y mil veces mientras, por fin, mis lágrimas encuentran la salida y ya no puedo más, no entiendo que mi vida sea tan complicada, yo solita la hago así y no tengo remedio.

El sueño se apiada de mí y me quedo dormida entre sus brazos, su olor a maderas y sus ojos verdes me persiguen y ando buscando respuestas a demasiadas preguntas. Es tan fácil y a la vez tan difícil que no consigo dormir tranquila, sé lo que tengo que hacer, sé lo que necesito, que sea sincero conmigo, quiero saberlo todo, pero hoy no ni mañana tampoco, ahora deseo ser yo, la Daniela que durante tres años ha permanecido oculta a la sombra de un hombre posesivo que no me dejaba vivir y al cual, como dice Merche, me acomodé. Todo en él acabó pareciéndome fácil y nunca aprendí nada, solo viví en una monotonía que yo percibía como una existencia sencilla y relativamente simple de llevar. Creo que en algún momento amé a Pedro, sé que lo hice, y eso me llevó a lo que soy ahora, una sombra de mí misma y nada más, un recuerdo casi inexistente de una Daniela que se intentaba superar a sí misma.

La luz del día se refleja en la pared de la habitación y el olor a café lo inunda todo. Miro el reloj, son las doce de la mañana, sé que me quedé pronto dormida, pero necesitaba este descanso para recomponer las piezas en las que se está rompiendo mi alma. Y, aunque sé que no podré hacerlo hasta que encuentre respuestas, una sonrisa se dibuja en mi cara. Hay un mensaje en mi móvil y es de él. Y no voy a borrarlo, he elegido saber qué quiere y dejarle, no, dejarme las cosas claras.

Marc: La verdad solo tiene un camino, nena, y no hago más que dar vueltas intentando encontrarlo. Necesito verte, dime al menos que estás bien. Sé que no he sido claro, que estoy atormentando tu vida. Solo dime si quieres que me quede o prefieres que me vaya, respetaré tu decisión y dejaré de perseguir la luz y dejarme atrapar por los fantasmas que corrompen mi alma. Pero solo tú tienes la respuesta.

Son las cosas de Marc que no entiendo. ¿Cómo puede ser a la vez dos personas tan distintas? La que habla así y aquella otra que cuando está frente a ti, mirada contra mirada, se acobarda y no es capaz de decir lo que realmente necesita. Debo responderle, sé lo que tengo que hacer, Morfeo me lo dijo esta noche: ser yo, Daniela García, la chica independiente, la que fue fuerte cuando su padre tuvo que dejarla, cuando su hermano se convirtió en la figura masculina que necesitaba, cuando las fuerzas flaquearon y a pesar de ello sonrió para demostrarle al mundo que las cosas no son solo blancas o negras, que el gris existe y puede ser un color alegre cuando de

verdad lo necesitamos.

Tecleo un mensaje rápido, no quiero tener que explicarme, no lo voy a hacer, si él no lo hace conmigo yo no lo haré con él.

Daniela: Dicen que el tiempo da respuestas a todas las preguntas. Mi amiga ha venido a darme ese tiempo que necesito. En una semana nos veremos en las oficinas de tu bufete. Recuerda estas palabras: olor y miradas, electricidad y desasosiego. Hablaremos entonces, ahora déjame ser Daniela García.

Justo cuando voy a salir por la habitación el móvil vuelve a sonar. Es él.

Marc: Te daría todo el tiempo del mundo si estuviera en mi mano.

¿Cómo puede hacerme esto? ¿No se da cuenta de que sus palabras lo vuelven todo más difícil? Ojalá fuera igual de lanzado y sincero cuando está delante de mí, en vez de mostrarme ese semblante de hombre estirado y seguro de sí mismo. Sería como caminar por un sendero de nubes y no en un campo de espinas.

18. Noche de chicas y...

Pasamos la mañana tranquilas, apenas sin cruzar palabra. La conversación de anoche fue dura. Aunque agradezco con toda mi alma que haya sido tan sincera, me sentí desolada. En fin, el caso es que Merche estuvo conmigo, me llevó a la cama cuando me quedé dormida. Cuando digo que tengo que amar a mis niñas es por algo.

Mientras ella se da una ducha yo reviso mi móvil. No hay ninguna notificación aparte de las de Facebook, que ignoro al momento. He de echarle valor, terminar con esto y hacer las llamadas pendientes antes de que todo se líe.

Empiezo por la que puede parecer más complicada: mi madre.

Le explico que he venido a Barcelona y me atrevo a soltarle una mentira piadosa, aunque sé que lee bien entre líneas: le explico que mis jefes llevan tiempo pidiéndome que pruebe trabajar desde aquí y he decidido darme una oportunidad. Como siempre me recuerda que las puertas de casa están abiertas para cuando lo necesite. Vuelvo a sentir la tentación de perderme en la sierra, huir una semana, lo justo para aclararme y que él deda qué quiere, o eso espero. Nos despedimos como siempre, con un *hasta luego* y sin forzarnos a poner fecha para una nueva llamada.

Ahora viene lo complicado: llamar a mi hermano. Sospecho que Tere le habrá dicho algo, y, además, está esa extraña conexión que desde siempre nos ha unido, malditos genes.

No contesta, salta directamente el buzón de voz. Qué raro. En fin, sé que me devolverá la llamada en cuanto la vea, solo espero que me pille con el valor suficiente para decirle cuánto lo necesito ahora. Sé que no me juzgará, al contrario, me devolverá esa paz que sabe darme cuando me encuentro en un mar de dudas.

La tarde transcurre en casa, no salimos ni hacemos ningún plan. Merche sigue dándome mi espacio, esperando que sea yo quien rompa el hielo, pero yo no sé cómo hacerlo.

Estamos sentadas en el sofá viendo una estúpida película de sobremesa, de esas que te hacen dudar entre hacer *zapping* o quedarte embobada a pesar de lo insípido de la trama, cuando suena el timbre de la puerta. Me pongo nerviosa, no puede ser él, creo que después de lo que nos dijimos esta mañana todo ha quedado más que claro. Merche me mira y es ella quien se levanta para abrir, lo hace con una sonrisa extraña en la cara. Esta ha hecho algo...

Miro hacia la puerta nada más abrirse y lo veo. ¡Es mi hermano, es Fran! No puedo evitarlo y salgo corriendo a sus brazos, al único sitio del mundo donde puedo estar a gusto ahora, donde realmente siento que los problemas pueden pasar sin tocarme, sin perjudicarme. No dice nada,

solo me abraza. Tere viene con él y se une. Me coge igual que cuando éramos pequeños, en volandas, como si no pesara nada, pero viendo la corpulencia que se gasta es normal que lo haga con esa facilidad. Nos acomodamos en el sofá, él sentado y yo acurrucada en su regazo al calor de su cuerpo, ese que siempre me ha ayudado a ser yo misma, a ser fuerte, a echarle un par de huevos a la vida, el que, acabo de darme cuenta, tanta falta me hace.

—Pequeña, debiste ser tú quien me llamara, aunque sabía que algo pasaba. No merece la pena que estés así por un hombre. Desahógate, llora, grita, golpea lo que sea necesario, pero sácalo, no dejes que nada te hunda, tú vales mucho.

Sus palabras me recuerdan a las que hace un par de días me dedicó Miguel, y me siento triste por no haber confiado más en él y contarle lo que me pasa.

Seguimos abrazados un rato más, hasta que me doy cuenta de que estamos los dos solos. Las chicas han salido a dar un paseo y a comprar algo para la cena y después iremos todos juntos a tomar algo. Me pide que me dé una ducha, bueno, más bien me lo ordena, y obedezco sin rechistar porque sé que me sienta genial. Cuando salgo está viendo un programa de subastas en la televisión de pago con un botellín de cerveza en las manos y me hace señas para que me siente con él.

Antes abro la nevera y cojo otra cerveza para mí. Sé que ahora viene la charla que tanto necesito. Me la bebo casi de un trago. Lo miro, me mira, ambos queremos decir algo pero no nos atrevemos. Vamos, Daniela, ármate de valor y coge el toro por los cuernos, Fran sabe hasta el día que perdiste la virginidad, no creo que se vaya a asustar. Además, no tienes por qué decírselo todo, hay cosas que una mujer debe guardar para sí misma.

Cuando estoy a punto de empezar a relatarle la historia, a mi manera, de hermana a hermano, él se arranca.

—Vamos a ver, hermanita, ya sabes que no soy de sermones y esas pamplinas, además, tú ya tendrás las cosas claras, aunque también más miedo que un perrito chico, así que voy a soltártelo y después haz lo que te salga del chocho. —Sí, lo sé, mi hermano no tiene nada que ver conmigo, usamos un lenguaje totalmente distinto, tal vez por eso nos entendemos tan bien y a la vez me resulta tan extraña la relación de amistad que tenemos—. Sé a lo que juega ese tío y sí, no me mires con esa carita, ¿que tú quieres jugar y te gusta? Pues olé tu coño, pero no dejes que los sentimientos hacia alguien cambien tu personalidad. Tienes cara y poca vergüenza como para decir las cosas sin pensarlas y tal como las sientes, no esperes a que las respuestas lleguen a ti, nunca has sido así, persíguelas hasta encontrarlas, no lo dudes y ve a por todas. Como decía papá, a él no lo tienes, ¿verdad? —La melancolía me asalta en el momento en que lo nombra, porque, joder, tiene razón y yo no quería verlo—. Lucha por lo que quieres, siempre lo has hecho, no te rindas ahora. ¿Que te caes? Pues te levantas. ¿Que te chocas? Pues ya sabes dónde está la pared para esquivarla la próxima vez. Pero, por favor, que no digan que los García somos unos cobardes, porque eso sí que no. Busca ahora mismo un vestido de esos que tanto odio por cómo te miran los tíos cuando te los pones, que tus amigas están al llegar y yo tengo ganas de emborracharme después de todo lo que te he soltado, que me haces viejo, joder, que el otro día me vi una cana.

No puedo parar de reír, porque, maldita sea, tiene toda la razón del mundo y yo necesitaba

que alguien fuera claro conmigo. Amo con toda el alma a mi amiga Merche por haber organizado este encuentro. Sí, poco a poco me voy sintiendo fuerte, y estoy rodeada de todos los que quiero y me quieren, solo falta que mi madre aparezca por la puerta. Salgo corriendo al salón y pregunto a mi hermano. Su contestación despeja todas mis dudas.

—Venga, niña, si mamá aparece por aquí yo salgo por patas, que nunca me ha visto borracho y a ti menos aún, y esta noche quemamos Barcelona.

Preparo la ropa para salir: un minúsculo vestido negro palabra de honor y zapatos de tacón de infarto, chaqueta vaquera y mi ropa interior más sexi, nada más.

Llego en pijama, no quiero manchar el modelo, y todos me miran extrañados.

—No os preocupéis, esta noche la liamos en Barcelona como solemos hacer en Sevilla. ¡Nada ni nadie me va a parar!

Entre risas cenamos unas fajitas mejicanas que las chicas han preparado acompañadas de unas Coronitas, y cuando empezamos a animarnos decidimos salir. No tenemos que pensarlo mucho, nos gustó la discoteca de la última vez, el Soho, aunque yo no guarde muy buenos recuerdos. Y ahora que el buen tiempo acompaña, seguro que la zona estará a reventar.

Cogemos un taxi y solo con llegar a los alrededores y ver lo animado que está todo empezamos a cantar en el coche. El taxista nos mira sorprendido y Fran aguanta la risa, cuando nos juntamos las tres esto es un no parar.

Tenemos suerte para entrar y encontramos un espacio libre en la zona de los sofás. Nos acomodamos y Fran nos pregunta qué queremos tomar para ir a pedirlo. Tere y él se van juntos a por las copas y Merche y yo nos quedamos. Estoy más que feliz, me hacía mucha falta esto, pero necesito avisar a alguien. Se lo explico a mi amiga y me dice que adelante, está deseando conocerlo, así que le envío un mensaje a Miguel con la ubicación y en menos de dos minutos tengo su contestación en el móvil. Nos veremos en un rato. Me encanta que esté para mí cuando le necesito, aunque he de decirle algo importante, me he dado cuenta durante la conversación con mi hermano. Tengo que contarle que la Daniela que ha conocido no soy yo, antes de acabar haciéndome daño y haciéndoselo a él.

Mi hermano deja nuestras copas en la mesa y se lleva a Tere a la pista de baile. Me encanta verlos así, tan cariñosos y enamorados, quién se lo iba a decir a Fran, con lo picaflor que ha sido siempre ahora solo tiene ojos para ella. Se le ilumina la mirada cuando le habla. Espero que les dure siempre, porque me gusta ver cómo se compaginan.

Un chico se acerca a nuestra mesa y nos saluda. Vaya, Merche ya ha ligado, y sin moverse del sitio. Sé que está deseando irse a bailar con él, la verdad es que está para mojar pan y repetir una vez tras otra, pero no lo hace por mí, lo sé, no quiere dejarme sola. En ese momento veo acercarse a mi rubio y corro a sus brazos. Mi amiga se ha quedado con la boca abierta. El calor de Miguel me abraza y siento la paz que siempre me transmite cuando está a mi lado. Es tan bonito mi gatito...

Al volver a la mesa se lo presento a mi amiga y al chico que está intentando convencerla para que baile, creo que se llama Oriol, aunque me cuesta recordar los nombres catalanes. Le digo que vaya sin problemas, que ahora estoy bien acompañada y, además, queda mucha noche por delante para conocer a Miguel. Debe de estar cansada de mí, o de verdad deseando ir a bailar,

porque acepta y me deja con mi gatito. Nos sentamos juntos y entrelaza su mano con la mía. Tengo que ser fuerte, mejor dicho, soy fuerte, y haré lo que debo hacer.

—Miguel —comienzo a hablar, me tiembla todo el cuerpo—, yo, esto que...

—No hace falta que digas nada, no tienes que disculparte, necesitas tu espacio y sabes que conmigo lo tendrás —por favor, cállate y deja que me explique, pienso—, ahora disfruta de la noche y de tus amigas, yo estoy aquí para hacerlo, ¿no ves?

—No es eso, gatito —estrecho su mano— es que esta no soy yo, a ver cómo te explico todo esto, me encantas, lo sabes, ¿verdad?, pero es solo lo que hemos tenido y...

—Que no hace falta que digas nada —insiste.

—Joder, ¿te puedes callar la boca y dejarme hablar? ¡Luego decís de los andaluces! —le digo, algo irritada—. Vamos a ver, que tú y yo hemos disfrutado muchísimo, sí, eso no lo discuto, joder, que me he corrido contigo más veces que con Pedro en tres años, pero que no hay nada más y yo necesito más —bueno, no ha sonado como yo quería y ahora tendré que arreglarlo, me digo—, pero no lo quiero de ti. —Vaya, esto suena aún peor—. Es que no sé cómo explicarme, cojones.

—Lo has hecho perfectamente —me dice muy serio, pero sin soltar mi mano—, ya sé que no eres así y que estos juegos no van contigo, que no puedes ocultar que eres una romántica, que lo nuestro ha estado genial y me va a joder muchísimo no volver a disfrutar de tu cuerpo, pero somos amigos, solo eso. Corremos el riesgo de confundir nuestros sentimientos y yo soy el primero que no quiere hacerte daño ni desea perder a una amiga. De todos modos, que dejemos de jugar no significa que no podamos seguir siendo buenos amigos. —Vale, me he explicado como el culo, pero él lo ha entendido a la perfección.

Me acerco a él y le doy un abrazo de esos de hermano oso. Porque tengo menos fuerza que una gaseosa de las baratas, que si no lo rompía por la mitad. Él me responde, apoya su frente en la mía, nos miramos a los ojos y sé que entiende por qué le he dicho todo esto, y que va a estar ahí. Me levanto, tiro de él hasta llevarlo a la pista de baile. Al principio se resiste, pero finalmente acaba en mi terreno. Cuando llegamos junto a mis amigas y mi hermano suena la canción *Mi nuevo vicio*, de Paulina Rubio, y Merche, Tere y yo empezamos a cantarla en voz en grito, como unas locas. Se la dedicamos a los chicos que están con nosotros y ellos, que ya no sé si están tanto o más locos que nosotras, se unen y nos hacen los coros. Me lo estoy pasando genial.

La noche transcurre entre risas, bailes y alcohol, mucho alcohol. El chico que bailaba con Merche, después de haberse perdido con ella un par de veces, se despide de nosotros. Mi hermano y Tere se marcharon hace rato, estaban muy calentitos y solo les faltó salir corriendo al hotel. Miguel hace lo propio cuando los rayos del sol anuncian que el día está a punto de llegar, ha insistido en acompañarnos hasta el apartamento, pero no se lo he permitido, necesitamos caminar un poco, despejarnos y pararnos a desayunar churros con chocolate. Le prometo que le llamaré nada más levantarme y acepta, aunque muy a disgusto.

No llevamos ni cinco minutos andando cuando vemos un puesto de churros. Aunque sabemos que no serán como los de nuestra tierra compramos un cartucho y un par de vasos de chocolate y nos montamos en el primer taxi que vemos. Queríamos andar, sí, pero los pies ya no

nos dan para más.

Desayunamos en casa, y no sé en qué momento ni cuál de las dos ha caído antes, pero nos quedamos dormidas en el sofá entre risas y con el cartucho de churros ya vacío.

19. Esta soy yo

La cabeza me da mil vueltas y me duele todo el cuerpo. Abro los ojos y veo a Merche tumbada sobre mis piernas. Un hilillo de saliva le corre por la mejilla, está para hacerle una foto. Intento moverla para levantarme, pero me es imposible, porque, además, se me han dormido las piernas.

Alcanzo el móvil, que está encima de la mesa, y lo desbloqueo. Ayer no avisé a Miguel de que habíamos llegado a casa y tengo un mensaje suyo un poco amenazante. Tecleo algo rápido para pedirle disculpas, seguramente aún esté dormido. Mi reloj interno no me ha permitido dormir más de cuatro horas y ni siquiera es mediodía. Necesito ponerme al día con todo, en menos de una semana estaré trabajando otra vez, he salido entre semana y mis amigas están aquí. Y esta forma mía de ser, meticulosa, organizada y perfeccionista no me da tregua.

Como puedo salgo del sofá y me preparo el desayuno lo más silenciosamente posible. No pongo ni la cafetera para no despertar a Merche, si no lo hace por ella misma suele levantarse con un humor de perros, y entre la resaca y todo lo que quiero hacer no estoy para aguantar algo así. Me sirvo zumo, cojo unas galletas y me voy al dormitorio con mi portátil, el iPad y el móvil. Voy a empezar a ser la Daniela que fui antes de que Pedro me engañara, de que Marc apareciera en mi vida y de convertirme en la sombra de lo que realmente sé que puedo ser.

Al cabo de unas horas mi amiga aparece por la puerta. Estoy sentada en la cama redactando informes, preparando correos, delegando el trabajo de los eventos que ya tenía iniciado en Sevilla y con la música en los auriculares para desconectar del mundo.

Me dice que ya he trabajado demasiado por hoy. Miro el reloj y me doy cuenta de que me he saltado el almuerzo. Me extraña que Merche no haya venido a echarme la bronca, pero si ha estado dormida ella tampoco habrá comido nada. Se ha duchado y va vestida con unos vaqueros tobilleros informales y una camiseta de *sport* con un considerable escote. Su precioso pelo está recogido en una cola alta y calza unas bailarinas.

—Vamos a dar una vuelta, anda.

No hace falta que me diga más, le dedico una sonrisa y dejo lo que estoy haciendo. Me doy una ducha rápida y elijo un atuendo similar al suyo, trenzo mi pelo a un lado y cuando estoy preparada ya me está esperando junto a la puerta. Son esos momentos en que no tenemos que decirnos nada, porque lo sabemos todo. Esos en los que necesitamos estar juntas, pero no revueltas.

Paseamos por las calles de Barcelona evitando las comerciales. Queremos empaparnos de su

cultura, esos magníficos edificios con toques de Gaudí y esa esencia que hace que quien vive aquí y siente de corazón esta ciudad se enamore cada vez que sale a la calle. Ambas vamos sumidas en nuestros pensamientos. Necesito darle las gracias por ser como es, por acompañarme cada vez que la necesito, por los consejos que me da, aun sabiendo que me van a doler, y que voy a atesorar toda la vida.

—Merche, yo... Gracias. —No me salen las palabras—. Solo quiero que sepas que eres muy importante en mi vida y no sabes cuánto agradezco que estés a mi lado en estos momentos, sin preguntarme más de lo que te cuento y apoyándome aun sin saber mucho.

Se acerca a mí y me abraza con todas sus fuerzas. Nuestras lágrimas empiezan a brotar sin control, ambas somos así, dos almas en pena que se quieren demasiado y que se dicen las cosas tal como las sienten. A veces nos haremos daño, eso lo tenemos claro, pero nuestra amistad es más grande que todo eso. Me encantaría que Tere estuviera aquí con nosotras, pero sé que merece unos días con Fran. Están empezando algo nuevo y la entiendo, a mí me ocurrió lo mismo cuando empecé a salir con Pedro y ellas me dieron espacio sin echarme nada en cara. Incluso ahora, con lo que ha pasado, no han pedido más explicaciones de las necesarias.

—Vamos a ver, perraca, aquí no hay nada que agradecer ni que perdonar, para eso estamos las amigas, así que no me obligues a darte el mismo sermón, que esta vez no me quedará tan bonito como ayer.

Nos reímos y continuamos paseando abrazadas por la ciudad hasta que acabamos en un pequeño bar que nos ha llamado la atención. Parece una librería, y de repente recuerdo que aún llevo en el bolso mi regalo para ella. Con todo lo que ha pasado en menos de veinticuatro horas ni me he acordado de entregárselo.

El camarero, un chico muy guapo que hace ojitos a mi amiga, nos sirve dos cafés en unas tazas enormes. Voy a tener cafeína para la semana entera. Saco el regalo y lo dejo sobre la mesa. Merche me mira asombrada y le explico que mi intención era entregárselo cuando llegó al aeropuerto, pero todo ha sucedido tan rápido que se me ha ido el santo al cielo.

Merche destroza el papel sin miramientos, como un niño pequeño el día de Reyes, y empieza a llorar otra vez. Por supuesto, yo la acompaño y nos fundimos en otro abrazo. Cuando queremos somos las más moñas del mundo.

—Gracias por este regalo. ¡Ay, que ya tengo a mis margaritas!

Hablamos de todo un poco y decidimos que tenemos suficiente alcohol en el cuerpo de la fiesta de ayer y que esta noche no saldremos. Intuyo que me quiere decir algo y no se atreve, así que haré lo mismo que ellas: darle ese espacio que necesita, ya me lo contará cuando se sienta preparada.

De camino al apartamento compramos unas hamburguesas en un restaurante de comida rápida. Y una vez allí, y después de habernos metido mil y una porquerías en el cuerpo, estamos las dos prácticamente dormidas. Le pido a Merche que duerma conmigo, no es necesario hacerlo separadas teniendo yo una cama tan grande, y así, recordaremos nuestras fiestas de pijamas de cuando éramos estudiantes.

Nos tumbamos sin decir nada. No quiero forzar a mi amiga, aunque sé que quiere decirme algo. Tanto silencio no es normal en ella. Cuando los ojos se me empiezan a cerrar se vuelve

hacia mí y me abraza.

—Me voy mañana a Sevilla. —Doy un salto en la cama y enciendo la luz de la lamparita que reposa en mi mesa—. No me puedo quedar más, Dani, lo siento, no me mires así, ya ha sido toda una odisea pasar estos dos días contigo, incluso mañana trabajo de noche.

No puedo por menos que abrazarla, sé que habrá movido cielo y tierra para acompañarme, incluso ha hecho venir a mi hermano y a Tere, pero me encuentro de nuevo desprotegida al saber que se va de mi lado. Tengo que ser fuerte, me repito una y otra vez, esta tía me va a hacer llorar.

—Solo te pido una cosa —me dice, con lágrimas en los ojos—, llámame para lo que necesites, que no esté físicamente aquí no significa que no pueda ayudarte, no vuelvas a encerrarte en ti misma. Prométemelo y no dejes que ningún hombre mande otra vez en tu vida, no seas de nuevo esa mujer que ha estado tres meses encerrada por culpa de un cabrón infiel. Quiero a esa amiga loca a la que todo le daba igual, la que quería comerse el mundo. Sé que vas a conseguirlo. —Y ahora es cuando lloro a borbotones y me cuesta hasta controlar la respiración, es que no puedo quererla más—. Si de verdad estás enamorada de ese hombre, hazle saber quién eres, no esperes sus respuestas, ya sabes que ellos no son como nosotras. Lucha por lo que quieres saber, aprovecha las oportunidades que te da la vida y, si las respuestas no te satisfacen, borrón y cuenta nueva. Vales mucho como para dejar que un sentimiento marque tu camino.

Y no hace falta que me diga nada más, seguimos abrazándonos, dejamos que el sueño nos alcance y nos sumimos en un descanso placentero que hacía días que no sentía. Merche tiene razón, en la vida hay que perseguir lo que uno desea, y si las respuestas no vienen a mí seré yo quien luche por encontrarlas, aunque sufra en el camino y los resultados que obtenga no me satisfagan.

Cuando nos levantamos por la mañana la ayudo a recoger las pocas cosas que ha traído. Ahora entiendo que su maleta no fuera tan grande, centrada como estaba en mis cosas, apenas he prestado atención a lo que me rodea. Pero esto acaba, aquí y ahora.

Pasamos la mañana entre risas recordando nuestras fiestas, nuestros momentos de sinceridad, todo lo que hemos pasado juntas, y prometiéndonos una y mil veces que nos llamaremos o nos mandaremos mensajes a diario. Entonces recuerdo que no he vuelto a mirar el móvil desde que le envié el mensaje a Miguel. Le pregunto por Fran y Tere y me dice que han regresado a Madrid. Prefirieron no despedirse y respetar ese momento entre nosotras dos. Ya les echaré la bronca por no decirme nada, aunque los entienda, quieren estar solos y yo puedo ser la más bruja del mundo si me quedo en medio, me implicaría demasiado en su relación y ninguno de los dos se lo merece.

La despedida en el aeropuerto es un poco dramática. Una pelirroja y una morena llorando a moco tendido y prometiéndose una y mil veces que se llamarán o bombardearán a mensajes. Y, mientras, el responsable de la puerta de embarque aguardando a que pase con una paciencia de mil demonios, hasta que carraspea para que nos demos por aludidas y nos separemos de una vez.

Merche lleva en la mano el libro que le he regalado y me promete ir contándome su proceso de lectura. La veo alejarse por el pasillo que la llevará a su avión y siento mucha pena, la necesito aquí conmigo, que me apoye, que me ayude a tomar decisiones. Pero esa no he sido nunca yo y tiene razón, siempre fui una mujer fuerte y con un par de huevos que hacía las cosas

tal y como creía que debía hacerlas, sin importarle qué dirían los demás. Y mucho más motivada y sintiéndome mejor tras la visita fugaz de mis amigas, subo en un taxi en dirección a mi casa provisional en esta ciudad, dispuesta a un nuevo reto junto a Marc y a conseguir todas las respuestas que necesito.

20. Si tú me dices ven...

Una ducha de agua caliente me devuelve el bienestar que me hace falta. El día de hoy ha sido complicado y despedirme de nuevo de mi amiga bastante duro, pero tengo que agradecer todos y cada uno de los consejos que me ha dado. Me quedo con que confía en mí y me apoyará en mis decisiones. Salgo de la ducha con una toalla alrededor del cuerpo y el pelo húmedo recogido, y cuando voy a vestirme suena el timbre. Son las nueve de la noche. Abro sin prestar atención a mi atuendo y me quedo petrificada. Lo miro y él me mira, sonrío y me enseña una bolsa de comida china que lleva en la mano. No puedo evitarlo y me abalanzo sobre él, lo abrazo y le doy mil besos en la cara.

—Pensé que, como tu amiga se ha ido y no sé nada de ti desde ayer, te apetecería cenar conmigo. Te he llamado varias veces al móvil y está apagado.

Le digo que entre y me permita ponerme algo de ropa. Entre risas me sugiere que mejor me la quite, pero sé que anda con bromas. Hace dos noches, cuando salimos, quedó bastante claro qué relación queremos y lo que ambos sentimos.

Le pregunto cómo sabía que mi amiga no estaba y, para mi sorpresa, me confiesa que ella misma se lo dijo y le pidió que viniera a casa.

—Te conoce muy bien y sabe que te hubieras cenado un simple yogurt y te hubieras ido a dormir. —Ríe.

Entonces le enseño el que tenía preparado en la cocina y ninguno podemos parar de reír. Me pregunta por qué tengo el teléfono apagado. Es cierto, está ko, totalmente seco de batería. Busco el cargador y lo enchufo, joder, no puedo ser tan irresponsable con estas cosas, ¿y si pasa algo?, si mi madre o alguna persona tuvieran que ponerse en contacto conmigo esta la única vía ahora que no estoy en Sevilla. En el momento en que mi móvil cobra vida empiezan a llegar mil y una notificaciones de Facebook, llamadas perdidas, wasaps... Miguel me mira con cara de granuja y compruebo que varias llamadas y mensajes son de él, incluso en uno me avisa de que viene con la cena. Lo abrazo, sí, últimamente estoy en modo achuchable, le doy las gracias por ser tan buen amigo y continuo mirando los mensajes.

Mi hermano y Tere me piden disculpas por no haberse despedido y les contesto con un *esto me lo tenéis que pagar*. Los demás son todos de Marc. Le enseño el móvil a Miguel y me aconseja que los lea.

—Preferiría borrarlos...

—No lo hagas, deberías saber qué es lo que quiere contarte si deseas salir de todo esto.

Y tiene razón, hasta hace un rato me estuve diciendo lo mismo. Así que decido abrir la conversación, más bien monólogo, porque se ha explayado, y empiezo a leer en voz alta. Necesito la opinión de mi amigo.

Daniela, necesitamos hablar.

Todo sería más fácil si mi pasado no estuviera tan presente.

De acuerdo, soy un cretino, un egoísta y un engreído, pero tú no te quedas atrás.

Joder, ¿no piensas contestarme? Hacer esto me cuesta una barbaridad y tú me lo pones aún más difícil.

Nos vemos el lunes. Yo volveré a ser el jefe y tú la empleada. Espero que sepas comportarte.

Mierda, es que no sabes qué cojones me pasa y me lo pones cada vez más difícil. ¿Quieres al menos leer lo que te escribo y mandarme a la mierda? Así sabré que todos mis intentos por ser alguien diferente tienen su recompensa.

No entiendo nada de lo que me está diciendo. Miro a Miguel y me pide que continúe. Al parecer ha visto todos y cada uno de los mensajes que me han llegado. Maldita amistad entre hombres, que cuando les da la gana bien que se lo cuentan todo.

Permíteme cenar contigo.

Maldita sea, no es tan difícil.

Si estás leyendo esto es que Miguel está contigo, abre la maldita puerta.

Miguel hace un gesto afirmativo. Joder, pero ¿qué se creen estos dos? Él sabe lo que hace a Marc tan complicado y no me está facilitando las cosas. Lo miro con cara de *estoy muy cabreada contigo* y me levanto del sofá con un genio que ni yo misma reconozco. Al llegar a la puerta dudo si abrirla o no, me tiembla todo el cuerpo, no sé qué le voy a decir cuando lo mire a la cara, todo se me vuelve patas arriba cuando lo tengo cerca. Daniela, ármate de valor, me digo a mí misma. Abro, miro hacia fuera y allí no hay nadie. Me resulta extraño, miro el móvil y compruebo que el mensaje es de hace más de media hora, se habrá ido...

Cuando voy a cerrar, escucho un ruido y lo veo. Sentado en las escaleras, con el pelo totalmente alborotado y tapándose la cara con las manos. Me sorprende verlo tan informal, vestido con una camiseta básica blanca y vaqueros, y tan débil, tan frágil. Nos miramos. El azul de sus ojos ha perdido expresión, está triste y, sin saber cómo, supongo que por pura inercia, mis pies se mueven hacia él y lo rodeo con mis brazos. Duda en responderme, pero al fin me devuelve el abrazo, aunque sin atreverse a estrecharme contra su cuerpo. Tiemblo, quiero que se sienta bien y no sé por qué.

—Ven, pasa —consigo decirle.

—No... No debería estar aquí. —Aguanta un sollozo, ¿ha estado llorando?

Lo agarro de la mano y tiro de él. Miguel está en la puerta, me da un beso en la mejilla y se despidió recordándome que no dude en llamarlo si lo necesito. Ha sido una encerrona, pero no puedo cabrearme porque sé que lo hace por nuestro bien. Tenemos que aclararlo todo antes de que nos haga más daño.

No sé lo que va a pasar, pero solo tener a Marc cerca ya hace que me sienta mejor. Se acomoda en el sofá sin decir nada, le ofrezco un vaso de agua que apura al momento. Ninguno de los dos sabemos cómo empezar, son tantas las cosas que quiero saber que no me atrevo a hacerlo

yo.

—Ven, vamos a la cama. —No sé por qué reacciono así, y él pone cara de no entender nada —. Vamos a dormir —le aclaro—, ahora no es el momento de hablar de nada, solo quiero sentirte a mi lado.

Me acompaña sin protestar y sin aún dirigirme la palabra. Nos deshacemos de nuestra ropa y nos quedamos en ropa interior, me meto en la cama y él me acompaña, se abraza a mí y me acaricia, siento esas ganas locas de que me haga suya, pero no es el momento, ahora no. Y así, abrazados, noto que su respiración se relaja y cuando lo miro veo que se ha quedado dormido agarrado a mi cintura y con la boca muy cerca de mi cuello. Una paz me inunda por completo, y al fin dejo que el sueño también me invada.

La luz del sol me da en la cara y siento mucho calor. No puedo moverme, y empiezo a recordar que anoche le pedí a Marc que durmiera conmigo. Noto el peso de su mano sobre mi cadera y su respiración pausada y tranquila sobre la nuca, sigue dormido junto a mí. Me muevo lo preciso para mirar el reloj. Son más de las diez de la mañana, no estoy acostumbrada a levantarme tan tarde y estoy segura de que él tampoco. Además, es un día entre semana y seguramente tendré que ir a trabajar. Debería despertarlo para que no se sienta mal y me acabe echando la culpa. Estoy tan a gusto con él a mi lado que decido descartar esa idea unos minutos más.

Al cabo de un rato decido moverme para que se despierte, pero su mano se aprieta más contra mí y me pega a él. Noto su erección matutina y empiezo a encenderme, pero no es esto lo que quería anoche cuando le dije que durmiéramos juntos y no es lo que quiero ahora. Primero debemos hablar. Intento moverme de nuevo, pero ahora es su boca la que deposita un cálido beso sobre mi hombro.

—No te muevas, nena, no sé qué significa esto, pero ahora mismo me siento como en casa. —Su cálida voz me relaja y dejo que su mano libre juegue con un mechón de mi pelo—. Creo que ya te dije que el color rojo se había convertido en mi preferido, ¿verdad?

—Marc, es tarde, tendrías que irte a trabajar —consigo decirle.

—Soy el jefe, recuerda, así que hoy me pido el día libre, pero será mejor que nos levantemos o no conseguiré decirte todo lo que quiero, llevo varios días dándole vueltas.

Finalmente, permite que me levante. Cuando salgo de la cama su mirada recorre mi cuerpo entero, su sonrisa es pícaro y sé lo que está imaginando, y sí, por favor, yo también lo necesito, pero tiene razón, primero debemos hablar y después actuar de la manera que mejor nos haga sentir.

Entro al baño, necesito ponerme algo de ropa, cepillarme los dientes y despejarme con un poco de agua fría. Me demoro más de lo normal, tengo miedo a lo que me pueda decir, aunque sé que es algo que ambos necesitamos.

Al salir compruebo que ya no está en la cama y su ropa tampoco. Corro al salón, preocupada por si se ha ido, pero no, está allí, con dos tazas de café humeante, unas galletas y varias piezas de fruta. Ha vuelto a prepararme el desayuno. Le dedico una sonrisa de agradecimiento.

—Ven. —Me invita a sentarme a su lado en el sofá, y yo no me lo pienso y me acurruco para sentir nuevamente su calor. Su olor se mezcla con el del café y estoy feliz. Pasa un brazo por mis

hombros para acercarme más a él y deposita un cariñoso beso en mi cabeza. Ojalá todo fuera siempre tan fácil.

—Daniela, yo... —Voy a cortarlo, pero no deja que lo haga, pone un dedo en mis labios—. Déjame que hable y después toma la decisión que mejor creas. —Hago un gesto afirmativo con la cabeza para que sepa que no lo voy a interrumpir—. Esto es más complicado de lo que creía, pero te debo muchas respuestas y estoy dispuesto a dártelas. Hoy no podré contártelo todo, es muy difícil para mí expresar lo que siento y lo mierda que ha sido siempre mi vida.

Lo miro, me mira, sé que este es un gran paso para él y estoy dispuesta a dejarlo explicarse. Como él mismo ha dicho, yo soy quien tiene la última palabra, quien va a decidir si lo que me cuente significará un antes y un después en lo que pueda nacer entre ambos.

—Tengo un pasado del que no estoy muy contento y hay fantasmas que aún me persiguen, pero desde que te conocí hace unos años no he podido de dejar de pensar en ti. No sé qué es lo que tienes, cuando estoy contigo me siento a la vez en paz y desconcertado, porque no me reconozco. No he sido así nunca, yo no creía en estas cosas —nos señala a ambos— hasta que te tuve cerca, joder, desde entonces no quiero otra cosa, no quiero sentir a nadie más ni que nadie te sienta a ti. —Me pongo nerviosa al comprobar que los dos hemos llegado a la misma conclusión—. Maldita sea, el saber que Miguel ya lo ha hecho me irrita muchísimo, y te juro que lo mataría por haberte dado ese placer que yo te he negado.

No puedo evitar acercarme a sus labios y darle un beso de amor, nada que ver con esos que compartimos cuando buscábamos una sesión de sexo placentero. Él coge mi nuca y escucho el latido de su corazón sobre mi pecho, acelerado.

—¿Lo notas? —me pregunta—. Está así desde la primera vez que te besé, desde ese momento supe que no quería que te separaras de mí.

Le vuelvo a hacer callar con un dulce beso y me recuesto sobre él, necesito que sea mío, ahora, en este preciso momento, ya habrá tiempo para más explicaciones. Lo que acaba de hacer es impresionante, no pensé que conseguiría abrirse a mí. Sus palabras son un *te quiero* entrelíneas, y sin poder evitarlo, esas mismas palabras escapan de mi boca.

—Te quiero... —Me mira, lo miro, su sonrisa se ensancha, no necesito nada más por ahora, solo a él.

—Ven, demuéstremelo.

No hace falta nada más, le entrego mi corazón esperando que sepa cuidarlo a pesar de que sé que sufriré cuando comience a saber más de él, que no todos los caminos serán de rosas y que, si las hay, estarán cargadas de espinas. Pero algo me dice que esta vez merecerá la pena, porque lo haremos juntos, o eso espero.

Hacemos el amor, sí, porque es lo que estamos haciendo en ese momento, dedicándonos a nosotros sin importarnos nada más que lo que siente el otro cuando le regalamos un beso, una caricia, una mirada. Un orgasmo está a punto de estallar en mi interior cuando veo en sus ojos que está en la misma situación que yo. Me abraza y se deja ir dentro de mí, noto su calor llenándome al completo, es la primera vez que lo hacemos sin protección y me siento más unida a él, soy suya y lo tengo claro.

—Yo también te quiero, Daniela —me susurra al oído y un nuevo orgasmo me recorre hasta

dejarme completamente extasiada y desmadejada entre sus brazos.

No decimos nada más, solo nos abrazamos mientras recuperamos el ritmo habitual de nuestras respiraciones, disfrutando del momento que nos acabamos de regalar. Dejo mi mente en blanco, no es el momento de hacerse preguntas, ahora no.

21. Preparando una no fiesta

Su olor en mi cuerpo me despierta, me he vuelto a quedar dormida en sus brazos, levanto los ojos y encuentro su intensa mirada azul. Por muy extraño que parezca, me siento cómoda, como si ya la hubiera vivido la misma situación junto a él un millón de veces.

—Nena, tengo que irme, me han llamado de las oficinas para que acuda a una reunión. — Quiere parecer tranquilo, aunque noto algo de enfado en su voz—. Te dije que pasaríamos juntos el día entero, pero hay cosas que escapan de mis manos. Dime que me esperarás aquí, tal como estás ahora, con poca ropa.

—Y hambre de ti —le respondo.

Entiendo que es su trabajo, yo misma me estaba sintiendo mal sabiendo que estaba aquí conmigo con lo responsable que es. Nos despedimos con un beso con sabor a más, deseando que regrese y cumpla todas las promesas que me ha hecho entrelíneas.

Una vez sola en mi apartamento recuerdo las imágenes de estas últimas veinticuatro horas, pero me quedo con su *te quiero*. Tal vez lo hagamos posible, tal vez consigamos que esto funcione, tal vez él sea capaz de confiar en mí.

Me doy una ducha rápida, ya que algo me ronda por la cabeza y solo hay una persona que puede ayudarme. Marco su número de teléfono y, como siempre, descuelga en el segundo tono.

—Buenos días, ratona, espero que hayas tenido sueños placenteros. —Creo que si lo conociera de hace más tiempo no sabría tanto de mí—. ¿Qué pasa, qué andáis haciendo?

Le cuento algo, tampoco quiero airear nada de lo que ha ocurrido cuando ni siquiera nosotros lo hemos hablado. Nos hemos dicho te quiero, pero no todo es tan fácil ni yo tengo ganas de correr.

—Marc ha tenido que irse a la oficina, ha de solucionar algo. Yo estoy vagueando en casa, pero he tenido una idea y solo tú puedes ayudarme.

—A ver, cuéntame —me dice, algo sorprendido.

—Sabes que me voy a encargar de preparar su cumpleaños, ese tan poco familiar que por lo visto celebran todos los años. Bueno, lo voy a hacer, para eso me ha contratado, pero quiero ir un paso más allá, quiero que después disfrute, se divierta, y es ahí donde entras tú.

Nos tiramos un rato hablando de las cosas que le gustan a Marc, de amigos con los que tal vez no tenga tanto trato, pero con los que lo pasará bien en un día tan especial. Cojo mi cuaderno rápidamente y empiezo a anotar todo, la comida que le gusta, la música, los lugares que le gustaría visitar. Miguel me dice que se encargará de mirar quiénes podrían acompañarlo en ese

día y ya, por último, le hago la pregunta que tendría que haberle hecho desde un principio.

—Pero solo faltan diez días. ¿Es que nadie podía avisarme de que su cumpleaños era el maldito 5 de mayo? ¿Cómo pretenden que prepare tanto en tan poco?

—Tranquila, Dani, realmente está todo preparado, el restaurante es el mismo de siempre y el propio Marc se encarga de reservarlo, solo tienes que encargarte del menú, de que este año esté cerrado para el público o de que nos dejen una sala para nosotros, de que lleguen las invitaciones a los familiares y a las personas que él te indique y nada más, —Respiro, aliviada, al fin y al cabo no es nada complicado, ni siquiera sé por qué me ha contratado cuando podría haberse encargado alguien de su empresa.

—Este año es diferente —continúa Miguel—, porque siempre se ha ocupado su madre. Que te lo haya pedido a ti ha sido una excusa para tenerte cerca, aunque también es cierto que para Marc ha sido un alivio, su madre y él no están muy unidos últimamente.

—Bueno, sabes que soy una profesional e intentaré hacerlo lo mejor posible, pero no te olvides de lo que te he pedido, si quiere algo diferente este año lo va a tener.

Hablamos un poco más de cosas banales y me pregunta un par de veces por mi amiga Merche. Le digo que si le ha gustado y se queda callado, necesito cogerlo a solas y echarle un buen sermón: mi amiga no es como yo, de las que se desinhiben y prueban cosas nuevas, ella es más recatada y chapada a la antigua, una romántica empedernida. Aunque disfrute cada vez que sale, no repite nunca con el mismo hombre porque, según ella, «si lo veo una segunda vez querré verlo más y si su primera mirada no despierta a las mariposas, con un polvo me basta». Por esa razón nunca le he conocido un novio; rollos, muchos; alguien con quien haya tonteado varias veces, un compañero de la universidad del que se colgó bastante y lo pasó peor. Así que tengo que dejarle las cosas claras a mi rubiales, que mi morena es mucha morena.

Al cabo de media hora colgamos, porque Miguel ha de volver al trabajo. Lo gracioso es que he sido yo quien le ha tenido que insistir en que retome sus responsabilidades. Enciendo el ordenador y empiezo a trabajar, aún me quedan un par de días más de vacaciones, pero prefiero ir adelantando cosas. Llamo al restaurante que me indica Miguel y, efectivamente, ya hay una reserva para ese día a nombre de Marc Capdevila. Me confirman que el salón estará al gusto del anfitrión y que su capacidad es para cincuenta personas. No está mal. Solo conozco a su padre, del día del evento del bufete. Recuerdo que entonces me sorprendió no ver a su madre, aunque tras la conversación con Miguel lo entiendo mejor, su relación no está en el momento más feliz.

Después de presentarme y decirle que seré yo quien dé el visto bueno a la celebración, le pido al gerente del restaurante una reunión para el día siguiente. Cuanto antes tenga cerrado este asunto, antes podré ponerme a organizar la fiesta que quiero para él.

Le envío un mensaje a Sonia para pedirle que me pase la lista de invitados el lunes a primera hora, antes si es posible. Lo hará, sabe que cuando en mi cabeza empiezan a bullir ideas ya no puedo parar. También llamo a la empresa que se encargó de las invitaciones de la celebración anual del bufete y les explico cómo las querré esta vez, colores y tamaño. Se comprometen a enviarme mañana mismo unas muestras en papel para elegir la que más me guste y mandarlas a la imprenta lo antes posible.

Si todo me sale bien, mañana por la tarde podré empezar a preparar la celebración con la que

realmente estoy ilusionada y con la que espero ver al Marc que se esconde tras la máscara de abogado estirado.

El rugido de mi estómago me hace volver a la realidad. Son más de las cinco de la tarde, Marc no ha dado ninguna señal, no tengo ningún mensaje de él y me prometió que volvería. Lo llamo y no contesta, lo intento un par de veces y en la última rechaza mi llamada. Debe de seguir reunido, al menos podría haberme avisado y así me hubiera dado cuenta de que se me pasaba la hora del almuerzo mientras trabajaba.

Me preparo un sándwich vegetal para calmar el hambre y me tomo una cerveza. Más tarde, en la cena, comeré algo con más sustancia. De pronto me doy cuenta de que aún llevo la simple camiseta y mis braguitas, Marc me ha pedido que lo esperara así, pero empiezo a estar incómoda; aunque el calor se va notando, esto no es el sur, mi tierra, tengo algo de frío. Me pongo unas mallas y me acurruco en el sofá. Hago *zapping* y me quedo viendo la serie *The Big Bang Theory* en la Fox, la verdad es que me encanta mirar algo más que estúpidos programas del corazón, y ahora no me apetece rodearme de penas, muertes y demás. Me gusta estar informada, pero en este rato que tengo para mí, para relajarme, prefiero reírme un poco.

Merche no me ha llamado, ni yo a ella, no me extrañaría nada que supiera que Marc se ha pasado por aquí. Así que cojo el teléfono, a Tere la dejaré para otro momento, ya les cantaré las cuarenta a ella y a Fran.

—Dime que tienes una sonrisa de oreja a oreja y hielo entre las piernas —me dice, como saludo.

—Pero mira que eres bruta —le regaño—, pues mira por donde no, estoy tirada en el sofá con una cerveza y viendo como Penny le da calabazas a Leonard por enésima vez.

—Al menos me dirás que el moreno está rodeándote con sus brazos. —¿Qué mosca le habrá picado a esta y que sabrá del tema?

—Más solita que la una me hallo, no te voy a engañar, estuvo aquí esta mañana, pero se marchó a la oficina.

Le explico que lo he llamado para saber si iba a volver, pero que me ha colgado. Me calma diciéndome que seguramente la reunión se le ha ido de las manos y cuando menos lo espere lo tendré en mi puerta deseando llevarme al séptimo cielo. Le cuento que ayer se abrió un poco más a mí y me dijo que poco a poco me iría contando lo suficiente para que entendiera su actitud.

Omito nuestro *te quiero*. Y le pongo al día sobre la fiesta de cumpleaños que le estoy organizando y cómo la quiero preparar.

—Me encantaría que vinieras, lo ideal sería que estuviéramos todos, sus amigos y nosotras, al fin y al cabo nos conoce a las tres.

—¿Estaría Miguel? —Vale, aquí ha pasado algo mientras yo no miraba.

—Claro, es su mejor amigo —digo, haciéndome la tonta—, me está ayudando a prepararlo todo.

—Ya sabes que yo también te puedo ayudar... No sé si podré ir, por el trabajo y esas cosas, pero contad conmigo los dos, Miguel ya tiene mi teléfono. —Y tras soltar eso se hace el silencio y la oigo maldecir por lo bajito.

—Mercedes, ¿qué está pasando aquí? —El tono de madre no es el que mejor me sale, pero sé

que algo impongo—. Primero él me pregunta por ti y ahora al revés.

—¿Te ha preguntado por mí? —suelta, con una voz chillona de sorpresa.

—Vamos a ver, igual que tú me dijiste que yo era mayorcita, te digo lo mismo, que Miguel es mucho Miguel, y no es lo que parece.

—Claro, como tú te lo has follado a mí ya no me vale. —Me quedo anonadada con el comentario, ella nunca responde así, lo cual solo puede significar una cosa: alguien le ha abierto la puerta a las mariposas.

—Cariño —intento ser lo más amable posible para que no se sienta mal—, Miguel es un hombre estupendo, un gran amigo, y sabes que el último día que estuviste aquí dejamos las cosas claras. Ayer volvimos a vernos y ambos sabemos lo que hay entre nosotros, pero también te digo que tiene gustos muy extraños y que por eso he decidido no disfrutar más de su compañía masculina más allá de la amistad que nos une. ¿Que a ti te gusta? Joder, pues adelante, a mí me encanta, pero quiero que vayas con cuidado, ¿vale, brujita mía?

—¿Te has quedado a gusto? Porque vaya peliculita que te has montado, ¡que yo solo quiero un polvo del rubiales! Así que nada, dile que se vaya preparando y vaya mucho al gimnasio si no quiere acabar con agujetas cuando termine con él.

Vale, tal vez yo vea ahora amor por todos lados: mi hermano con una de mis mejores amigas, yo misma diciendo *te quiero* sin pensar en las consecuencias, y ahora emparejando a mi amiga, si es que soy un caso. Le cuento mi intención de cerrar muchos acuerdos mañana y comenzar a organizar la fiesta que quiero darle a Marc. Me anima a que la mantenga informada y nos despedimos hasta el día siguiente, si es que no surge nada o nos metemos cada una de lleno en nuestra burbuja de cristal y se nos va el santo al cielo.

He hablado por teléfono con mi amiga más tiempo del que imaginaba. Estoy preocupada por Marc, quizá me ha llamado y la compañía telefónica se ha unido en un complot con los astros para que no me salga ningún aviso de llamada perdida. Son cerca de las nueve de la noche, la reunión debe de haber terminado, así que decido llamar yo. La primera vez no responde, la segunda salta el contestador después del cuarto tono y la tercera, directamente, está apagado. No sé si asustarme o cogerme un cabreo de mil demonios, llevo todo el maldito día arreglando cosas para que cuando llegue, tal y como prometió, nos podamos dedicar a lo que más nos gusta, darnos placer. No sé si pensar que está pasando de mí, que sigue reunido, que se le ha acabado la batería o que me estoy montando mil y una películas. Después de la experiencia con Pedro y la cantidad de mentiras que tuve que tragarme para que él pudiera hacer lo que siempre le venía en gana empiezo a tener miedo y a enfadarme por momentos.

Decido no darle más vueltas, y antes de que me sulfure demasiado y empiece a ver cosas donde no las hay, me meto en la cama, aunque sea temprano, y dejo que el sueño me atrape. Mañana será otro día.

22. No te creo

No supe si me había ido demasiado pronto a la cama o me estaba convirtiendo en un oso en plena hibernación, pero no conseguía dormir más y apenas eran las cinco de la mañana. Si me hubiera asomado a la ventana en ese momento, creo que ni siquiera habrían puesto las calles. Me levanté muy agobiada por el sueño que había tenido, los sudores fríos me recorrían el cuerpo. Acababa de revivir aquella imagen de Pedro, cuando quise darle una sorpresa y volví a casa antes de tiempo. Pero en mi sueño no era él quien estaba con otra mujer sino Marc. Ella estaba atada en la inmensa cama donde disfrutamos de nuestra primera vez, con la suave sábana roja rozando su piel, y él me invitaba a compartir aquel momento.

Ahora mismo me odio, pero sé que todo lo que sentí era miedo, miedo a que no confiara en mí y a no confiar yo en él por no saber qué lo atormentaba. Miedo de haber entregado mi corazón sin plantearme siquiera las consecuencias. Soy una completa idiota enamoradiza. Y fui consciente de que, realmente, no caminaba sobre rosas, solo había espinas.

Intenté calmarme, sabía que iba a darme una explicación, pero ¿podría yo creérmela? ¿sería capaz de confiar? Me había pedido tiempo, pero no tenía la paciencia necesaria. Su llamada no llegaba, ningún mensaje, nada.

Me di una ducha caliente más larga de lo habitual, para desconectar, borrar esas ideas de mi mente. No todos los hombres tienen por qué ser iguales ni yo debo meterlos a todos en el mismo saco.

Preparé la ropa para asistir a las reuniones de la mañana. Iría al restaurante a ver las muestras de las invitaciones. Aunque se habían comprometido a enviármelas, de algo tenían que servirme las horas de más que le había regalado al día con el madrugón. Elegí un pantalón de pinza negro que se ajusta perfectamente a mis piernas, una blusa color coral de media manga y mis zapatos de tacón de corte salón. Me miré al espejo después de maquillarme lo más naturalmente posible y dejé mi pelo suelto, peinado a un lado.

Me sentía bien, había conseguido disimular las pequeñas ojeras. Qué verdad es esa de que por mucho que duermas mil y una hora seguidas, si no lo haces bien no descansas.

Salí temprano con la intención de parar en una cafetería a tomar un café, no deseaba estar más tiempo encerrada entre las cuatro paredes de mi apartamento. El aire fresco de la mañana me animó, caminé por la avenida viendo despertar a la ciudad: todo el mundo corriendo de un lado a otro para llegar a su trabajo, las calles cobrando vida y algún pequeño atasco entre coches, taxis y autobuses, ciclistas subiendo y bajando de la acera, sorteando a los transeúntes. Una sonrisa se

dibujó en mi cara al recordar cómo echaba de menos correr al trabajo desde mi pequeño apartamento en Sevilla. Sentí nostalgia y empecé a arrepentirme de haber decidido pasar unos días en Barcelona. Tal vez debiera marcharme y, después del cumpleaños, volver con algún tipo de excusa. Solo esperaba que mis jefes no pensarán que soy una niña mal criada.

El olor a café me espabiló, vi una de mis cafeterías favoritas al cruzar la esquina, aceleré el paso y me puse a la cola que ya se había formado, deseando mi capuchino. Alguien me tocó el hombro y me di la vuelta. No pude evitar darle un fuerte abrazo. No sé cómo lo hace, pero Miguel siempre está ahí cuando lo necesito.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Eso mismo te podría preguntar a ti, aunque, si mal no recuerdo, en ese edificio de ahí enfrente está mi despacho y entro en veinte minutos. Pidiendo un café antes de empezar una frenética mañana.

—Yo voy a ver las invitaciones del cumpleaños de Marc —pronuncié su nombre y un nudo me aprisionó el pecho—, después me pasaré por el restaurante, a cerrar el menú.

—¿Pasasteis bien la noche? —La pregunta me sorprendió, y él se dio cuenta—. Oh, vaya.

—Si quieres saber qué tal fue mi noche, estuve viendo la tele, no cené y a las nueve estaba acostada. Tu queridísimo amigo rompió su primera promesa después de... —me quedé callada, seguía sin saber catalogar lo que había entre nosotros—, lo que demonios sea esto que intentó comenzar y se ha quedado en el camino.

—Bueno, seguro que habrá una razón más que lógica para que no fuera a verte, cuando se despidió de mí dijo que iba a tu apartamento.

Le expliqué que en ningún momento lo hizo, que no sabía nada de él desde que se marchó por la mañana, que incluso llegó a apagar el teléfono. Miguel no daba crédito.

—Aunque le cueste expresar sus sentimientos, Marc no actúa así, no suele dejar a nadie tirado.

Nos tomamos el café juntos y conversamos un poco de. Aunque sentía a Miguel como un amigo tampoco sabía mucho de él aparte de sus gustos sexuales, pero había estado a mi lado desde que pisé Barcelona, apoyándome y dándome buenos consejos.

Hablamos de mis amigas evitando el tema de Merche, pues no estaba para dar consejos cuando ni yo misma sabía lo que quería. Nos despedimos en la puerta de la cafetería y prometió informarme si sabía algo de Marc. Se lo agradecí, aunque tampoco deseaba saber de él en ese momento.

Pasé la mañana corriendo de un lado a otro, aprovechando que los sitios que debía visitar no estaban muy lejos para caminar. Necesitaba despejarme y ese rato dedicada a mí y a mi trabajo me sentaron fenomenal.

Al mediodía paré a tomar una tapa en un pequeño bar del barrio de El Raval. Poco a poco me estaba enamorando de la ciudad, a pesar de que tenía más malos recuerdos que buenos... y todo a causa de Marc. Vaya, otra vez pensando en él y sin saber dónde estaba. Después de comer paseé por la Rambla y decidí darme un homenaje. Sí, me volví loca yendo de tiendas, aunque no podía permitirme comprar mucho, había gastado casi todos mis ahorros y no quería hacer otro gasto facturando una maleta en el vuelo de vuelta.

En ese momento sonó el móvil. Lo cogí desesperada, esperando que fuera él con una excusa lo suficientemente creíble. Miré la pantalla, no reconocí el número.

—¿Sí?

—Señorita García, buenas tardes —escuché al otro lado la voz de una mujer—, le llamo del despacho del Señor Capdevila.

—Dígame, ¿qué desea? —conseguí articular.

—El señor Capdevila me ha pedido que le llame para informarle de que le espera para cenar esta noche en...

—Le voy a ahorrar terminar la frase —le interrumpí, enojada—. Dígale de mi parte que hasta el lunes estaré ocupada, y que le enviaré un correo con todo lo que le concierne respecto a nuestro contrato.

—Pero, señorita... él ha insistido.

—Me parece genial, hace usted su trabajo perfectamente —intenté calmarme, aquella mujer no merecía que pagara mi ira con ella—, pero me será imposible cenar con él. Muchas gracias. —Y sin más colgué, dejándola con la palabra en la boca.

Aquello ya pasaba de castaño oscuro. Marc no se había dignado a contestar a mis llamadas, me había dejado plantada y encima no tenía narices para dar la cara. ¿Pretendía que corriera a sus brazos cuando a él le diera la gana, y encima utilizando a su secretaria? Volví a mi apartamento a paso rápido, trinaba, no me aguantaba ni yo. ¿Cómo había sido tan estúpida? Las personas no cambian de la noche al día. No le creía. Si de verdad me quería, como había dicho, podría haberme llamado él mismo en vez de darle la información a su secretaria. Para eso y para organizar una cena sí había tenido tiempo.

Una vez en mi apartamento, dejé mi bolso y el material de trabajo encima del sofá, no tenía ninguna gana de ser organizada en este momento, solo de meterme en la ducha y quitarme de encima el cansancio del día, olvidarme por un momento de lo que me había animado a venir de nuevo a esta ciudad. Otra vez había caído en sus brazos. ¿Por qué? ¿Por qué me había creído sus palabras? Todo era culpa mía, pensé que podía entregar mi corazón, que esta vez sería diferente. Dejé que las lágrimas recorrieran mi cara y se perdieran en el agua que resbalaba por mi cuerpo y me sentí una completa estúpida.

Mi alma estaba vacía, había huido por el desagüe de la ducha, se fue con esas palabras, *te quiero*, que le había dicho apenas veinticuatro horas antes, se había ido con él dejándome totalmente rota.

Mientras cogía un yogur del frigorífico llegó un mensaje de correo electrónico. Era la lista que le había pedido a Sonia, al menos podría adelantar parte del trabajo y enviarle la información sobre la celebración de su cumpleaños. No sé por qué acabo metida siempre en estos embrollos con las dichas celebraciones del abogado estirado.

Tengo que ser fuerte, tengo que ser fuerte, me repetí una y otra vez. Mi vida era un completo caos. Me senté en el sofá con el ordenador en las piernas y seleccioné una lista de Spotify movidita, para animarme y no pensar. Redacté el informe para Marc indicándole que el menú estaba cerrado, las invitaciones en la imprenta, y todo antes de acabar mis vacaciones. Solo me planteaba una cosa, volver a casa, a Sevilla, con mi familia, mis amigos y mi rutina. Me dio pena

por Miguel, aunque sabía que iba a entenderlo.

Tecleé y tecleé hasta que los ojos se me empezaron a cerrar. Había conseguido no pensar en nada, el trabajo siempre logra que desconecte. Miré el reloj y era más de media noche, no llegó ningún mensaje, ni siquiera de Miguel, que me había prometido avisarme si tenía alguna noticia.

Me puse el pijama, me encontraba algo pachucha, lo que me faltaba para terminar de arreglar el día. Me metí en la cama e intenté dormir, pero solo miraba la lámpara del techo del dormitorio, incapaz de conciliar el sueño, intranquila, odiando esa sensación que me aprisionaba el pecho. Me faltó el aire, hacía tiempo que no tenía un ataque de ansiedad. Me levanté de la cama, fui al baño y me eché agua en la cara. Intenté controlar mi respiración, necesitaba desconectar, descansar.

Me sobresaltó un fuerte ruido en la puerta. No, joder, no, otra vez no. Caminé hacia ella sin hacer ruido, me asomé por la mirilla y lo vi. Estaba allí, totalmente desaliñado, con el pelo revuelto, sin chaqueta y con la corbata deshecha. Marc no dejaba de aporrear la puerta gritando mi nombre. Temí que los vecinos se despertaran, que lo hicieran Sonia y Paul, que viven solo un par de plantas arriba.

Abrí y me lanzó una mirada llena de dolor. Noté su cabreo, aunque no le correspondía estarlo, era él quien me había dejado tirada durante dos días, quien había roto su promesa. Lo agarré de la mano y lo llevé dentro, no quería un numerito, solo me faltaba que algún vecino llamara a la policía.

Aquello iba a ser más duro de lo que esperaba, pero debía dejarle las cosas claras. Supe que no saldría bien, por mucho que le hubiera entregado mi corazón.

23. ¿Y ahora qué?

—¿Quién narices te crees que eres para montar un escándalo en la puerta de mi casa? — Estaba indignada, y quería demostrárselo—. Deberías haber enviado a tu secretaria, eso se te da mejor.

Su cara era todo un poema, pero la mirada de odio se había dulcificado. No quedaba nada de su olor a maderas, venía impregnado de alcohol, borracho, y yo no tenía ganas de lidiar con alguien así.

—Joder, Marc, ¿es que no te ves? Vienes a mi casa, me gritas, estás borracho y encima me das pena, mucha pena. —Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos—. Por favor, no me hagas esto, ¿no ves que me estás haciendo daño? No te entiendo.

—Yo...

—No, mejor no hables, no quiero escucharte ahora mismo, métete en la ducha y enfría un poco tu cabeza antes de que se me crucen los cables y te eche a patadas de aquí.

No dijo nada, no se atrevía a mirarme a los ojos. Caminé tras él hasta que entró en el baño. Se quedó en medio, sin decir nada. Saqué unas toallas del armario y se las dejé encima del lavabo. Cuando empezó a desnudarse vi la tensión en sus músculos y, por primera vez, un tatuaje en su espalda, un ave fénix preciosa, de un color increíble, ¿cómo no me había fijado antes? Me excitó solo verle deshacerse de su ropa, y antes de arrepentirme de lo que estaba sintiendo, me di la vuelta y salí de allí.

Sentía una pena inmensa por él, por no saber qué le pasaba, porque no confiara en mí y me explicara qué lo hacía ser así. Calenté un poco de sopa y dejé un ibuprofeno sobre la mesa. Había decidido dárselo y pedirle que se fuera, no deseaba hablar con él, no quería saber nada, ya no, demasiado tarde.

Cuando entró en el salón su olor había vuelto a ser el de siempre. Ese escalofrío que me había recorrido el cuerpo entero seguía ahí, pero debía ser fuerte, así que me levanté del sofá dispuesta a cumplir con mi decisión. Pero estaba muy sexi, recién salido de la ducha, con la camisa abierta y por fuera de los pantalones, el pelo húmedo y una sonrisa en los labios. Y no pude evitar devolvérsela. ¿Por qué eres tan débil, Daniela? Por favor, céntrate, que se tome la sopa y se vaya, me dije.

Le tendí la taza y la pastilla, que se tomó sin siquiera preguntar qué era. Nuestros dedos se rozaron y volví a sentir esa electricidad que me recorre entera tan solo con tenerlo cerca.

—Daniela, perdóname.

—No, Marc, no. —Quería que se fuera sin ponérmelo aún más difícil—. Por favor, no tenemos nada de qué hablar, vete.

—Daniela. —Avanzó hacia mí y no tuve tiempo ni de reaccionar cuando ya me había cogido de la muñeca—. Tengo miedo, no quiero hacerte daño.

—No quiero que me digas nada, hazme ese favor, vete.

—¡Joder, Daniela! —Levantó la voz y me asusté, lo supo y me apretó contra su cuerpo, noté su calor y dejé que me abrazara, sí, volvía a ser débil, echaba de menos estar en sus brazos—. Esto no es fácil para mí, déjame que te lo explique y me iré si es lo que quieres.

No pude decir nada, no quería que me viera llorar.

Nos quedamos en silencio, su calor me reconfortaba, sentía que le había entregado algo más que mi corazón, mucho más que eso, todo, le estaba permitiendo hacer lo que quisiera conmigo y yo nunca había sido así, ni siquiera con Pedro. Pero lo que sentía era tan intenso que le dejé.

—Soy un imbécil, lo sé, solo te voy a pedir que me permitas hablar hasta el final, te lo debo. —Tomó aire, yo no sabía si estaba preparada para escucharle.

—De pequeño siempre fui un niño problemático, mis padres me lo daban todo y nunca me faltó de nada, creo que ese ha sido su mayor error. Soy hijo único y mi padre siempre me ha querido con toda el alma. Tras dos años de casados mi madre aún no se había quedado embarazada, se hicieron miles de pruebas, se dejaron prácticamente todos los ahorros. Finalmente, los médicos anunciaron que mi madre no podría tener hijos. —Levanté la mirada para ver qué estaban expresando sus ojos, pero la tenía perdida y no conseguí descifrarla—. Mi padre se volvió un hombre taciturno, la relación entre ellos se enfrió, él empezó a viajar más con la excusa de convertirse en el mejor abogado del país. Pasaron varios años, y un día una mujer llamó a la puerta de casa. Estaba embarazada, embarazada de mí. Aquello significó el final del matrimonio.

Se detuvo y lo conduje hasta el sofá, me acomodé en su regazo, sabía que estaba siendo muy duro, pero él necesitaba soltarlo y yo conocer lo que guardaba en su interior.

—La mujer de mi padre montó en cólera, le obligó a realizarse las pruebas de paternidad una vez que yo naciera. Pero nada más verme supo que yo era hijo suyo, somos muy parecidos tanto física como psicológicamente. Mi madre biológica murió durante el parto, pero la mujer que me crió, al ver la felicidad en el rostro de mi padre, decidió darle una oportunidad. Se fueron del país durante un par de años, lo justo para arreglar todos los papeles, volver y dar a entender, a todo el que quisiera saberlo, que ambos eran mis padres. Todo fue bien hasta que empecé a ser un problema. Era un niño bastante nervioso, no me portaba bien, mal estudiante, y ella siempre decía que había heredado lo peor de mi madre. A mi padre le dolía en lo más hondo, porque realmente había estado enamorado de aquella mujer, pero también de su esposa, la que me había criado. A los doce años me ingresaron en un internado, ahí conocí a Miguel y nos hicimos buenos amigos, ambos proveníamos de buenas familias. Con los años nos volvimos inseparables, era mi amigo, mi hermano, compartíamos todo, hasta las mujeres. He tenido problemas con la justicia, y si no fuera por el poder de mi padre habría acabado en la cárcel, o mucho peor, muerto.

Al llegar a ese punto no pude aguantar más, las lágrimas comenzaron a brotar solas de mis

ojos. Marc las secó con sus dedos y me besó suavemente en los labios antes de continuar.

—Nunca he sido bueno para nadie, ni para mi padre, que decidió darme una buena vida, ni para mi madre, que quiso que fuera el punto de unión en su matrimonio. Y ahora no soy bueno para ti, todo lo que me importa lo acabo rompiendo.

No le dejé decir nada más, me acomodé en su regazo y empecé a darle tiernos besos en la cara.

—Daniela, no soy bueno para ti, no sé amar como debería, no sé devolver el cariño que me dan, solo soy un hombre que nunca debió nacer.

Me derrumbé al escucharlo, lloré abrazándolo con todas mis fuerzas. Ignoraba lo que sucedería a partir de entonces, pero ahora que se había abierto a mí no podía dejarlo solo, lo amaba demasiado. Mi padre me dijo una vez, antes de dejarnos, que si el amor es fuerte nada habrá que lo rompa. Y yo esperaba que el nuestro lo fuera, esta vez sí, necesitaba que no se rompiera, que Marc me amara como supe que era capaz de amar, sin que sus fantasmas del pasado lo convirtieran en la persona, que, ahora sí, sabía que no quería ser.

Lo ayudé a levantarse del sofá y fuimos a la habitación cogidos de la mano. Su mirada transmitía amor y pude reconocerlo, ver a la persona que en realidad es. Le retiré lentamente la camisa, desabroché su pantalón, que se deslizó por sus fuertes piernas, lo acerqué a la cama y lo invité a sentarse. Lo rodeé por su espalda, besé sus hombros, el precioso tatuaje.

—¿Y ahora qué? —dijo, en un susurro.

—Ámame.

No hizo falta hablar más. Se giró para ayudarme a deshacerme del pijama y me quedé desnuda ante él. Sus manos acariciaban mi cuerpo, noté la delicadeza con que me estaba tocando.

—Tengo miedo de despertarme y que esto sea un sueño —susurró, mientras me besaba—. Tengo miedo, Daniela, no sé qué debo hacer para no volver a hacerte daño...

Le hice callar con un beso y lo abracé hasta que se recostó sobre mí. Yo no necesitaba más palabras, había escuchado lo suficiente y lo quería a él, en cuerpo y alma.

Hicimos el amor, primero suavemente, sintiéndonos el uno al otro, deleitándonos con cada rincón de nuestro cuerpo. Sus labios recorrieron mi piel, empezando por mis pezones, mientras una de sus manos me acariciaba el clítoris. Jadeaba, excitada, no podía estarme quieta. Bajó lentamente y dejó que su cabeza se perdiera entre mis piernas, me besaba y yo me humedecía cada vez más, quería sentirlo dentro de mí, y como si leyera en mi cuerpo, introdujo dos dedos mientras su boca me mordisqueaba y succionaba hasta robarme ese orgasmo que tanto necesitaba. Cuando la intensidad de mis espasmos fue menor hizo el mismo recorrido con su boca, llegó nuevamente a mis pechos, los saboreó hasta que estuve a punto de explotar de nuevo de placer. Me besó, su lengua y la mía se enzarzaron en una batalla de poder, me encantaba ese sabor, esa mezcla del suyo con el de mi intimidad. Se colocó entre mis piernas y de una sola embestida me llenó por completo. Las piernas me temblaban, sus movimientos eran lentos pero certeros. Levanté las caderas y lo rodeé con mis piernas buscando mayor intensidad. Me la dio, nos retorcimos de placer.

—Dámelo, Daniela —susurró en mi boca.

—No puedo más, Marc, acompáñame.

Y ambos nos fuimos con un grito ahogado, diciendo cada uno el nombre del otro, notando el sudor de nuestros cuerpos, el latido de nuestros corazones. Perdiéndonos en la intensidad de nuestra mirada.

—¿Y ahora qué? —Esta vez hice yo la pregunta.

—Amémonos.

Nos abrazamos, y Morfeo nos llevó a ese mundo donde todo parece fácil.

24. Una semana de flores y risas

Hemos pasado juntos los dos días de la semana que quedaban. No nos hemos separado ni un momento, y no me atrevo a imaginar lo que pasará a partir de ahora. Haré caso de las sabias palabras de mi madre, viviré en un *carpe diem*, disfrutaré de cada momento y que sea lo que Dios quiera, aunque no soy muy creyente. Lo único que no quiero es volver a sufrir, y en eso no las tengo todas conmigo.

—Nena —Marc me llama desde la pequeña terraza de mi apartamento—, ¿te apetece que quedemos con Miguel?

Lo miro extrañada, quedó bastante claro que no quería compartirme con otro hombre, y menos después de saber que Miguel y yo...

—No me mires así, que no es lo que piensas. —Una sonrisa burlona se dibuja en su cara. Está tan guapo, recién levantado y el pelo húmedo después de la ducha, bueno, una ducha movidita, porque siempre acabamos igual. Ha dejado su torso desnudo y viste ese pantalón de chándal semicaído en sus caderas. Se acerca a mí y el olor que desprende me atrapa al momento —. Sabes lo que te dije y sigo pensando lo mismo, después de haber probado el manjar del paraíso, no pienso compartirlo con nadie —me besa en el cuello—, solo iremos a tomar unas copas. Me ha mandado un mensaje preguntando qué tal todo, y la verdad, creo que debo darle las gracias.

—Sí, desde ahora lo bautizaré como casamentera. —Nos reímos de mi ocurrencia—. Vaya la que ha liado el rubio de las narices.

—Y no me dirás que no te gusta el resultado.

—No podría ser mejor.

Y como si esa mañana no hubiéramos tenido ya el mejor sexo del mundo, empezamos a calentarnos. Beso el pecho de Marc, sintiendo esos pelitos morenos que tantas cosquillas me hacen, y con una mano empiezo a acariciar el borde de su pantalón. Automáticamente, lleva sus manos a mi trasero y de solo un movimiento me eleva hasta que puedo enroscar mis piernas en sus caderas. Me sobra la poca ropa que llevo, pero algunos movimientos a mi derecha me recuerdan que estamos en la terraza.

—Marc, vamos dentro, los vecinos podrían vernos —le digo, mientras muerde el lóbulo de mi oreja.

—Eso me pone aún más —claro, soy tonta, él es así, pero mis jefes viven aquí y no quiero montar un escándalo público, pienso—, mira cómo me tienes ya, pelirroja. —Pega su cuerpo al

mío y noto su impresionante excitación justo en mi entrada, entre nuestra ropa. Me abalanzo sobre él, le devoro la boca, le tiro del pelo y muevo mis caderas rozándome contra él.

De esa manera entramos en el apartamento, besándonos, tocándonos y disfrutando el uno del otro.

Me tumba en el sofá y me mira, desde que me habló de su pasado está más receptivo y la máscara que usa conmigo es más transparente. En sus ojos veo una pasión distinta, tal vez ese amor que me ha dicho que siente.

—Te quiero —susurra, parece que me lee la mente.

Hacemos el amor y se deleita con mi cuerpo, me lo entrega todo y me hace sentir completa e ilusionada, no quiero que esta sensación termine nunca.

Después, mientras nos duchamos e intentamos vestirnos, se disculpa porque debe ir a su casa a por algo de ropa. Le pido que traiga lo que necesite, no sé porque lo hago, quiero que se quede en casa conmigo, que no se separe de mí. Sonrío e intento hacer algo con mi pelo, vamos a cenar con Miguel, y también tengo que agradecerle que lo haya organizado todo para que Marc y yo estemos juntos. Porque estamos juntos, ¿no? Los nervios me asaltan tanto y las preguntas se agolpan en mi cabeza.

Hace unos meses lo dejé con Pedro, pasé un par de ellos encerrada en mí misma, dedicándome al trabajo y abandonando a todos mis seres queridos. Una llamada que me llevaría a mi mejor proyecto me trajo a Barcelona, donde he sufrido, reído, llorado, alcanzado prestigio en mi trabajo... y he acabado enamorándome. ¿Quién me iba a decir esto? ¿Que encontrarme a Pedro follando a otra en la cama que habíamos compartido durante tres años me llevaría a conocer a este hombre? Un hombre del que nunca me hubiera enamorado, por muy buen físico que tenga, a causa de su actitud. Pero gracias a su insistencia, a mi cabezonería y a mil y una situación extraña, estamos compartiendo unos días impresionantes.

Mientras espero que Marc llegue suena el timbre y, entusiasmada, feliz y todos los adjetivos positivos que se puedan imaginar, me levanto deseando verlo cargado de ropa y dispuesto a compartir conmigo todo, todo lo que quiera.

Abro la puerta y la mandíbula se me desencaja al ver un gran ramo de flores, flores silvestres, mis favoritas, margaritas, jacintos, campanillas, gardenias, todo un popurrí con una mezcla magnífica de colores. No hay nadie más ahí, así que cojo el ramo y entro en el apartamento. Busco alguna tarjeta, que finalmente encuentro. Lo dejo sobre la mesa baja y me siento en el sofá con manos temblorosas.

«Los inicios son difíciles y no sabemos qué nos deparará el camino, pero quiero recorrerlo a tu lado, recoger bonitas flores que te hagan sonreír siempre de esa preciosa forma en que lo haces. Te quiero. Marc.»

Las lágrimas de emoción brotan en mis ojos, es lo más tierno que nadie me ha dicho nunca y las flores más hermosas que nadie me ha regalado. Busco un jarrón o algún recipiente para ponerlas en agua. No puedo dejar de mirarlas y olerlas. De nuevo suena el timbre de la puerta y salgo disparada a abrir. Estoy deseando abrazarlo, besarlo y decirle cuánto le quiero.

Ante mí aparece un Marc totalmente distinto al que estoy acostumbrada, guapísimo, con unos vaqueros desgastados a la altura de sus caderas y una camiseta de cuello de pico y manga corta

en la que se marcan todos los músculos de su cuerpo. Está para comérselo, y no va tan repeinado como siempre. Su pelo, algo más largo que cuando lo conocí, está estratégicamente despeinado y así aparenta menos edad. En sus manos trae una preciosa margarita amarilla, no sé cómo lo habrá adivinado, pero son mis favoritas. Sin dejarle hablar me abalanzo sobre él y me lo como a besos, como sabía que haría nada más verlo. Cuando consigo despegarme me coge de la mano.

—Vamos, pequeña, que al final llegamos tarde.

—¿De verdad tenemos que ir? —digo, haciendo un puchero.

—Yo tengo hambre de otra cosa ahora mismo, pero soy un hombre de palabra. Además, Miguel me ha dicho que tiene una sorpresa para ti. —Su sonrisa pícara me da a entender que sabe lo que es—. Vamos, no lo hagamos esperar.

Y como una niña pequeña deseando abrir sus regalos el día de Reyes, salgo ilusionada hacia el restaurante, disfrutando de tener a Marc a mi lado. En el camino no me suelta la mano, de vez en cuando se detiene y me acerca a él para besarme. Cuando quiere puede ser todo un romántico, y a mí me está encantando conocer esta versión suya, sin máscaras, tal y como es, atreviéndose a dar un cambio a su vida junto a mí. ¿Es o no es para estar feliz?

Paseo de la mano de un hombre al que las mujeres se giran para mirar, comiéndoselo con los ojos mientras a mí me dirigen miradas asesinas, y así entramos en Diagonal Mar, un centro comercial cerca de la zona donde vivo. Es fin de semana y está atestado de gente comprando, me quedo asombrada de lo grande que es. Seguimos agarrados de la mano, disfrutando de estar juntos, hasta que llegamos a la puerta del restaurante Lizarran.

Nada más entrar Marc dice su nombre, tenemos reserva. Miguel no ha llegado aún, pero observo que la mesa está dispuesta para cuatro comensales. O yo soy muy torpe o no me salen las cuentas, porque me sobra un cubierto.

—Marc, ¿Miguel viene con alguien? —le digo una vez que nos sentamos, ha insistido mucho en que lo haga de espaldas a la puerta.

—¿Qué te apetece beber? —Sale por los cerros de Úbeda para no responder.

—Joder, Marc, ¿ha pasado algo y no me he enterado?

Su sonrisa de oreja a oreja me está cabreando de lo lindo, vale que me gustan las sorpresas, pero odio que me oculten las cosas, y encima, él está tan tranquilo. Saca el móvil del bolsillo y teclea un mensaje rápido. No le voy a sonsacar nada, así que me tocará esperar pacientemente a que las sorpresas y las noticias vengan solas.

Pedimos una cerveza mientras esperamos a no sé qué. Me he comido las aceitunas que nos han puesto, dos paquetes de colines y estoy por salirme a la terraza para fumarme un cigarro, ya que Marc no está por la labor de abrir la boca. Lo único que ha hecho desde que hemos llegado ha sido mirarme, rozar sus pies con los míos y ponerme cada vez más nerviosa. Pero de repente se endereza y sonríe mirando hacia la puerta. Intento girarme, pero me lo impide levantándose rápido, cogiendo mi cara entre sus manos y plantándome un beso que, todo sea dicho, me encanta y profundizo, saboreo, hasta olvidarme de dónde estoy y de lo que iba a hacer. En ese momento unas manos me tapan los ojos.

—Hola, ratona. —Escucho a Miguel, pero su voz no me cuadra con esas manos pequeñas—. Porque sé que eres una chica decente, si no diría que estabas por pedirte a Marc como plato

principal.

—Gatito, ¿quién me tapa los ojos? —Una risita familiar me obliga a agudizar el oído—. ¿Merche? No me jodas...

Retira sus manos y al fin la veo detrás de mí, sonriente. Nos fundimos en un abrazo y, como últimamente pasa cuando nos vemos, nos ponemos a llorar mientras todo el restaurante nos mira. Somos un poco escandalosas, pero no podemos evitarlo.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —Cruza una mirada con Miguel y empiezo a tener pensamientos que no me hacen mucha gracia—. Cogiste ese avión, ¿verdad? —Agacha la cabeza y evita mirarme a los ojos—. Mercedes, habla o la vamos a tener...

—Verás, Daniela, esto...

—Merche ha estado conmigo desde que la dejaste en el aeropuerto —interviene Miguel, al que fulmino con la mirada.

—Joder, que eres mi mejor amiga, ya podrías haberme dicho algo. Y tú —señalo al rubio, que de repente ha empezado a hacerse pequeñito—, eres un impresentable, un cabrón de mucho cuidado—. Marc se acerca y me agarra por la cintura para intentar calmarme—. Oh, no, eso sí que no, tú deja las manitas quietas, seguro que lo sabías todo y no me has dicho nada, joder, ¿es que nadie confía en mí últimamente? Estoy harta, que lo sepáis, harta de que me tratéis como a una niña pequeña.

—Daniela, no me correspondía a mi decírtelo.

Cojo mi bolso y rebusco en su interior. Los tres me miran, maldita sea, me mira todo el restaurante, estoy montando un numerito. Saco el paquete de tabaco, si ya sabía yo que me iba a hacer falta, estoy que trino, que me subo por las paredes.

—Hacedme un favor y quedaros los tres aquí, que a nadie se le ocurra seguirme, solo me voy a fumar un cigarro para calmar los nervios, o lo mismo, como no confiáis en mí, pensáis que voy a marcharme, así que aquí os dejo, comiéndoo la cabeza, que yo voy a hacer lo que me dé la gana desde ahora.

Ninguno se mueve, solo Marc hace un gesto para que Miguel y Merche se sienten. Un poco más calmada, o eso creo, salgo por la puerta bajo la atenta mirada de todo el restaurante sobre mi persona. Voy a la terraza, enciendo el cigarro y la primera calada me sabe a gloria, mil pensamientos pasan por mi cabeza, mil preguntas, y no consigo concentrarme en ninguna.

¿Por qué no me ha dicho que se quedaba en Barcelona? ¿Por qué narices hizo el papelón de que se iba en el avión? ¿Por qué se está quedando en casa de Miguel? ¿Cuándo le hablé de él ya estaban juntos? ¿Sabía ella la que me habían montado Marc y Miguel? Me fumo otro cigarrillo tan rápido que me mareo. Unas manos me abrazan desde atrás, su olor lo delata y, aunque esté cabreada, me alegra sentirlo a mi lado.

—Pequeña, no te mosquees, ambos sabían que no te iba a hacer mucha gracia...

—Pero, de verdad, ¿es que no lo ves? Él es... Él es Miguel y ella mi mejor amiga, una chica recatada a la que conozco desde siempre, el sexo más extraño que ha practicado es la postura del misionero, pero de pie, en vez de tumbada en una cama o en el coche.

—Miguel no es tonto, sabe de sobra cómo tratar a una mujer, ¿o me dirás que no supo comportarse contigo? —Lo miro a los ojos, le tengo que dar la razón—. Mira adentro y dime qué

ves.

Y veo a mi mejor amiga junto al hombre que se ha convertido en mi apoyo desde que llegué a Barcelona, agarrados de la mano a través de la mesa. Miguel tiene una sonrisa dulce en la cara, se le ve feliz, y mi amiga inclina la cabeza y le escucha. Aunque solo puedo verla de espaldas, intuyo que está contenta, y no soy nadie para meterme en lo que quiera que estén haciendo. Bueno, sí, soy su amiga y puedo intentar ponerla un poco en situación, pero tal vez ya ha probado algo con el rubio que le toma la mano y por eso se muestra alegre.

—No le des más vueltas y vamos a acompañarlos, no te enojés.

Le dejo que me guíe y entramos. Al llegar a la mesa los miro, no se atreven a hablar, me miran, y no puedo evitar lanzarme a los brazos de mi amiga para decirle de todo menos bonita. Me debe muchas explicaciones, reprendo también al rubio, que observa con cara de no entender mis cambios de humor, y Marc le aconseja que disfrute del momento, no vaya a ser que se me crucen los cables de nuevo. Si no fuera porque lo quiero ya le hubiera mandado a freír espárragos.

Pasamos la comida entretenidos, ninguno saca el tema de por qué Merche está aquí, por qué se ha quedado en casa de Miguel, aunque está más que claro. Mi amiga ha encontrado sus mariposas, solo espero que no dejen de volar. Me siento más que feliz, ¿quién mejor que Miguel, que se ha convertido en alguien tan especial en mi vida?

Cuando terminamos de comer nos despedimos en la puerta. Marc quiere ir a casa, bueno, a mi apartamento, no me ofrece el suyo y no quiero pararme a pensar la razón, demasiadas cosas tengo ya en la cabeza. Abrazo a mi amiga y le digo que me debe una gran explicación.

—No te preocupes —me dice—, estoy de vacaciones y me quedaré aquí al menos diez días.

Miguel me da dos besos y se despide con su típico *ratona*. Los veo alejarse de la mano, me emociona ver a mi amiga feliz.

Marc rodea mis hombros con su brazo y salimos del centro comercial cuatro horas después de nuestra llegada, llenos a rabiar de comida, con bastante alcohol en el cuerpo y desandando los pasos que dimos antes. Estamos deseando llegar al apartamento para hacer lo que más nos gusta, darnos el mayor placer del mundo.

25. Una semana caótica

Pasamos el fin de semana prácticamente sin salir de la cama, salvo para abrir la puerta y recoger la comida a domicilio que nos traen, ducharnos..., cosas que hacemos también sin separarnos. Sí, lo sé, parecemos una pareja de quinceañeros disfrutando del primer amor. Pensándolo bien, por mucho que en su momento creyera que amaba a Pedro, ahora me doy cuenta de que me conformaba con la comodidad de tener pareja y nada más. Todos nos veían como la pareja perfecta que un día anunciaría su boda, que seríamos padres, qué engañada estaba. Aun así, me alegro de haber vuelto unos días antes de Barcelona aquel día y encontrarme esa escena. Lo pasé mal, sufrí lo que no hay escrito y me ha costado salir a flote.

Me miro en el espejo y me veo sonriendo de oreja a oreja, estoy feliz y la imagen que refleja me lo demuestra. Hace una hora que Marc salió de mi apartamento para irse al trabajo. No lo veré hasta la noche, tiene que preparar un juicio para mañana. Aprovecho para llamar a Miguel, que también tiene que estar ya en las oficinas, y quedar con él a la hora del almuerzo para empezar a organizar la segunda celebración de su cumpleaños, la que más ilusión me hace.

Después miro locales dónde celebrarlo, sé que ando mal de tiempo, pero seguro que encontraré algo acorde a la ocasión. Quiero un sitio donde puedan servirnos algunos tentempiés durante las copas, un sitio VIP en algún local de moda, cerca de todo y de todos. También le doy el visto bueno a las invitaciones de la celebración formal y le paso a la empresa la lista de invitados y direcciones para que se encargue de su envío de forma urgente. Una cosa menos. La mañana me está cundiendo. Le he mandado un mensaje a mi amiga Merche, que se va a reunir con Miguel y conmigo al almuerzo, para quedar con ella un poco antes y poder hablar. No voy a echarle ningún sermón, es mayorcita para saber qué es lo que quiere, solamente quiero saberlo yo también.

Tras mandar varios correos y realizar algunas llamadas, camino hacia mi cita en un bar frente a las oficinas del bufete de abogados. Me calzo mis deportivas, me pongo unos vaqueros rotos y una camiseta de manga corta de las que me gustan, con dibujos llamativos y coloridos, y tiro de pintalabios.

—Hola, perraca —me dice nada más verme aparecer.

—Perdona, creo que me he retrasado —miro el reloj, cinco minutos no son muchos si no fuera la puntualidad personificada—, estaba intentando cerrar local para el cumpleaños de Marc.

—¿Y ha habido suerte?

—Espero que esta tarde me den alguna respuesta. —Le hago una señal para que entremos—.

Vamos, te invito a una cerveza.

Entramos y buscamos una mesa al fondo, le mando un mensaje a Miguel para que sepa dónde estamos, aunque me imagino que mi amiga le habrá informado. Un camarero se acerca a nuestra mesa y le pido dos cervezas, eso sí, le recuerdo que nos traiga unas aceitunas o frutos secos, me he dado cuenta de que en esta ciudad, si no lo pides no te lo ponen. Es la diferencia con el sur.

Nos quedamos mirando, vale, es una situación incómoda, ella sabe de sobra por qué le he pedido que quedemos antes y, con lo reservada que es, sé que le va a costar soltarse, así que decido empezar la conversación justo cuando el camarero deja en la mesa las dos cervezas y un plato con frutos secos. Le doy un sorbo a la mía. Merche tiene la mirada perdida.

—Solo dime una cosa —empiezo a hablar—. ¿Por qué no me dijiste que te quedabas en Barcelona?

Me mira, mira por todo el local, se piensa la respuesta, le cuesta hablar y decido darle un empujón.

—Que os habéis gustado es obvio, solo hay que ver cómo os miráis, y te juro que me alegro muchísimo, pero también estoy muy mosqueada, ¡joder, Merche! —levanto la voz—, somos amigas, podrías haber confiado un poco en mí, yo lo hice contigo.

—No es tan fácil, joder, Dani, tú y él... —Se sonroja al decirlo—. En uno de los momentos en que te fuiste al baño...

—Vamos, Merche, que soy yo, no te voy a juzgar.

—Pues nuestras miradas se cruzaron y las malditas mariposas decidieron salir a volar, y ya no pude dejar de mirarlo en toda la noche. En cuanto tuve la oportunidad y nadie observaba, le pasé un papel con mi número de teléfono. Lo que no esperaba es que me mandara un wasap al llegar a casa, mientras tú dormías. Le respondí, me respondió... y una cosa llevó a la otra. Sabes que no soy impulsiva, pero, joder, alguna vez tenía que ser la primera. —La ilusión le ilumina la cara, sé que las palabras le salen del corazón—. Es una locura, no sé qué demonios estoy haciendo, pero quiero lanzarme, da igual si no llevo paracaídas, Miguel es tan...

Me levanto de la silla y rodeo la mesa, las lágrimas están a punto de salir, me siento emocionada, feliz por mi amiga, es la primera vez que la veo así y me enorgullece que se sienta capaz de dar este paso. Le doy un abrazo, me lo devuelve y allí estamos otra vez, como estos últimos días, llorando como dos magdalenas, feliz la una por la otra en los caminos que estamos emprendiendo, en las decisiones que tomamos.

—No sé si darme la vuelta y salir corriendo o unirme al abrazo. —La voz de Miguel nos sobresalta—. Venga, hacedme un hueco.

Y se acerca a nosotras, a mí me da un abrazo fuerte y dos besos en las mejillas, a ella la rodea con sus brazos y le planta un apasionado beso en los labios, es tan bonito. Carraspeo y se separan, vale, me alegro de que estén empezando algo nuevo, pero necesito avanzar y arreglar el tema del cumpleaños.

Miguel me confirma que ha conseguido contactar con varios amigos. Pensando en que seremos nosotros cuatro y algunos más, me doy cuenta de que hacemos un total de doce. ¿Tan poco conozco a Marc? Ya tengo claro que ir a una discoteca con sala VIP no es lo más adecuado.

Se lo digo a Miguel y responde que no me preocupe por ese tema, su casa está a mi disposición. Hablamos un rato más y al final decidimos que lo ideal será contratar un *catering*, incluso me va a ser más fácil, para algo trabajo donde lo hago y tengo buenos contactos.

Le pido que se ponga en contacto con esas personas y quede con ellas el mismo día de la cena, a partir de la medianoche. Es la mejor hora. Ellos lo irán preparando todo y nosotros apareceremos después, Marc me ha pedido que lo acompañe al cumpleaños «serio», como lo he empezado a llamar.

La semana ha empezado con mucho trabajo y continúa igual. He conseguido un *catering* bastante bueno, Miguel me ha dicho que quiere colaborar en los gastos, pero no lo voy a permitir, ya es bastante que haya puesto su casa. Él también va a la celebración del primer cumpleaños, así que tendremos la coartada perfecta para volver a su apartamento a terminar allí la fiesta, aunque no de la forma que Marc se espera.

Los días corren como locos, y aunque ambos estamos más que cansados las noches siguen siendo como las primeras, amándonos, porque sé que hemos dejado de follar, perdonadme la expresión, pero después de haber hecho el amor una y mil veces con él, he de hacer notar diferencia.

Estamos a un día de los dos cumpleaños y aún no sé cómo voy a vestirme. Marc ha traído un esmoquin de su casa, la cual sigo sin pisar desde que empezamos nuestra relación. Solo dispongo de hoy para buscar un maldito vestido que ponerme. De pronto tengo una idea, miro en mi armario y lo veo, lo tengo claro, allí colgado está el precioso vestido que usé en la gala, aquel que me hizo sentir como Jessica Rabbit. Solo espero que esta vez el final sea diferente y me quede con mi Roger Rabbit, mi Marc.

Lo preparo, veo que está impecable, sí, es este. Lo vuelvo a guardar en la funda, Marc no puede saberlo hasta que me lo vea puesto.

Un ruido me sobresalta. Le he dejado a Marc un juego de llaves para que pueda entrar y salir cuando lo necesite, ya tiene prácticamente toda su ropa aquí, ocupando la mitad del armario. Voy al salón y lo encuentro quitándose la chaqueta del traje y dejándola sobre el respaldo de una silla. Se le ve cansado, el último juicio le está pasando factura.

—Me encanta tu olor —le digo, rodeándolo desde atrás.

—Pues necesito una ducha, nena, llevo todo el día corriendo de un lado a otro.

—Bueno, entonces, dúchate y vete a dormir. —Me despego de él, una sonrisa pícara se dibuja en mi cara esperando que se dé la vuelta.

—Ahora no puedo —dice, nada más hacerlo—, sé lo que cubre esa preciosa bata y quiero desenvolver mi regalo.

En solo dos pasos se encuentra a mi lado, me agarra por la cintura y se pega a mí. Sus labios se unen a los míos y, como siempre, nuestras lenguas pelean por llevar el control hasta que sus dientes mordisquean mi labio inferior y se lo cedo gustosamente. Sus manos se deslizan hasta el fino cinturón que ata mi bata de raso roja, un color que a ambos nos dice mucho, nos enciende de la misma manera, aunque a cada uno por una razón: a mí me recuerdan aquellas sábanas rojas, él dice que es el mismo de mi pelo.

La bata se abre, los ojos están a punto de salirse de la cara al comprobar que no llevo nada

puesto.

—Vamos, acompáñame a la ducha y hazme sudar un poco más.

Dejo que la bata se deslice por mis hombros mientras me doy la vuelta y camino hacia el cuarto de baño. Siento que me está devorando con la mirada y eso hace que me encienda más. Entro en el baño y abro el grifo del agua, no han pasado ni dos minutos cuando noto su cuerpo, caliente y desnudo, detrás de mí. Su excitación es más que evidente, la noto sobre mi trasero. Muevo mis caderas invitándolo a que empecemos a jugar y no deja que le ruegue mucho más.

Inclina mi cuerpo hacia delante y me empieza a acariciar la espalda, rozando y tensando todos mis músculos.

—Hazlo, Marc, no me hagas suplicarte —digo, jadeante.

—¿Qué quieres, nena? Dímelo. —Noto su aliento entre mis piernas, se ha arrodillado detrás de mí y está rozando mi excitación.

—A ti... dentro... ya... —consigo decir.

Su boca se posa en mí, noto como su lengua me saborea humedeciéndome más, alcanza mi clítoris con la mano, endureciéndolo, haciendo que pierda las fuerzas y busque un punto de apoyo, que encuentre sobre el lavabo. Él sigue torturándome con su boca, con su lengua, con su mano.

—No puedo... más. —Un jadeo ahogado sale de mi boca.

Se levanta y noto como su excitación está ahora otra vez cerca de mí, roza mi ano, y yo alzo las caderas pidiéndole que lo haga, extiende mi humedad con sus manos, se coloca y, con un suave movimiento, se introduce lentamente en mí. Grito, grito su nombre, grito lo más alto que puedo cuando llego al mayor orgasmo de mi vida sin siquiera haberme dado cuenta.

Detiene el movimiento de sus caderas para permitirme recuperar el aliento. Si esto es lo que llaman amor, no quiero que se acabe nunca.

Seguimos disfrutando el uno del otro, estoy tan excitada y receptiva que Marc empieza a acelerar sus embestidas. Se tensa y aprieta mis caderas entre sus manos, vuelvo a estar a punto de llegar al orgasmo y entonces aprieto mis músculos y lo atrapo en mi interior. Ahora es él quien grita mi nombre y ambos nos dejamos ir.

Sin decirnos nada más, sale de mi interior y nos dirigimos a la ducha a eliminar de nuestros cuerpos los restos del placer, sin dejar de tocarnos y dedicándonos miradas que lo dicen todo.

Una vez secos y con nuestros pijamas puestos, en mi caso una camiseta holgada y unas braguitas y en el suyo, un bóxer y nada más, decidimos no cenar, estamos exhaustos, e irnos directos a la cama. Nos abrazamos. Hoy no nos hace falta nada más. Cierro los ojos y dejo que el sueño me atrape.

—Te quiero, Daniela, solo espero no hacerte daño nunca más. Te necesito a mi lado, deseo que en algún momento puedas entender por qué he sido como he sido. Haberte conocido me ha hecho mejor persona. Te quiero y nunca voy a dejar de hacerlo, no dejes de confiar en mí.

Habla en un tono muy bajo, cree que me he dormido, no me muevo, me quedo con esas palabras para mí. Sé que llegado el momento las sentiré más sinceras. Cuando me las diga mirándome a los ojos, entonces veré ese amor que me declara ahora, sin alzar la mirada ni la voz.

26. Feliz cumpleaños

No es que me haga mucha gracia asistir al cumpleaños serio, pero a Marc le ilusiona que esté a su lado en este momento. Ahora que sé más sobre su familia y el trato que le da su madre, dudo en cómo actuar, y más sin saber lo que hay realmente entre nosotros.

Está esperándome en el salón, lo he visto con su precioso esmoquin y me entran ganas de salir, quitarle una a una todas las prendas y quedarme encerrada con él en el apartamento. Está impaciente, lleva un rato metiéndome prisa, por lo visto a su madre no le gusta la impuntualidad, aunque al ritmo que llevamos llegaremos antes que los camareros.

Me arreglo el pelo haciéndome ondas. Sí, me miro al espejo y veo la imagen que quiero dar. Sexi, exótica, pero a la vez elegante, esta vez he decidido no ponerme los guantes largos y he acompañado el precioso traje rojo con una torera color negro a juego con unos tacones de quince centímetros. Solo espero poder aguantar toda la noche con ellos.

Guardo lo necesario en el bolso, el teléfono móvil, una minicarera, mi pintalabios rojo y, por supuesto, mi cajetilla de tabaco, sé que va a ser una noche de nervios.

Marc está hablando por teléfono en la terraza, parece algo alterado, si no me equivoco será nuevamente su madre, ha estado llamando todo el día para preguntarle no sé qué cosas sobre el evento y si ha invitado a no sé qué personas. La verdad es que no me interesa mucho.

—Vamos, el coche está esperando aba... —Su mirada se queda clavada en mí. Sí, es la reacción que quería obtener.

—Vamos, o llegaremos tarde.

—Ahora mismo me importa una mierda llegar tarde. —Se acerca a mí y me agarra fuertemente por la cintura.

—Para, machote, que me vas a estropear el maquillaje y tampoco querrás ir con la boca más roja que un tomate.

Tras darle un par de empujones para separarlo de mí, y no porque me apetezca, consigo que me haga caso y salimos del edificio. En la puerta aguarda una inmensa limusina, dibujo una sonrisa pensando que lo que vaya a sufrir ahora será compensado con creces unas pocas horas después.

Pasamos el poco trayecto que nos separa del apartamento al restaurante cogidos de la mano. Está más callado que de costumbre, pero sé que es a causa de las llamadas que ha recibido de su madre. Me acabo de dar cuenta de que ni siquiera sé su nombre.

—Marc —digo, agarrando fuertemente su mano—, el nombre de tu padre lo sé, pero

¿podrías decirme el de tu madre? No quiero parecer descortés.

—No te preocupes por ella, con que le digas señora de Capdevila la tendrás contenta.

Mira al frente a través de la ventana del conductor, sé que es un tema tabú para él, pero si así lo desea y lo necesita, así será.

Al llegar al restaurante, el *maître* nos abre la puerta y nos hace pasar al salón reservado, allí se encuentran ya sus padres y algunas personas más, disfrutando de los entrantes que he organizado para que todo resulte ameno. Nada más vernos, su padre se acerca a nosotros y le da a su hijo un abrazo y un beso en la mejilla, se da la vuelta, me mira y sonríe.

—Señorita García, qué alegría verla —nos damos un par de besos—, como siempre ha realizado un gran trabajo. —Me sorprende que mire a su hijo en vez de la decoración del salón.

—Muchas gracias, señor Capdevila —digo, haciéndome un poco la tonta—, se hace lo que se puede.

—Por favor, llámeme Josep.

—Siempre y cuando usted me llame Daniela —me mira con expresión reprobatoria por haberle hablado de usted—, perdón —intento rectificar— señ... Josep.

Hace una señal para que su mujer se acerque a nosotros. Tienes aires de superioridad, debió de ser muy guapa en su juventud, pero los años no la han tratado muy bien. Le da a su hijo un frío beso acompañado de un *hola*, y a mí simplemente me mira, sin saludarme, como si yo le hubiera hecho algo. Mi educación me impide devolverle esa misma mirada de desprecio.

—Buenas noches, señora Capdevila. —Tiendo la mano para saludarla, la observa, titubea y finalmente la acepta.

—Buenas noches. —Y nada más, un apretón de manos y se gira. Regresa junto a las personas con las que anteriormente conversaba.

Miro a Marc, que me hace un gesto con la cabeza, como pidiendo que no le dé importancia. Sé que tiene razón, pero yo no le he hecho nada a esa mujer para que me trate con desprecio. En fin, esto no va a durar mucho y sé que lo bueno llegará después.

Pasamos más de media hora saludando a los invitados hasta que al fin llega Miguel, acompañado de mi amiga Merche. Nos fundimos en un abrazo, ella saluda también a algunos invitados y al fin conseguimos escabullirnos del salón. Necesito un cigarro con urgencia.

—Joder, tía, vaya cara avinagrada que tiene esa mujer —dice, en cuanto salimos por la puerta lateral que da a la terraza.

—Creo que el palo en el culo se lo metieron nada más nacer. —Enciendo mi cigarro y le doy una intensa calada—. Por cosas como estas no consigo dejar de fumar. Pero ¿qué le he hecho yo para que me mire así?

—No lo sé, la verdad, pero pasa de ella, su hijo ya lo hace, así que no le des más vueltas.

Le pregunto si todo está preparado y me dice que unos amigos se van a encargar de ello, solo tenemos que enviarles un mensaje cuando empecemos a despedirnos.

Estoy a punto de encenderme un segundo cigarro y unas manos me rodean desde atrás. Su intenso olor a maderas inunda mis fosas nasales. Solo el tenerlo cerca me relaja, así que guardo de nuevo el cigarro y me doy la vuelta.

—Vamos, nena, van a empezar a servir la cena y ya tengo ganas de irme.

Lo acompaño junto a mi amiga y nos sentamos a la mesa. Son varias las que se han montado, unas para los socios del bufete y sus acompañantes, otras para clientes más allegados y la central, donde estamos nosotros cuatro y sus padres. A mi derecha está Marc, y a mi izquierda, para que pueda quedarme tranquila, mi amiga. Frente a mí, su madre, que no me mira y, cuando lo hace, la verdad, me siento un poco incómoda.

Marc se ha percatado y de vez en cuando posa su mano sobre mi muslo.

—Tensa un poco más la mandíbula, anda, que todavía nadie se ha dado cuenta de lo a disgusto que estás —me susurra al oído mientras nos rellenan las copas de vino.

—Perdona, es que me incomoda que me maten con la mirada.

—No le prestes atención, yo dejé de hacerlo hace mucho.

Intento calmarme, sobre todo por no hacérselo pasar mal a Marc, demasiado es que estemos aquí, ahora, en esta situación, juntos, sin haber hablado siquiera de lo que tenemos.

Su padre es un encanto de persona, empieza a contar anécdotas sobre Marc, de cuando era pequeño, y no puedo evitar reírme al escuchar el relato: las trastadas que hacía, cómo se escondía por la casa y tenía a todo el mundo loco, buscándolo durante horas, o cómo por las noches se metía en la cocina y acababa con todos los pasteles que encontraba. Me hace gracia eso de que fuera un niño entradito en carnes, lo miro y soy incapaz de imaginármelo así, con algunos kilos de más, viéndolo ahora con esa musculatura imponente. Se nota que se cuida, y seguramente ese fue uno de sus cambios radicales cuando estuvo en el internado.

Mientras los demás hablan de él me doy cuenta de que no lo conozco, solo sé lo que me quiere enseñar y, como siempre, quisiera saber más, pero no puedo preguntárselo, decidí esperar a que él diera el primer paso. Estoy deseando que llegue ese momento en el que se sincere conmigo y deje atrás esos fantasmas del pasado que no le dejan avanzar.

Terminamos de cenar, de primero una ensalada tibia de queso de cabra con cebolla caramelizada y de segundo unos raviolis rellenos de nueces y queso gorgonzola en salsa de champiñones. La verdad es que estaba todo riquísimo. De postre van a servir una tarta de tiramisú. Marc insistió en que nada de velas y en que se sirvieran directamente las porciones a los invitados.

Cuando los camareros han servido el champán en las copas, su padre se levanta y carraspea un poco para que todo el mundo le preste atención.

—Bueno, sé que mi hijo, como todos los años, me echará una bronca después, ya que no le gusta que le diga estas cosas. —Se le nota en los ojos el cariño que le tiene a Marc—. Solo quiero decirte que desde el día en que supe que existías toda mi vida cambió por ti. Me prometí que nunca te faltaría nada y espero que haya sido así. Hemos hecho un camino duro, reído, llorado y peleado muchísimas veces. —Marc busca mi mano bajo la mesa, se la doy y la aprieta, al mirarlo a los ojos lo veo igual de emocionado que su padre, mientras su madre no refleja ningún sentimiento hacia las palabras de su marido—. Por eso, por todo lo que hemos vivido, por todo lo que hemos luchado para llegar hasta aquí, hoy, en el día de tu cumpleaños, quiero hacerte este regalo.

En ese momento un camarero entra en el salón y le entrega un sobre a Josep. Todos aguardamos expectantes. Él se levanta y rodea la mesa hasta llegar a su hijo, que también se ha

levantado, y ambos se funden en un abrazo que hace que la sala rompa en aplausos. Bueno, no toda la sala, su madre, por llamarla de alguna manera, tiene un gesto aún más serio y niega con la cabeza.

—Toma, hijo mío —le dice, tendiéndole el sobre—. Disfrútalo.

Con manos temblorosas, Marc abre el sobre con cuidado, intentando no romperlo. Sus ojos retienen las lágrimas que pugnan por salir de sus ojos. Lee el documento, mira a su padre y, después, a su madre. No sé qué está pasando, pero abraza de nuevo a su padre y le da las gracias.

Vuelven a sentarse y nadie pregunta por el contenido del sobre, yo tampoco soy la más indicada para hacerlo, así que continuamos con la velada intentando mantener la compostura, entre intentos de risas y las anécdotas de su padre.

Media hora más tarde, Marc se levanta y me tiende la mano.

—Vamos, Daniela, aquí ya no hay nada más que hacer. —Le agarro la mano con fuerza y dejo que retire la silla—. Papá, gracias por todo, es el mejor regalo que me podrías haber hecho.

—Nos lo merecíamos los dos. —Se vuelven a fundir en un abrazo y su padre se gira hacia mí.

—No sé qué hay entre vosotros ni lo que habrá, pero disfruta el momento y confía, es un cabezota, pero espero que eso que lleva en sus manos le ayude a ser la persona que realmente es —me dice, mientras me abraza—. Ahora, disfrutad de verdad y no rodeados de viejos.

—Gracias, Josep —consigo tutearle después de haberme llevado alguna regañina durante mis *señor Capdevila* y *usted* de la cena—, pero no depende solo de mí.

Me despido de la señora Capdevila, su rictus es cada vez más serio, sé que tiene que ver con el contenido del sobre, y mi lado cotilla está deseando saber qué es lo que contiene. Cuando doy un par de pasos para acercarme a ella, levanta su cara y me mira a los ojos.

—Solo te diré una cosa, chica —dice en voz alta, y todos los invitados se giran para mirar y escuchar lo que tiene que decirme—. Seguramente has dado con la horma de tu zapato, y si no es así, permíteme decirte que el día que menos te lo esperes te llevarás un gran palo de ese bastardo.

Estoy a punto de contestarle cuando Marc me sostiene y tira de mí para sacarme del salón. Ignoro por qué ha soltado lo que ha soltado, y delante de todo el mundo, estoy que trino, me dan ganas de volver a entrar y pegarle dos hostias bien dadas a esa mujer.

Marc me abraza, sabe que la ira recorre mi cuerpo entero, estoy temblando. A nuestro lado llegan Miguel y Merche, que intentan no meterse por no calentarme más.

—Marc, lo siento, tendría que haber esperado a darte la documentación —dice su padre, sobresaltándose.

—Papá, no tienes que disculparte por nada, hace tiempo que tenías que haber aclarado esta situación, esa mujer no se merece nada de lo que le has dado ni vas a seguir dándole, y me alegro de que ya no vaya a formar parte de nuestra vida.

Los miro a ambos, asombrada. ¿Serán los papeles del divorcio lo que le ha entregado? Otra cosa no me entra en la cabeza.

No me salen las palabras y dejo que Marc me guíe hasta la limusina que espera en la puerta. La noche ha ido bien hasta que esa fantástica mujer ha abierto la boca, y ahora entiendo por qué tenía la cara que tenía. Le han dado la patada delante de todo el mundo.

Marc no se ha separado ni un momento de mí, no nos hemos despedido de nadie. Miguel y Merche están con nosotros en la limusina y entonces recuerdo que vamos a la otra fiesta de cumpleaños.

—¡Joder, Merche! —digo de repente, ella entiende y me contesta.

—Todo ok, perraca, ahora déjate abrazar y para de temblar.

Miro mis manos y veo que aún tiritan, siempre que me pongo tan nerviosa esos temblores se instalan en mi cuerpo y no consigo que me abandonen, pero el calor de Marc, a mi lado, hace que poco a poco remitan.

Pregunta un par de veces que adónde vamos, hasta que Miguel acepta decirle que a emborracharnos a su casa. Tal y como ha terminado la noche, no cree conveniente que nos metamos en ningún local.

27. ¿Feliz cumpleaños?

Llegamos a casa de Miguel. Estoy deseando ver la cara de Marc, no se lo espera y por lo que me ha contado mi amigo, nunca ha tenido una fiesta sorpresa, aunque para mí también lo va a ser. No conozco a ninguno de sus amigos y estoy algo nerviosa por saber quiénes son y lo que puedan contarme del hombre del que me he enamorado. —Vamos, tengo una botella de whisky esperándonos.

Entramos y todo está en silencio, temo que al final no haya venido nadie, pero me hubieran dicho algo. Miguel nos hace pasar al salón y de repente un grito de sorpresa retumba en toda la estancia. Miro a Marc y veo la emoción en sus ojos, es la primera vez desde que lo conozco que expresa algo así.

Sus amigos se acercan y lo saludan con efusividad. Me presenta a Aarón, Claudia, Abril, Tania y Aleix, son todos guapísimos, joder, parecen salidos de una revista de moda, empiezo a sentir envidia de las personas que me rodean.

—Os presento a Daniela, mi novia. —Me quedo bloqueada ante sus palabras.

Si aún no tenía claro qué relación teníamos, me lo acaba de dejar más que claro. Un cosquilleo me recorre, estoy segura de que me quedo corta si digo que me he puesto más roja que un tomate. Marc me coge por la cintura, me atrae hacia sí y me planta un beso en la boca que me deja sin aliento y sin saber qué decir ni qué hacer. El *ooooohhhh* que escucho ahora es aún más fuerte que el *sorpresa* de cuando llegamos.

—Muchas gracias, nena —dice sobre mis labios—, es la mejor sorpresa que me han dado en mi vida.

Miguel ha empezado a sacar botellas y vasos y el alcohol vuela por el salón. Pone música de fondo, suave, para que no moleste en nuestras charlas, y si durante la cena he disfrutado con las anécdotas de su padre, contando cómo era de niño, ahora me está encantando saber cosas de su adolescencia.

Finalmente, han venido menos amigos de los que esperábamos, pero tampoco me importa mucho, el ambiente es el mejor que podía imaginar y la compañía muy agradable.

Aarón y Aleix han sido compañeros del internado y amigos de batalla, han vivido las mismas experiencias que Miguel y Marc y cuando digo las mismas, me refiero a que son idénticas. Tania es la novia de Aleix, hacen una pareja perfecta, los dos rubios, altos y guapos. Aarón es más del tipo de Marc, alto, fuerte y moreno, aunque menos guapo, o tal vez yo solo tengo ojos para él.

Claudia y Abril son antiguas compañeras de carrera, al parecer de algo más, creo que han

compartido experiencias en esas salas que no sé si quiero volver a pisar y un pequeño ataque de celos me recorre el cuerpo. Aunque nadie ha confirmado mis sospechas, lo veo en sus ojos, en cómo lo miran, cómo lo devoran. Él no se ha separado de mí en toda la noche.

—¿Y cómo conociste a esta pelirroja tan guapa? —pregunta Aarón.

—Se encargó de organizar el último evento del bufete, aunque, para ser sincero, ya me había fijado en ella unos años antes, en casa de unos amigos en común. Pero ella ni se dio cuenta de mi presencia. —Me ruborizo al volver a escuchar la historia.

—Normal, tío, tiene un aura que llama la atención desde lejos. —Aarón se acerca un poco más a mí y me acaricia el brazo.

Marc me aprieta más a él, marcando territorio. Vaya con el posesivo, aunque me gusta que lo haga. Le dedica una mirada a su amigo para que él lo entienda y vuelve a dejar espacio entre nosotros.

Hablamos de todo un poco con Tania, Aarón y Aleix, pero las otras dos chicas solo conversan con Merche y Miguel, y no me gustan nada las miradas que me dedican. En otro momento me hubiera molestado. Ahora no. Marc ha dicho que soy su novia y me siento pletórica de felicidad.

No sé cuántas copas llevo en el cuerpo, estoy algo mareada y Marc va por el mismo camino. Nos lo estamos pasando en grande, es una reunión amena, entre amigos.

—Voy al baño, no aguanto más tanto líquido. Y de paso saldré a fumar un cigarro.

Mi abogado engreído, que, quiera o no, siempre va a ser así en ese ámbito de su vida, me planta un beso que me enciende a tope. Si no fuera porque mi vejiga no da para más lo agarraba de la mano y nos perdíamos en alguna de las habitaciones de Miguel, no importa en cuál.

Una vez en el baño me echo un poco de agua en la cara, me miro al espejo y veo en esa sonrisa el rubor que aún acompaña a mis mejillas.

Al salir observo que mi amiga y Miguel se han acurrucado en un rincón para meterse mano. Yo pretendo ir al salón en busca de Marc para hacer lo mismo, pero no quiero pasar por en medio y cortarles el rollo, así que me acuerdo del cigarro que me iba a fumar y decido salir al pequeño porche trasero que da a las vistas de la playa. La brisa me despeja y empiezo a pensar en lo que podría suceder a partir de ahora. Marc me considera su novia y yo no quiero una relación a distancia, he venido a Barcelona solo por un tiempo. ¿Seré capaz de quedarme definitivamente, de dejar atrás mi vida por un hombre? No lo tengo tan claro, siento algo de miedo, aunque por otro lado estoy emocionada con la idea.

Cuando quiero darme cuenta me he fumado dos cigarros y me he quedado helada.

Entro en la casa y me dirijo al salón. Dentro están Tania, Aarón, Aleix y Claudia, hablando animados. Pero no veo a Marc ni a Abril y, sin saber por qué, empiezo a ponerme nerviosa. Me levanto para servirme una copa, tengo que darle ese voto de confianza que me pidió. Al fin y al cabo, son amigos desde hace mucho tiempo. Voy por una cerveza, no tengo el cuerpo para nada más fuerte.

—Hola, Daniela. —Es Claudia quien se acerca a mí—. Marc te está esperando en la habitación del fondo —me susurra al oído.

Cuando voy a preguntarle por qué no me ha buscado él, ya está sentándose con los otros tres.

Me dedica una sonrisa que no me gusta nada y me hace sospechar que algo malo sucede. Dejo la cerveza sobre la mesa y una fuerza tira de mí, un horrible presentimiento me hiela la sangre.

Al llegar a la habitación me quedo paralizada ante la puerta. No puedo estar escuchando lo que creo, esos sonidos no pueden estar saliendo de la habitación.

—Por los viejos tiempos. —Escucho esa voz, acompañada de unos jadeos.

Me armo de valor y abro. La imagen que contemplo ante mí me bloquea, las lágrimas empiezan a recorrer mi cara.

Marc, totalmente desnudo, está tumbado en la cama con las manos atadas sobre la cabeza y los ojos vendados. Su respiración está acelerada. La rubia, Abril, lo cabalga como sus padres la trajeron al mundo, a excepción de los zapatos. Sus pechos se mueven arriba y abajo acompañando el movimiento de sus caderas al introducir el miembro de Marc en su cuerpo, una y otra vez.

Un sollozo se escapa de mi garganta. Abril, sin dejar de moverse encima de mi novio —cómo me duele ahora esa palabra—, se gira hacia mí con una sonrisa de suficiencia.

—Vamos, Daniela, únete al juego, sabes que esto es lo que le gusta a Marc.

Mis pies no reaccionan. Dos veces, en menos de un año me ha pasado dos veces. Cuando creo que todo va a ir a mejor, cuando empiezo a ilusionarme, cuando entrego mi corazón, lo vuelven a hacer añicos. Mi pesadilla acaba de hacerse realidad, y todo tipo de sentimientos contradictorios se agolpan en mi corazón, lo martillean con fuerza. Odio, ira, desilusión, tristeza. No puedo, no quiero aguantar más, he dado demasiadas oportunidades y me he roto demasiadas veces. Tengo que poner tierra de por medio.

Saco fuerzas de donde no las tengo, pero no para contestarle, no para irme hacia ella y darle las dos hostias que se merece, no para caminar hacia él y cortarle esa parte de su anatomía que tanto placer me ha dado y que ahora tan poco me importa. No. Saco fuerzas para enjugarme las lágrimas, darme la vuelta y salir de la casa de Miguel. Sin rumbo alguno. Sin decir nada a nadie.

Veinte minutos después, cuando me he hartado de caminar, consigo parar a un taxi y darle, con voz entrecortada, la dirección de mi pequeño apartamento. Nada más sentarme en la parte trasera del vehículo las lágrimas invaden mi rostro y no puedo dejar de llorar. ¿Cómo ha podido ser tan cabrón? No encuentro otro adjetivo para calificarlo. Por si fuera poco, me ha llamado para que presencie la escena. Me siento estúpida.

¿Será verdad que quería que lo acompañara? No, me prometió que ya solo me querría a mí, que no podría compartirme, yo le expliqué que deseaba lo mismo. No te engañes, Daniela, las personas son como son y no cambian de la noche al día. Solo has sido una ingenua y has vuelto a chocar con el mismo muro. Al final tendrás que darle la razón a la señora Capdevila. Ella te advirtió de que, cuando menos lo esperaras, te rompería en mil pedazos imposibles de unir.

El taxista me pregunta un par de veces si me encuentro bien, pero a la segunda le he dado una mala contestación y se ha limitado a conducir hasta la puerta de mi apartamento. Le pago e intento disculparme, aunque él me deja con la palabra en la boca. Subo a mi pequeño apartamento, bueno, el de mis jefes, todos mis planes se han esfumado en un abrir y cerrar de ojos.

No me lo pienso dos veces, meto toda la ropa que puedo en la maleta de mano, cojo mi

portátil, mi iPad y poco más y salgo a la calle. Miro el teléfono. Ninguna llamada, ningún mensaje. Le ha dado exactamente igual que me haya marchado. No me busca. No le importo.

Cojo otro taxi para ir al aeropuerto, necesito un billete de avión a cualquier sitio, el primero que salga en el que haya un asiento libre para mí. Ahora mismo me da igual todo, necesito salir.

Por el camino escribo varios correos, no quiero mensajes instantáneos, no quiero que nadie los lea ahora y me pregunte qué locura estoy haciendo. Estoy cansada de mi vida y esta es la única solución que encuentro.

Agradezco a mis jefes que me hayan dejado el apartamento y los años tan buenos que he pasado a su lado. Me despido brevemente y les comunico que en varios días recibirán la documentación necesaria para solicitar mi excedencia. Sí, sé que es una locura, pero he decidido romper todos mis lazos con el pasado, aunque ello suponga dejar mi trabajo, con lo que me ha costado llegar a donde estoy.

El siguiente es para mi hermano y mi madre. Les digo que no se preocupen por mí, que necesito desconectar de todo, que les iré contando cómo estoy, cómo me va, les pido por favor que no me pregunten nada, quiero hacerlo sola. Cuando esté preparada les explicaré, al fin y al cabo son las dos personas que siempre estarán a mi lado, pase lo que pase.

Y por último, escribo a mis amigas. Les doy las gracias por ser las mejores del mundo, por quererme y aguantarme, espero que entiendan que en este momento necesito ser yo y mis pensamientos, y que no deseo decirles dónde estaré por un tiempo. No quiero que me cuenten nada de la vida que dejo atrás, necesito que me den espacio y seré yo quien me ponga en contacto con ellas cuando me encuentre preparada.

Entro en el aeropuerto y miro el monitor de las próximas salidas. Es una hora complicada y apenas hay vuelos, pero para mi sorpresa encuentro uno que sale en poco menos de una hora. Vuelvo a mirar el móvil, sigue sin haber mensajes, tal vez ni siquiera se han dado cuenta de que me he ido. Estoy triste, siento que no le importo a nadie, pero tengo que seguir adelante.

Busco en internet si hay plazas libres en el vuelo y compruebo que sí. Hago la reserva lo más rápido posible, imprimo el billete y me dirijo a la puerta de embarque. Ni siquiera he mirado el precio, solo quiero salir de aquí.

Llevo equipaje de mano y no me ponen ningún problema. A estas horas el aeropuerto está prácticamente desierto y el avión va casi vacío. Busco el número de asiento y miro por última vez mi teléfono móvil. Nada. No quiero darle más vueltas, está decidido, y antes de que lo anuncien por la megafonía del avión, lo apago.

Estoy cometiendo la locura más grande del mundo, no sé si este es el camino correcto, si me acabaré arrepintiendo del paso tan grande y drástico que voy a dar, pero ya no hay marcha atrás. Voy a empezar de cero.

El avión se mueve, se posiciona en la pista de despegue y la azafata nos indica las salidas de emergencia, nos recuerda que no usemos teléfonos móviles y nos desea un buen viaje.

—Coruña, allá voy.

¿FIN?

Biografía Helena Sivianes



Helena Sivianes nació un 18 de agosto de 1984, en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que cuando leía se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas hasta que hace unos tres años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

Desde que empezara su primera novela no ha dejado de escribir, con más de una idea en su cajón de sastre, deseando poder darle la forma que se merece, de donde salió esta novela en

forma de reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica New Adult con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas de siete y cinco años, y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Novela publicada: *Empezar otra vez*.

Visita el blog del autora: <http://helenasivianesautora.blogspot.com.es/>

Contacta con Helena en Facebook: <https://www.facebook.com/Helena-Sivianes>

Perseguida por la tentación
Trilogía Tentación II
Helena Sivianes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, BlueSkyImage / Shutterstock

© Helena Sivianes, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17148-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

